consonni

Eli Ríos

Lunes

TRADUCCIÓN
María Reimóndez

«Orgánico. Macizo. Vibrante. Una caja de resonancia para los rugidos que día tras día se nos coagulan en las entrañas». **—Miren Amuriza**

«La prosa percutidora de Eli Ríos dibuja esa lucha frenética, visceral, sin concierto, contra el avance inexorable de la muerte. En esa tensión, Nerea revisará no solo las razones de su existencia, sino también su condición de mujer». ***— La Voz de Galícia***

«Una novela intensa, como se ve, poseedora de un ritmo vertiginoso que desvela muchos abismos. Esta prosa de Eli Ríos hiere como si se hubiera escrito con el filo de una navaja. Siempre son muy necesarios este tipo de libros». **—Ramón Nicolás**

«Este libro es tremendamente necesario, no porque nos vaya a dar respuestas, pero sí porque hará que nos cuestionemos muchas cosas». ***—La Farmacia Literaria***

«*Luns* no es un libro más. Es imposible pasar por él sin heridas o sin reflejarse en alguno de sus personajes o situaciones. Una novela que es necesario leer para abrir los ojos a la realidad y que muestra la figura de una mujer desde la subalternidad que le ha otorgado la historia falocéntrica. El final, de una potencia desgarradora, pone el cierre a una obra visceral, carente de didactismo expreso y lamentablemente realista». ***—Palabra de Gatsby***

«Nere, la protagonista, es un personaje femenino perfilado con solvencia que se echa un pulso a sí misma ante una situación vital dramática». ***—El Ideal Gallego***

«Una narrativa subyugante, frenética, visceral y revulsiva que se asienta en la cotidianeidad de una mujer con cáncer. Pero esto no es todo, *Luns* se erige en espejo de nuestra sociedad en el que mirarse. Sin edulcorantes. Para moverse. Para movernos». **—Belén Bouzas, *Nós Diario***

«En mi valoración, creo que muy pocos narradores de nuestra literatura han utilizado con tanta destreza estrategias narrativas como el flujo de conciencia y el monólogo interior». **—Francisco Martínez, *Faro de Vigo***

«Muy poco tiempo y al mismo tiempo el suficiente para darse cuenta de que su verdad no le permite encontrar la forma de afrontar la situación. Con la certeza del asesinato rondando cada esquinazo, toma conciencia de una verdad que no siempre es lo que parece. Una verdad escondida a plena luz del día. *Luns*, premio Torrente Ballester de novelística en 2016, está escrito con una técnica arriesgada, robusto e innovadora, que va sin adobe y logra conmover, logrando involucrar a quienes lo leen en las circunstancias que ocurren en el día a día de Nerea». ***— Libro mundo***

Lunes

Eli Ríos. Poeta, novelista, escritora de LIJ, ensayo e integrante de la Plataforma de Crítica Literaria A Sega. Ha recibido varios premios como el Premio Modesto R. Figueiredo por su novela *Remexido de patacas*, el Premio Pura y Dora Vázquez por la obra juvenil *Bicha* o el Premio de Poesía Gonzalo López Abente por *Culpable. Lunes*, novela publicada originalmente en galego como *Luns*, recibió el Premio Torrente Ballester.

Fotografía: Laia Ríos

Lunes

Eli Ríos

Traducción de María Reimóndez

consonni

Autoría **Eli Ríos**
Traducción **María Reimóndez**
Corrección **Beatriz Morales Bastos** y **Miguel Alpuente**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Susana Talayero**
Producción ePub **Bookwire**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
octubre de 2022, Bilbao

eISBN: 978-84-19490-03-2

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObra-Derivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0.
Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

Edición original en galego: *Luns* de Eli Ríos, Editorial Xerais, 2017

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco y una subvención de la Consellería de Cultura, Educación y Universidad de la Xunta de Galicia.

XUNTA DE GALICIA | CONSELLERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL E UNIVERSIDADES

Y este ebook es un proyecto financiado por Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte.

Financiado por la Unión Europea NextGenerationEU

GOBIERNO DE ESPAÑA MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE

Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

A ti, que ya sabes quién eres.

Lunes

Lunes, 18 de marzo. Planta baja. Oncología de Día. 10.13 h. Consulta.

—¿Ha venido usted acompañada de algún familiar?

—No.

—Mire, le voy a ser sincera. El dolor que tiene usted en el pecho es debido a un cáncer de mama bastante serio. Es un tipo IV que le ha afectado los ganglios de la axila y las primeras pruebas indican que se ha extendido a los huesos. Estos días concretaremos más los resultados de las analíticas y de la gammagrafía. Por ahora, ¿ve estas manchas en la costilla?

La radiografía extendida en el atril luminoso muestra un arcoíris hermoso de negros, grises y blancos. La doctora intenta señalarme las partes duras en la fotografía de mi teta, pero no consigo ver nada más allá de la palabra cáncer.

—Sí.

—Pues eso quiere decir que tiene la segunda y la cuarta afectadas, por lo que, sin duda, también encontraremos lesiones en el hígado y en los pulmones. No quiero ser alarmista, pero tampoco le puedo mentir. Intentaremos aplicar el tratamiento que su cuerpo nos permita.

—¿Cuánto tiempo?

—Su esperanza de vida no supera los dos meses, abril y mayo como mucho. Como es usted una persona joven, puede que incluso junio.

—¿Me dolerá?

—Hoy en día existen grandes avances en los tratamientos paliativos que le permitirán afrontar esto sin sufrir.

Ni una lágrima, Nere. Te has portado como una auténtica señora. No me dolerá. Además, dos meses son muchos días para terminar de organizar la casa y dejar a los niños bien atendidos. Peor sería morirse en un accidente de tráfico, sin poder hacer la declaración de la renta. O con los platos sin fregar. Como dice la señora Lola… No hay mal que por bien no venga. La sala de espera empieza a estar a tope. Me siento cerca de la ventana. Recojo, sin prisa, los impresos rojos. La cartilla de la seguridad social. La de la consulta. Reviso todos los teléfonos a los que me ha explicado la doctora que voy a tener que llamar. Cierro la cartera. Apuntar en el iPad. Comprar una carpeta para mantener un orden. Evitar olvidar las cosas importantes. La mujer que está a mi lado me dedica un guiño. ¿Por qué en estos lugares todo el mundo se asemeja tanto a las noticias del telediario? ¿Por qué parece que debería existir un sentimiento universal de complicidad? Le devuelvo el cumplido con solemnidad.

—Se le ha caído una foto.

En el suelo, Marcos sonríe.

—Es mi hijo, que siempre se escapa.

En la silla la señora sonríe. Recuerdo que Marcos está con la vecina. Que va a ser la hora de comer. Que todavía no he terminado de limpiar la merluza. Que como no me dé prisa se me va a echar el tiempo encima. No sé por qué el cuerpo me funciona tan despacio. Como a cámara lenta. Siento el movimiento de los tendones con la tranquilidad de la brisa, como si dieran vueltas alrededor de sí mismos sin conseguir llegar a ningún puerto. Las neuronas adquieren la velocidad de alma que lleva el diablo. Si por ellas fuera, ya estaría en la parada del autobús. Hay una disfunción clara que no alcanzo a resolver. La misma señora me pregunta si estoy bien y, como me han enseñado a ser educada, le digo que sí cuando quiero decir que no. Debería contarle que los músculos son piedras. Las piernas, estalactitas. La ansiedad ya está en la línea de salida. Digo sí. No se preocupe. De repente, el abrigo está sobre mi espalda sin saber cómo ha llegado ahí. Me olvido de la señora. De la sala de espera. Me subo al bus rojo. Me apoyo en el cristal. Me voy a morir. Repito. Me voy a morir. Repito. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir. Me voy a morir y no consigo que me importe. Los coches en la carretera avanzan rabiosos con gente dentro que se enfurece y grita. Gesticulando. Los puentes se van quedando atrás. La ría, a la derecha. Los anónimos, cada vez más pequeños en la distancia. El paquete de pipas de

aquella marquesina ha volado al medio de la carretera y ha sido atropellado por un camión de pescado del puerto. Scrachtttsss intenso. Las semillas, aplastadas antes de nacer. O he imaginado escucharlas, porque el barullo de las comadres con sus cestos, llenos de fruta y plásticos de tomates, es demasiado grande como para que pueda sentir la agonía de una semilla. A lo mejor es el resultado de saber que te vas a morir. Hay quien dice que en estos estados estás perceptiva a las cosas que antes no intuías. Deja de pensar tonterías, Nere. Tranquilízate. Céntrate en lo que estás haciendo. ¿Qué hago? Ir en bus. Sentada al lado de la ventana a recoger a tu hijo que está con la vecina y terminar de limpiar la merluza. El aire entra en los pulmones. Recito de memoria los ingredientes de la salsa de pescado. Perejil. Nata. Limón. Sal. Pimienta y, si no se ha terminado, un poquito de laurel. Las patatas chascadas, cocidas y con aceite de oliva virgen. Sin quitarles el agüilla. En otra olla hierves la zanahoria cortada en rodajas grandecitas. Unos guisantes. Unas coles de Bruselas. Coles, coles de las que le gustan a Manuel. Redonditas y blandas. De las que te da la señora Lola. De las que se deshacen en la boca con solo tocar el paladar. Las congeladas no saben a nada. Son todo agua y son pequeñas como perro ladrador, mucho ruido y pocas… Pocas… Bajarme en la esquina de la calle. La misma calle de siempre. Con las casas de la misma gente. Número veinte. En el primero, los Vázquez. En el segundo, los Pérez. En el tercero, los Cebei. En el cuarto, los Curuto. Del otro lado. Diecinueve. En el primero, los García. En el segundo, los Ferreiro. En el tercero, los Mirás. El cuarto está vacío porque el pobre señor se murió de un infarto. En el quinto, los López. En el sexto, los Rodríguez. Del otro lado. Dieciocho. En el primero, Manuel. Nerea. Sofía. Marcos. Siempre los mismos. Alguna vez aparece alguna pareja despistada y se queda unos meses. Alguna vez hasta se tiran años y alguna vez se quedan hasta que ya no se marchan. En el segundo, Rosa que bebe los vientos por Marquitos. Abre la puerta y el niño se pone a gritar porque no quiere bajar al piso. Anda…, que enseguida viene tu padre y si no estás se enfada. Y el niño que no, que no quiere ir. Rosita pregunta por el médico. Parece ser que tengo cáncer, Rosita. ¡Venga! ¡Venga! Chiquilla no te alteres, que hoy en día… Hoy en día nada, Rosita, de aquí a mayo y luego ya veremos. ¡Venga! Pues da gracias…, que al del diecinueve no le dio tiempo ni a despedirse de sus hijos. El tiempo dirá, Rosita. Ahora tengo que irme a preparar la merluza que Manuel tiene la hora de comer muy justa y sabes que si no duerme sus cinco minutitos no hay quien lo aguante. Hasta pienso a veces que ha salido algo japonés. Trabajar, es cierto que trabaja a destajo. Como un burro. Comer, es cierto que no come mucho, pero lo de la siesta es sagrado. ¿Quieres que vaya yo a preparar la merluza y tú te quedas aquí descansando un ratito? Seguro que te sienta bien. Debes de estar muerta. No, para muerta todavía queda. Mejor no, que Manuel las pilla al vuelo, se da cuenta de si he cocinado yo o es congelado, imagínate si viene de otra mano. Déjalo, Rosita.

Te lo agradezco. Voy yo y después vengo a tomarme un café contigo. Rosita es de las que llegó para unas semanas a vivir en el piso de sus suegros porque estaban ahorrando para comprarse una casa en las afueras. En algún momento, que ya no recuerda, decidió instalarse para siempre. Marcos se ha quedado con ella. Me lo bajará en cuanto lo convenza. Tendré algo de margen para poder cocinar sin tener al chiquillo pegado a los fogones. Está en la edad, pobre. Ya tiene un añito y ganas de descubrir el mundo. Pongo el agua a hervir. Enciendo el horno. Limpio la merluza. Lavo las patatas. Las corto. El agua hierve. Pongo el aceite. La sal. Corto las patatas. Las echo en la olla. El horno ya está caliente. Meto el pescado. Mezclo la salsa. La distribuyo por encima. Antes de poner la mesa preparo la papilla del niño. Dos ollas. Una para las zanahorias con guisantes y coles. La otra, para las patatas. Guisantes. Coles y dos rodajas de merluza limpitas. Aceite y sal para la primera y aceite para la segunda. Es tan familiar y relajante este sonido de burbujas hirviendo… El gas en los fogones. Las cazuelas calientes. El calor del horno. El tintinear de los cubiertos. Los platos. Los vasos. El cuchillo que corta pan y crepita en la corteza. La lavadora que sigue con su monotonía, a lo lejos, centrifugando sin parar en esta tierra donde secar la ropa es casi como andar novenas. Los fines de semana aprovecho para disfrutar de esta tranquilidad. La calma mansa de los alimentos en sus cantidades justas transformándose en comida. En los platos decorados con hojas cristalizadas de nébeda o cebollas caramelizadas. El grifo que gotea los restos de las manos lavadas y limpias de tripas. La leche caliente con cola-cao. Y hoy, que sé que tengo cáncer, celebro mi día libre entre sartenes. Entre botes de especias. Entre el pescado sin ojos de la pescadería. Y el niño en el segundo. Pobre. Mete los deditos en las llaves del gas y mamá grita: ¡noooo! Y él se asusta pero a la media hora no lo recuerda y repite y mamá le da golpecitos en las uñas y él no puede evitar llorar. El pundonor herido duele tanto como una quemadura fresca. A veces más. Las ollas hierven y aprovecho para apuntar en el iPad lo que no debo olvidar. Preguntar por la excedencia. La reunión con la profesora el miércoles. La camisa de lino de la tintorería. La cita de la biopsia. Redactar las bases de la subvención de las artes escénicas. El laurel… Se ha acabado el laurel. Hoy en día no es fácil encontrarlo del bueno. En el súper solo tienen de ese que viene en cajas de cartón y ni siquiera huele a laurel, como mucho a planta marchita y seca. De esas que no hay que regar. Hasta el perejil está metido en bolsas. El pobre tan apagado sin su vaso al lado de san Pancracio y las ocho monedas. La señora Lola siempre sabe dónde encontrar todo lo que vuele, ande o nade y se lleve a la boca. El perejil ni anda ni vuela ni nada pero ella sabe igual. Apunto en el iPad. Laurel. Perejil. Coles. Lo dejo en el cargador. Después me lo meteré en el bolso. Me he olvidado de anotar pedirle el teléfono a la señora Lola para pegarlo en la nevera. Estas cosas hay que irlas preparando porque nunca se sabe cuándo va a ser el momento. Sofía ya sabe ir hasta el puesto

de la plaza pero no puede cruzar sola. Cinco añitos todavía no son suficientes para mirar a ambos lados de la carretera. Y los coches de la ciudad van como locos. No se paran ni en los semáforos. Sofía no ha visto los nuevos. Apuntar en el iPad. El alcalde quiere aparentar igualdad y ha cambiado los semáforos. Fuera el hombre rojo. Dentro la muñeca de coletitas y falda. En cualquier momento vienen los de cualquier colectivo a liarla diciendo que la muñeca roja incita a la prostitución nabokoviana. Lolitas de coletas y minifaldas metidas en las luces rojas encendiéndose y apagándose. Y los indigentes sentados en las aceras babeando en dirección a las muñequitas estilizadas. Sin un gramo de más. Pero Sofía no entiende de estas cosas. A ella o le gusta o no le gusta. Les quita la ropa a las barbies y no filosofa sobre los contenidos. O le gusta o no le gusta. Si le gusta le da un beso y si no le gusta le corta el pelo. Ni más ni menos. Al pan pan. Y al vino vino, murmuraría la señora Lola como si fuera tonta y no entendiera nada de tener hijos. Para eso ella, que tuvo doce. Tres nacieron muertos y de los casi vivos quedan cinco y de los vivos solo la más pequeña, Cecilia, que es quien la cuida. O ella a Cecilia. Nunca se sabe. En el verano los hijos de Cecilia se pasan el día en la plaza. Gritan abuela esto, abuela lo otro o abuela lo de más allá. La señora Lola nunca les grita. Eso no me lo perdona. Las mujeres de hoy en día no imponéis respeto, Nerea. Solo sabéis mandar al aire. Del mimbre se hacen cestos pero si retuerces el mimbre el cesto te sale retorcido. Nunca he hecho un cesto. No sé de qué mimbres me habla. Asiento con la cabeza y la dejo que desvaríe. Todo el mundo necesita desahogarse de lo que nos remueve en algún momento. Y la señora Lola tiene las mejores coles de la ciudad. No estés tan encima de la niña, Nerea, que la aturullas. Ella sabe perfectamente lo que se hace. Si le cortó la pelambrera al chisme sería porque tenía calor, ¿a que sí, mi niña? Mete el brazo en el fondo del saco de los guisantes y le pone en la mano a Sofía uno de los más tiernos, de los que guarda para los más pequeños. Sofía se lo lleva con la lengua hasta el interior de la mejilla y espera a que vaya soltando su agua dulce. Después separa el centro de la piel con los dientecillos y se lo traga mientras escupe esta última en el pañuelo de papel. La señora Lola tiene mano para los niños. Cada uno viene a por su guisante, naranja o manzana. Todos saben su nombre aunque ella no despache chuches. Ni pasteles. Ni gominolas. Sobre el cuarenta de mayo la señora Lola se carga todos sus años y nietos a la espalda. Se van a la casa del pueblo a recoger peros que esconde bajo el mostrador. Las señoras quieren que se los venda y ella siempre dice que no son más que habladurías. Que ella no se va a encaramar a los árboles a su edad. Habrase visto cosa al paso. Y entonces llegan los niños del colegio. Los que saben su nombre y los que no. Saca la bolsita de algodón a cuadros rojos. Los chiquillos cogen puñados y puñados de peros. Se sientan en las escaleras de la plaza a comérselos. Y la señora Lola sonríe. Sofía prefiere los guisantes. Y la señora Lola sonríe. Sienta a la niña en su taburete. Le coloca

el pañuelo de papel en el regazo con sus dedos finos poblados de arrugas. Anda, Nerea, vete tranquila a comprar el pescado. La niña se queda aquí haciéndome compañía. Pórtate bien, ¿vale, cariño? No marees a la señora Lola, que tiene mucha faena. Anda. Vete. Deja a la niña tranquila que es más buena que el pan. Deja de enredar. Al paso que vas va a llegar Manuel y tú todavía dando vueltas. Y la señora Lola sonríe. Sabe que no es cierto. Que todavía tengo que llevar al niño a la guardería. Irme a trabajar. Manuel no entra por la puerta hasta la hora de comer. Y, a pesar de ello, todos los días dice lo mismo. Y, a pesar de ello, le devuelvo la sonrisa agradecida. Sofía se frota los ojos y extiende la palma pidiendo más guisantes. Sentada muy recta. Mi niña. Se levanta al amanecer y el día se le hace larguísimo. En invierno es peor porque no sale el sol. No calienta. La plaza desprende olor a humedad. Y ella no se queja. Bonita, se limpia los mocos con su clínex de Winnie the Pooh y continúa masticando guisantes. Desayunamos. Nos vestimos. Subimos a Marcos al piso de arriba. Vamos a la plaza. A las ocho esperamos a que suene el timbre para entrar en el colegio. Allí le darán un zumo de naranja. Un poco de leche. Pan con mermelada. Y vuelve a desayunar porque el día es largo y su estómago ya no recuerda los cereales que se ha tomado al levantarse. Después irá a clase. Al comedor. A las cuatro menos cuarto estaré en la puerta esperándola. Recogeremos a Marcos en la guardería. Subiremos a casa. Se echarán una siesta mientras les preparo la merienda. Bajaremos al parque a comérnosla. Subiremos a casa. Los bañaré y les daré de cenar. Leeremos un cuento y cuando ya estén dormidos como lirones me perderé en los rumores y las letanías de la comida de mañana y de la cena de Manuel. Debe de estar a punto de llegar. Ojalá se liara un poco más con los amigos tomándose una cervecita, así me daría tiempo a planchar la ropa… Pero eso será mañana… Ahora tengo la olla al fuego. El niño con Rosita. La niña en el colegio y mil cosas por hacer. Por anotar. Pendientes. Sin resolver… La merluza de Manuel. La certeza de que me voy a morir antes de lo que pensaba. Por lo menos llegaré al cumpleaños de Sofía… A ver si el cuerpo aguanta hasta mayo. Solo hasta el día uno y luego ya veremos. Solo hasta el día uno y luego… A lo mejor me pido el día libre y aviso a la profesora de que la niña no va a ir al colegio. Lo celebramos por la mañana por si acaso no llego a la noche… O me cojo un día de vacaciones porque total este año no me van a hacer falta. Y además qué sentido tiene regalarle tres semanas al Estado. De todas formas las próximas vacaciones van a ser eternas y no estaré allí para saber qué ha sido de mis días libres. Si se los pudiera pasar a alguien… Ese timbre cada día está más ronco. Tendremos que cambiarlo o nos van a denunciar por agresión a la estética auditiva. Seguro que en los chinos hay de esos con musiquilla. Aquí te traigo el niño. Ya ha comido. Solo falta darle la leche y a la cama. Gracias, Rosita. De nada, guapa. Cuando se marche Manuel a trabajar si quieres súbemelo un poco y lo llevo al parque. No te apures, que tengo que ir a por la niña al

colegio y aprovecho para darles la merienda antes de subir. Para un día que puedo… ¡Venga! Tú si ves que estás cansada no lo dudes, ¿eh? No, qué va, quédate tranquila. Marquitos se abraza al cuello de Rosa y se revuelve un poquito cuando lo cojo. Está demasiado cansado como para protestar. Los brazos se aferran al pecho. Acurruca la cabecita contra la axila. Cierra los ojos. Aunque no duerme, su resuello se transforma en un respirar acompasado. Su cuerpo comienza a pesar. Se relaja. Cuando Rosita sale sin hacer ruido el niño no se despide. Cierro con el pie y brama otra vez. El timbre. Esta Rosita cualquier día se olvida la cabeza. Abro. No es Rosita. Un hombre de buen ver. Elegante. De los que hace tiempo que no me regalan la vista. Aparece del otro lado. Ni mayor ni joven. De mi edad. Con la barba al ras. Cuidada. Los ojos negros. Betún. La sonrisa blanca como el algodón. Alto. Hombros fuertes. Pectorales marcados bajo la camisa. Piernas de deportista bajo el pantalón de pinzas. Tres segundos en el silencio de la puerta. Acuesto al niño intentando olvidar la visión del pasillo. Intento eliminar de la mente los recuerdos. Le quito las zapatillas. Le pongo el muñeco cerca de la cara para que sea lo primero que vea cuando se despierte. Para que no se asuste. Manuel y sus manías. Los niños no deberían utilizar ositos de peluche. Después se vuelven raritos. ¿Qué hombre has visto que tenga un osito que se llame Tito? Ninguno. Claro que ninguno. Tú y tus manías. ¿Para qué le habrás comprado un osito? Y el niño emperrado con su osito. Manuel emperrado con su no osito. A mí me gustan el osito, el niño y Manuel. El silbido de la olla consigue asustarme. Sin previo aviso me roba los pensamientos. Las conexiones neuronales burbujean de nuevo entre merluzas. Patatas. Zanahorias. Guisantes. Coles. La señora Lola. El mercado. La mesa sin poner. Arropo al pequeño para que no se destape. Bajo la persiana. Arrimo la puerta. Me dirijo a la cocina. Tengo la ligera sensación de verme desde fuera. Como en una película de cine mudo. Pausadamente. Cada paso lento. El pie apoyado en el suelo. Se curva el arco. Presión en los dedos de los pies. Se levanta en el aire. La rodilla se pliega sobre sí misma. El gemelo se aproxima al muslo. Como en el autobús, la vida se mueve al ritmo de las nubes. Y huyo de mí misma. Y me veo desde la esquina del techo. Me transformo. Me convierto en gárgola para observar mi propio personaje disfuncional. Absurdo. La mirada en la baldosa intentando reconocer sus piernas. Ridícula. La expresión de pánico en la retina. Inverosímil. La apertura de los labios. Delirante. Los hombros caídos en la dejadez del jersey de lana. Teatro de pantomimas. En lo profundo de lo abstracto ondean las campanas del reloj. Las dos. Una. Dos. Las ondas en el aire se vuelven transparentes. Revuelven el pelo sin mojar. El eco en el cerebelo. Una. Dos. Eco. Una. Dos. Algo agita lo íntimo del personaje estúpido. El eco de la una y de las dos. Levanta el mentón. Reposa la chancleta en la cerámica. Resuenan en el cerebelo las dos. Pone recta la espumadera. Gira los codos. Y el barullo regresa a la película con la

normalidad de las prisas. La olla pita. Marquitos duerme. Las horas han huido de las en punto. El agua hierve a borbotones. La lavadora centrifuga. El canario pía. La mesa vacía. Mil cosas por resolver. El tiempo se anticipa veloz. Y el personaje recobra el movimiento. Vertiginosa, apaga el fuego. Barre el piso. Friega los platos. El agua fría despierta la conciencia. Alumbra la mirada. Se da cuenta de que es agua fría. Gira el mando del grifo al agua caliente. El viejo calentador emite un gemido ronco. El grifo tarda unos instantes en asimilar el cambio. El color azul de las uñas desaparece. La espuma del Fairy desagua por la tubería. Los platos. Vasos. Tazas. Tenedores. Cuchillos. Cucharas. Biberones. Tablas. La sartén. Abandonan el espacio sucio. Conquistan el escurreplatos. Limpios. Sin jabón pero goteando. Se seca las manos en el paño azul del Ikea. Y continúa. Continúa sacando la ropa de la lavadora. Dos y cuarto. En el tendedero desdobla los calcetines arrugados y les pone una pinza. A cada uno. Las bragas (suyas y de la niña), los calzoncillos (de Manuel), las camisetas (de todos), los baberos (de Marquitos), las sábanas, las toallas, los trapos y una camisa como la del hombre de la puerta. Guarda el cubo en la despensa. Dos y veinticinco. Se seca las manos en el paño azul del Ikea. Y Manuel ya casi a punto de llegar. Y la mesa sin poner. El niño ya ha comido, así que dos platos. Dos vasos. Dos tenedores. Dos cuchillos. Dos servilletas. Vino para Manuel y agua para mí. El pan. Siempre me ha gustado cortar el mollete. El filo que entra en la corteza. Despacio. La punta que toca el centro blanco y esponjoso. La hoja que araña los bordes tostados. Las migas que caen por encima de la madera como los restos de un naufragio. El murmullo de la rebanada que se despega. Temerosa de la caída lejos de la miga. El olor de la harina. Del trigo en la hornada. La cocción de la levadura. De los cereales. Del agua. De la sal. Las manos, ahora las máquinas, que amasan sin parar. Una vez. Dos veces. Veinte veces o cincuenta. Siempre paleando, siempre. Mezclando bien los ingredientes. Esculpir una bola. Redondita. Blanda. Tapar con un trapo. Dejarla reposar en un sitio caliente. Sin humedad. Esperar con paciencia. Esperar. Que fermente. Que suba. Que crezca. Ansiar el momento de retirar el paño. Ilusión. Ese momento en el que morir no importa porque no lo piensas. La concentración y la mirada fijas en el trozo de tela. Encender el horno. Poco a poco. Calor uniforme. Caliente. Sin quemarse. El amarillo ocre que duplica su tamaño. La masa inflada. La bandeja. La forma circular que induce el resultado final. Tiempo. Tiempo para observar cómo nace la miga tras la corteza todavía tierna. Parece que nunca va a dejar de inflarse. Y se detiene. Permanece inmóvil. Dorando la piel pausadamente. Crepitando. Estallando los restos de mezcla inútil. La casa en el aroma de la harina cocida. El olor del pan caliente templando el filo de la navaja portuguesa. Calentando el paladar. Salivando. Ansiando el sabor. El estruendo del portalón del garaje. El mollete caliente. La bisagra que cruje. El aroma de la harina cocida. El motor del coche que ruge. El sabor del pan blanco

temperado. Y la mesa sin poner. Mil cosas por hacer. Los cubiertos. Los vasos. Los platos. El agua. El vino. El pan. Las servilletas. La mía a la derecha. La de Manuel a la izquierda. Se dice que los zurdos tienen más sensibilidad por eso de utilizar una parte del cerebro que no empleamos los demás. Siniestros. Y que viven cuatro años menos que el resto. Y que son la mayoría de los homosexuales. Y que Da Vinci escribía como en un espejo porque su madre era musulmana y él izquierdo. Y dicen dicen la testosterona. Los ultrasonidos. El estrés. La herencia. El autismo. Dicen dicen… Todo al revés. Del otro lado. El sacacorchos de Manuel. Anodino donde los haya. Imposible con la espiral en el sentido opuesto. Hace siglos que no abro una botella. Ya no recuerdo cómo se hace. Y me vuelvo ambidextra en un hogar de tijera zurda. Puerta. Grifo. Regla. Llave del gas. Abrelatas. Ratón. Afilalápices. Reloj. Interfono. Mando a distancia. En la parte contraria. Al contrario. Vivo reflejada en el mundo siniestro de Manuel. Y voy al banco. El bolígrafo está lejos. A mi derecha. Y llego al bar y sé sacar el corcho de las botellas. Y cubro los papeles del colegio y no soy la zueca que dibuja siguiendo los surcos del carro. De derecha a izquierda. De izquierda a derecha. Y salgo de casa y soy diestra. El ascensor que baja. El tin de llegada. El flan para el postre. En el centro. La cucharilla a su lado. El café con tres de azúcar en el microondas. El ascensor que sube. El tin de llegada. Los instantes previos a la llave en la cerradura. El trapo encima del mármol, de la vitrocerámica. Las migajas en el contenedor de orgánicos. Me quito el delantal. Escondo el pecho canceroso en el jersey de lana. Me atuso el pelo con los dedos. Ensayo una sonrisa dulce. El llavero tintinea por encima de los pasos. Me cubro las manos con los guantes térmicos. Saco la fuente del horno. Metal contra metal. La merluza. El clac del cierre. La bisagra que gira. El vapor del pescado en el rostro. La puerta abierta.

Lunes, 21 de enero. Edificio de la mutua. 08.45 h. Revisión médica anual.

—Nerea, las analíticas muestran un nivel algo superior de una enzima del hígado. Haciendo un análisis más exhaustivo hemos descubierto que tiene un pequeño nódulo en el pecho y los ganglios algo inflamados. ¿No ha notado nada anormal? ¿Fiebre? ¿Cansancio? ¿Malestar?

—Pues no. Pero es que voy a mil. El tiempo no me sobra para cuidarme.

—Debería hacerlo más a menudo. Por ahora le vamos a dar unas citas para que vaya a su médico de cabecera y para que descartemos, aquí en la clínica, cualquier tipo de enfermedad. En principio, sospechamos que se trata de un simple quiste pero incluso en ese caso, no lo podemos pasar por alto. No se preocupe, que seguro que no es nada, pero no lo deje para mañana. Llame a su médico hoy mismo.

—Muy bien. Lo haré.

—Hola.

¿A que no adivinas qué me ha pasado? Vengo quemadísimo, Nere. Quince años de profesión y nunca me había pasado nada igual. ¿Recuerdas al doctor Rivas de marras? ¿El que te conté que me había mandado la misma silla veinte veces sin exagerar? Veinte por lo menos, Nere, mira lo que te digo. Que si un día hay un tornillo que me molesta, que si no gira, que si se mueve muy despacio… Pero ¿qué se ha creído que es, un coche de carreras o cómo va la cosa? Que si resulta que el tapizado tiene una mancha, que si se ha enganchado un hilo en las ruedas, que si el respaldo no baja lo suficiente… Pero ¿qué puñeta quiere? Es una silla, no la cama de su casa. Y cada vez que me toca yo venga para arriba a buscar la silla, venga para abajo a reparar la silla. Si la cosa era de una ruedecilla ya aprovechaba y le pedía a Anita un producto de esos que se usan para quitar manchas y dejarla niquelada, Nere. Ni-que-la-da. Literal. Y la maldita silla venga a esperar por mí allí, en el almacén, todos los días. El encargado ya me miraba de reojo con ese ojo bizco de cristal que no sabes si te mira o si te aoja. Y vete tú a saber, que en estas cosas nunca se sabe. Puede ser o no. Y si es, ¿qué? ¿Qué haces después? De dónde sacamos nosotros tiempo para ponernos a peregrinar a Santo Toribio o a Caravaca… Al final voy a tener que llevarme el escapulario que me hizo mi madrina metido en el mono como hacían los viejos. Y el encargado venga a vigilarme y la silla venga a vacilarme. Y yo reventado, Nere. Lo que me saldría sería largarle una patada a la silla y destrozarla de vez. Esparcir los trocitos por todo el despacho del doctor Rivas de las narices. ¿Tú sabes cómo me pongo al ver el albarán todas las mañanas? Cada vez que leo doctor Rivas me sube la bilirrubina desde los cojones hasta la garganta que me hierve la sangre. Me pica como las garrapatas a los perros en las orejas. Me enveneno, Nere. Y no puedo. No puedo porque tengo al encargado encima con el ojo de vidrio dando vueltas y más vueltas.

—¿Te pongo más patatas?

Ponme unas pocas. Ya de morirse, comerse el manso. Es que no puedo, Nere. Me puede el genio. Se me sale por las orejas. Y salgo a fumar un pitillo y vuelvo y lo mismo. El encargado con cara de perrito Pachón, la silla venga a tocarme la huevera, el ojo de vidrio venga a dar vueltas en la cuenca, el albarán allí con doctor Rivas, doctor Rivas… Y la mala leche que me hierve en el pecho, Nere. Eso no se hace, Nere. Las cosas no son así, coño. La gente no puede vivir de esta forma, no es humano. Nos tratan peor que a los cerdos. Los cerdos de mi madre estaban mejor que yo en este curro. Por lo

menos se revolcaban en el fango y nadie los molestaba. Hacían lo que les salía de las carrilleras. Se tiraban en el fango, comían, dormían y cagaban. Sin dar explicaciones. Cada uno a lo suyo y listo. Parecemos ruedas de molino. Siempre con lo mismo. Y voy en el coche por la avenida y pienso que hoy me va a importar cero que esté la silla o no. No me voy a enfadar. Que no, que hoy no me cabreo. No. Como quien oye llover. Me pongo a lo mío y los demás a lo suyo. Cada mochuelo a su olivo. Yo en mi casa y Dios en la de todos. Ya lo decía el cura de mi pueblo. Ni hablar. Hoy no me enfado aunque me metan la vara de la escoba por el culo. Y voy conduciendo. Manuel, no te aceleres. Manuel, no hagas caso. Manuel, nunca llovió que no escampase. Manuel, el tiempo pone a cada uno en su sitio. Y conduzco. Y parece que me tranquilizo. Manuel, céntrate. Manuel, párate a pensar antes de salirte de madre. Y, ¡pumba! Entro, me pongo la ropa y ¡zas! Ahí está. Delante de mí. Otra vez. Como si me la tuviera jurada. Parece aquella película en la que cuando se despierta el tío está en el día que ya ha pasado y tiene que volver a empezar. Igualito. Lo mismito.

—Bebe más despacio. Es vino. No agua.

Venga, no seas coñazo… Que ya bastante como una moto vengo yo solito, no necesito sardinas para beber vino. No está el horno para bollos de discursitos. Era lo que me faltaba ahora porque, ¿sabes? La veo ahí y no sé qué hacer. Si volverme para casa sin más y mandarlo todo a tomar viento, si partirle la silla en el costillar al encargado y al doctor o si salir a fumarme un cigarrillo. Y salgo. Y me bufa el encargado. Que si todavía no has fichado, que si no deberías salir antes de entrar, que si ya no eres un niño para andar con esas mamarrachadas, que si debieras tener algo más de sentido común, que si a mis años, ponerme con estas cosas, que si no me da vergüenza, que si…, que si… ¡Mal rayo lo parta! Que le caiga encima un piano y lo desmonte en mil pedazos. Que se le disloquen las costillas y hagan flautas con ellas. O carbón con sus restos y que se lo traigan a la parienta los Reyes por Navidad. Que se lo pongan debajo del árbol: aquí está lo que ha quedado de tu encargado. El ojo de vidrio que falta lo hemos cogido nosotros porque era lo único que merecía la pena. Firmado, Gaspar y el camello.

—Tranquilo.

¡Qué tranquilo ni qué tranquilo! La vida no es mirar hacia adelante sin preocuparte de a quién pisas. Pasando por encima de uno y de otro y del de más allá. Que soy una persona, Nere. Que te puede parecer que no, pero las cosas también me importan. El sentido común, lo primero. ¿O qué somos? ¿Animales? No es así la cosa, Nere. Que porque seas encargado, digo yo que no se te esfuman las ideas de la cabeza. ¿O es que te piden que te vuelvas tonto cuando firmas el contrato? No. No hay ninguna letra pequeña que diga que todos los encargados tienen que convertirse en atarantados y ponerse a rebuznar a la luna. Y no tenía más que darle la silla a Pedro un día, nada más que pasarle el albarán a Pedro. Pero no… Manuel Casteleiro. Y ahí viene

otra vez con sus cuatro ruedecitas, su colorín negro y la madre que los parió a todos. Y tiene los huevos de soltarme el sermón. Manuel, fuiste tú el que hizo el primer arreglo. No se la puedo colocar a Pedro. Tienes que ser responsable. Acaba lo que has empezado. Constancia. Sé consecuente con lo que haces. Insiste hasta que salga bien. Y el asiento de los huevos ahí callado como una tumba sin explicar que la culpa no es mía. Cualquier día de estos lo sierro y lo convierto en un taburete. O en serrín. Y se lo siembro por la alfombra al doctorcillo. Así por todas partes. Ni más ni menos. Abro la puerta del despacho. No le digo ni hola ni nada. Abro. Entro con mi saco. Me pongo encima del pellejo de gato pintado ese. Le reparto el alpiste. Y me marcho. Ni más ni menos. Cierro la puerta. Y no le digo nada de nada. Ni una palabra. Ni buenos días. Ni buenas tardes. Ni siquiera hola. Abro. Entro con mi saco. Le hago la siembra de la silla. Me doy la vuelta. Cierro. Y a tomar por culo. Ni asiento. Ni doctor. Ni encargado. Ni nada de nada. Hasta aquí hemos llegado. Y quien quiera que le arregle algo, que me lo pida como Dios manda. Con educación. Y punto. No hay más que hablar. Marear la perdiz por marearla ya es de idiotas. Y si hay que ir se va pero ir para nada es tontería… Nere…

—Te vas a meter en un lío.

¿Qué lío? ¿Qué lío ni qué lía? A veces dices cada chorrada que si te llega a escuchar tu madre te lava la boca con jabón lagarto, Nere. El hombre, de pelo en pecho… A veces la gente se tiene que hacer valer porque no van a ser otros los que se preocupen de lo mío. Y todo tiene un límite. ¡Basta! ¡Se acabó! Y punto en boca. Porque si no, te toman por el pito del sereno. Estos señoritos de ciudad se piensan que todo lo saben. Que son los que mandan. Que los demás no somos más que burros que con una zanahoria decimos amén. Y de aquellos polvillos estos lodos. ¿Qué quieres? ¿Que me calle? ¿Que no les diga ni mu? ¿Que los deje a su aire? ¿Que dispongan y organicen el trabajo como les salga de los mismísimos? Pero ¿qué te crees? ¿Que estoy en mantenimiento del hospital porque tengo un padrino? ¿Quién? ¿Que fue el encargado bizco el que me ha metido allí? Pues no. Tuve que estudiar muchos años para conseguir mi título. Y después tuve que aprobar los exámenes. Y pasé por delante de ingenieros y todo. Que se presentan y saben la mitra. Que si los vectores y los ángulos. Que si las fuerzas centrípetas y centrífugas. Que si los electrodos y el tungsteno. Que si el peso atómico y las cupritas. Y cuando les preguntan cómo cambiar una bombilla no saben ni dónde está el casco ni la bayoneta. Mucho libro y luego… Y luego en su vida han visto las tripas de un rodamiento. No saben ni por dónde están. Saben cuál es la composición química del alquitrán pero no tienen ni idea de cómo asfaltar. Y, por muy bien que te salga, si lo echas en la orilla de un río no vale ni para hacer una boñiga. Todo tiene su maña y hay que encontrársela. No te puedes quedar mirando para los goteros y esperar que se echen a correr solos. No son cuentos de viejas. Hay que

trabajar, Nere. Deslomarse. No es lo que ves en la televisión por la tarde. Allí no estamos leyéndonos revistas de mujeres en pelotas hasta que nos volvemos retrasados.

—Manuel, no la tomes conmigo.

Perdona, bonita. Tienes razón. Pero es que estoy tan rabioso que no puedo. La gente se piensa que nos sentamos en los sofás y nos rascamos los huevos. Y no os dais cuenta de que tenemos tal lío a veces que ni conseguimos salir en hora. Hay que hacer horas extra. Trabajar y trabajar, Nere. Y por cuatro duros. Que cuando toca subir los sueldos allí no aparece ni el tato a acordarse de nosotros. Y como por arte de magia allá se persona un matasanos que se aburre y nos utiliza de yo-yo. No es justo, Nere. Pagamos los de abajo. Nadie se preocupa de quien da el tajo. Siempre se atropella a los cabezas de turco. Es momento de pararles los pies. ¡Hasta aquí hemos llegado! Porque yo, como todo hijo de vecino, me tomo una cerveza a las doce… Pero ¿y las diez horas más que me paso metido entre cables y tuberías? ¿Esas no cuentan? Que parece muy fácil. Pero no lo es. Te levantas temprano, aguantas el atasco de la avenida, arreglas esto y lo otro de aquí para allá para que quede bien la cosa… Y no hablamos solo de meterle mano a los muelles de una cama. No. Hay que saber de todo. Hoy una cómoda, mañana un armario, pasado una ducha y el otro más un carrito. Y merecemos respeto, Nere. Estamos ahí dejándonos los higadillos sin parar ni para mear, despellejándonos los dedos con los trozos de chatarra esa y luego, ¿qué? Llega el ojituerto, pavoneándose, con sus sermones filosóficos sacados de las revistas del dominical, el matasanos que se piensa que las personas somos caballitos de su tiovivo y que si nos da cuerda vamos a levantar la patita. Pedro, que no importa las veces que le hayas dicho hoy por ti, mañana por mí, compañero, que nada, no es capaz, no se atreve a llevarle la contraria al bizco, que si lo pillan se va a meter en un buen lío, que si él no está fijo, que si lo pueden poner de patitas en la calle en menos que canta un gallo, que si la precariedad laboral, que si la hipoteca, que si tiene un hijo de dos meses que alimentar… Todo excusas, Nere. Excusas. Echarle todo encima al vecino. ¿Acaso yo no tengo hipoteca? ¿Acaso yo no tengo dos hijos y mujer que mantener? ¿Acaso yo no lo apoyé a él cuando estaba de aprendiz? Cuando era un polluelo que ni sabía qué era el aceite de quemar. Cuando se pasaba todo el día encogido pegado a las columnas con miedo de su sombra. ¿No lo defendí yo cuando se cargó el rotor del escáner? Que no servía ni para hacer la o con un canuto, Nere… Hace falta ser judas, Nere. Para no acordarse de todas esas… Pu-si-lá-ni-me. Pu-si-lá-ni-me. Nere, escucha lo que te digo. Era un ratonero encogido. Un polluelo atontado que no hacía ni bulto en los calzoncillos. ¿Y quién salió a defenderlo? ¿Quién lo protegió? ¿El trasojado? Seguro. Sí. Seguro… Yo, Nere. Fui yo, Nere. Fui yo quien le enseñó lo que sabe. Quien lo protegió cuando el tuerto iba a por él. Quien lo cubrió cuando se le puso enfermo el chiquillo. Quien le hizo sus

horas cuando parió su mujer. Y el cabrito ahora se parte los cuernos con estas cosas. Pues que no cuente más conmigo. Que ni se le pase por la imaginación. A mí como si me dice que se le ha muerto su vieja. Punto en boca y a mirar para otro lado. Que le haga el turno San Pito Pato. Yo no. Ni en sueños. Es que te toman por idiota y luego no hay Dios que se libre del sambenito. Que no, Nere. Que se me suben a las barbas. Me hacen más tonto de lo que soy. Todos venga a ponerse en mi contra y yo venga a agachar la cabeza como un perro. Pero a esquinado no me gana nadie. ¿Qué se han creído, que soy un cazurro como ellos? De aquí en adelante… Para atravesado, yo. Me meto allí con las máquinas. No me distraigo con nadie. Y cuando me vengan a decir algo hago como los marranos. Un guarrido y hasta luego. Guarrido tras guarrido hasta que piensen que estoy como un cencerro. A ver si así por lo menos me dan la baja. Un guarrido y hasta luego. No queda otra.

—¿Quieres otra rodaja de merluza?

No te voy a negar que está buena, pero mejor no porque me sale la comida por las orejas. Y ya sabes que mi madre dice que me cebas para la matanza. Que tampoco estoy tan gordo, ¡eh! Aunque la tripita… Me ha salido un barrigón que manda narices… Me vas a tener que coser los pantalones. Me hacen marca por debajo del ombligo. Parezco un lomo embuchado. Ya no estoy yo para ir por ahí de ligue, pero una cosa no quita la otra. ¿No te da vergüenza mandarme como un andrajoso al hospital? Así después se me suben a la chepa. Me ven con las lorzas colgando… y se piensan que hacen de mi capa su sayo. Y no puede ser, Nere. Cualquier día hago una locura. Y salgo en el periódico. Y luego ya vendrán las vecinas a decirte que menos mal que alguien les ha parado los pies. Si no fuera por los chiquillos ya hace tiempo que les habría cantado las cuarenta. Que ellos no tienen culpa de nada. Y ya sabes cómo es este país de cotillas. Señalan a los niños con el dedo y hasta que se hayan muerto sus tatarabuelos se lo van a estar recordando. Ay, ¿no sois de la familia del Capador? ¿Y quién era el Capador? El abuelo de tu abuelo del que no se acuerda ni la pila bautismal.

—Te los marco esta noche y te los coso mañana.

Debe de haber tres o cuatro. Los dos negros, el marrón y el azul. Para el tajo mejor los negros, que así no se notan tanto los michelines. Y se manchan menos. Parezco menos puerco cuando vuelvo a casa. Que entre el aceite, la grasa y las pinturas no sé cómo los chiquillos no se avergüenzan de mí. Vaya cruz. De las de madera de roble y clavo de acero. De las que pesan, ¿eh? Porque mira que me lavo antes de salir de casa. Estoy pensando en llevarme una muda para cambiarme. Porque cuando voy a tomarme un vinito en la taberna me miran como diciendo guarro, guarro, guarro. Y el encargado hecho un pincel. Me saca de mis casillas verlo así. A veces tengo ganas de tirarle por encima el tinto y que su mujer le rompa la cabeza. Que lo ponga turuleco pero bien. Porque no te creas que mi idea es lanzarle el vaso y

gritarle «que te saque de quicio tu mujer». No, Nere, no. No soy tan bruto. Porque uno es de pueblo pero yo ya no subo al monte a por piñas con zuecos y boina. Porque la gente evoluciona, Nere. Porque avanza, Nere. Porque se refina. Porque se pule como los diamantes, Nere. Mi plan era tropezar. Tropezar sin querer. Y entonces se me cae el vino por encima de su camiseta de lagarto. Sin que se note, Nere. Porque las burradas se pagan. Pero si es un accidente… ¿Quién puede negar que las desgracias existan? Sin maldad alguna porque no es a propósito. Es un choque. Sin malicia alguna. Una catástrofe, Nere. Es lo que hay. Y nada más. Así porque sí. Por casualidad. Nada más. No a propósito. ¿O no te traigo yo las camisas llenas de lubricante? Y no se muere nadie. Porque no lo hago adrede, Nere. Es lo que hay porque las cosas son así. Y el encargado también podía trabajar alguna vez, ¿no? Ensuciarse las manos de vez en cuando, digo yo. Porque no se le iban a caer los anillos. No se le cae el culo. ¿No, Nere? Una vez al mes o dos… Vete tú a suponer que tuviera algo de dignidad. Alguna vez que hubiera mucha tela que cortar y para hacer ver que se interesa por nosotros. Por que salgamos en hora. Y tal. Porque no pasa nada. No duele. Porque ser persona no mata, Nere. No te convierte en un monstruo de seis cabezas. Que no se te caen los huevos al suelo.

—Que te pierdes, Manuel. ¿Qué ha pasado con la silla?

¡Hostia! ¡La silla del demonio! ¡Me cago en la sota de bastos! Te puedes creer que después de los atascos de la avenida. De ir pensando que no me cabreo. Que me da igual el encargado, el matasanos y el cura que los bautizó a los dos. Que ni palabra a Pedro. Que aunque a las ranas les salga barba bigote y perilla. Que no me importa. Que ni me importa ni me interesa. ¡Horas! Horas… Me pasé dándole al veo. Erre que erre. Que así y asado. Que venga y vete. Toda la noche fundiendo la neurona. Aplacando la rabia para no morder a todo hijo de vecino. Y treinta y cinco minutos de arriba a abajo para encontrar un sitio donde aparcar el Panda. Y me importa un bledo. Yo en ese momento estaba ya de *mainful* de esos. Tragando con todo. Un campeón, Nere. Como te lo cuento. Fíjate. Ni una palabra más alta que la otra. Ni aporreé la bocina cuando me robaron el sitio. Ni le berreé a la tonta del haba a la que le regalaron el carné en una tómbola. Yo para adelante y para atrás a mi rollo. Para adelante. Siempre para adelante, Manuel. Los nervios bien templados. Paso por las contras de plástico. Ficho. Me pongo el mono todo sudado de ayer. Cojo las herramientas. Y es ponerme las botas de seguridad y ¡zas! Allí está un ojo mirando para Cuenca y otro para Calatayud. Izquierda, derecha. Derecha, izquierda. Y yo en el medio, Nere. La mitad de las veces ya le miro para la nariz. Es imposible mantener una conversación con ese hombre. Y digo yo… cuando le pusieron el cristalito de marras, ¿no se lo podían haber puesto en su sitio? Y ahí viene despacito… Con su voz de melindre… Manuel. ¡Oye! Manuel… Sube a la oficina en cuanto tengas un segundo… Pero para hoy… Con prisa, lo que me faltaba

¿me estás escuchando? Y allá me voy… Bajándole los muertos con cada escalón. Bajando todos los santos del cielo a cada paso. Y amargándole el resto de su existencia con todos los juramentos de los que me he acordado. Majadero. Memo. Que le falta la peseta para el duro. Con lo grande que es este país y me toca a mí de jefe. Habrase visto… Sentado detrás de la mesa hablándome como si me faltara un hervor. Como si fuera corto de mollera. Que si el sudor hace al hombre. Que si la responsabilidad. Que si me tengo que centrar. Que si tengo que dejar la ira en casa. Ira. Me cuenta no sé qué películas de la ira. ¿Me oyes? El que firma los albaranes y les pone mi nombre. Le iba a dar yo ira… Que si, Manuel, no te puedes dejar llevar. Que si, Manuel, llevas una temporadita intratable. Intratable, ¿me oyes? Mira lo que me dice el mentecato… Que no lo aguanta ni el palo de la escoba. Así en modo fino, ¿me oyes? Y me lo dice como si nada… Que si vamos a resolver esta situación… Y a mí que ya se me salen los intestinos por el gaznate… Y me suelta que tengo que ir a tratar con el doctor Rivas… Que las cosas se solucionan hablando… Que ya somos hombres hechos y derechos. Que nos dejemos de chiquilladas. Y le digo que se vaya a tomar viento a la Farola de Málaga y que me olvide… Se me pone chulito. ¿Me oyes? Terco como una mula. Y me suelta así a la cara que o voy o firmo el despido. ¿Qué te parece, Nere?

—¿Y fuiste?

Pero mujer… ¿A ti te faltan luces o qué? ¿Para qué te sirve la testuz? ¿Para llevar el pelo? ¡Claro que fui! ¿Qué querías, que nos quedásemos con dos palmos de narices? Y con la lección bien aprendidita. El atontado del encargado me sentó en un banco con un papelito delante en el que estaba escrito lo que tenía que decir. ¡Hala! A estudiar como los parvulitos. Hasta subí por las escaleras los seis pisos recitando el catecismo del padre Astete. Para no olvidarme ni de una línea. Ni de un puntito. Todo aprendido a pies juntillas para no escupir una coma a mayores. Justo. Perfecto. Que no le fuera a dar el telele al encargado. Sin darle pie a encizañar. Voy. Hago lo que me manda. Agacho la cabeza. Y a cobrar al mes siguiente. Así es como funcionan las cosas en esta monarquía. Los de arriba mandan, los de abajo apandan. Y donde hay capitán no manda soldado, Nere… ¿Coges tú el teléfono? Así aprovecho para irme a buscar un cigarrillo. Se me han quedado en la chaqueta.

—Ya está. ¿Te pongo el café?

¿Qué…? Sí, preciosa. Échale tres de azúcar. ¿Qué te estaba contando…? Ay, sí…. Subo. Veo la puerta. Llamo. Me sale una morena de veinticinco. Me dice que el doctor Rivas ha bajado a tomarse un café y que vuelve enseguida. Tendrías que haberla oído, Nere… Hablaba como en las películas de tres rombos. Como si fuera una rubia tonta. Pero era morena. De verdad. Hay gente con suerte. A mí me ponen una así en vez de a Pedro y no salgo ya más del trabajo. Ni para comer, ¿eh? Y allí me quedé un rato intentando

darle carrete y respondía, sí, sí o no, no. Sí, sí, sí, no, no, no. Y no había forma de sacarla de ahí. Ella allí seguía tiqui-taca con el ordenador. Y nada, ¿eh? No había manera de darle chispa. Así que cogí una revista de la mesa y ¡zas! Se me aparece la vieja, la duquesa de Alba pintada de momia rusa que parece que le ha entrado el antojo de casarse. ¡A sus años! El mundo al revés, Nere. Pero fue santo remedio. Se me curó la calentura de la mulata en un santiamén. Y entre una cosa y otra me volvió a la sesera la letanía del encargado tan pronto como se me había ido. Morena joven y bachiller en medicina, confunde el vino con orina, Nere. Tin. Suena el ascensor. Tin tin. Y aparece el señoritingo todo emperifollado. Y casi me olvido de todo lo que había ido pensando. Solo quería salir corriendo. Un jabalí. Tirar de él. Aplastarlo contra el suelo. Contra las paredes. Contra las lámparas. Y antes de que mueva un pie salta la mulata de la mesa. Con voz de revista del destape. El señor Manuel, de mantenimiento, le está esperando. Dígale que pase. Y espero. Y me lo dice. Y paso. Hola, soy Manuel, de mantenimiento. Pásame la leche fría, Nere. El café está que arde y hoy quiero llegar a tiempo.

—¿Así o más?

Una gotita más. Y no te lo vas a creer, Nere. El médico ya se olía algo. No parecía muy listo pero le daba mala espina la cosa. Y no me dejó hablar. Después de la chapatoria ni abrí la boca. ¡Joder! Ya me había imaginado como los actores de cine. Explicándole todo serio que sentía mucho que la silla no acabara de quedar bien. Que había venido a verlo para intentar acercar posturas con respecto a la silla. Que entre los dos seguro que encontrábamos la solución apropiada para la silla. Que si no podía ser… Que ya incluiríamos en los presupuestos una partida para otra nueva. Otra mejor. Otra más aerodinámica. Otra con tapizado de tela. Otra que corriera más. Otra que girara como un rayo. Otra. La que él pidiera. Y habría hecho como que me acicalaba el bigote, que no tengo, para parecer interesante. Y me habría movido de un lado a otro por el despacho. Siempre pisando una línea recta imaginaria. Con los hombros rectos como me había enseñado el padre Serafín. Que con el mono y las botas de trabajo gano mucho, Nere. Me crezco unos cinco centímetros mínimo. Siéntese, señor Manuel. Creo que le debo un par de explicaciones. Verá. Soy perfectamente consciente de que usted no comprende o no llega a hacerlo en su totalidad, mi inexplicable comportamiento. Le voy a ser muy sincero, porque me parece usted una persona en la que puedo confiar. Normalmente no me equivoco en las primeras impresiones. Suelo opinar que soy descendiente de un galgo inglés en este sentido. Tengo la convicción de que usted me viene a proponer un acuerdo para que no le envíe la silla a mantenimiento. Me imagino que no entenderá cuál es mi insistencia con ese asiento. Inmediatamente le resuelvo sus dudas o incógnitas. ¿Ha visto usted la diosa que tengo por secretaria? Claro, evidentemente. Cómo no la iba a ver… Pues es mi mujer. Hace siete

años que estamos casados. Cosas que hace uno sin saber por qué. Un viaje a Cuba, un exceso de mojitos y regresé con una maleta vieja que había llevado a la ida y con una esposa. Usted se imaginará lo incómodo de la situación, ya que mis padres son mayores, yo era un médico con un buen sueldo, soltero y en la flor de la vida… En fin… Se veía venir que en un año habría contratado un abogado y que le habríamos dado carpetazo a este asunto sin más complicaciones. En medio mes esta mujer me embrujó. Y hasta hoy. ¿Está usted casado? Sí, claro, lleva el anillo. Pues es una pena. Yo siempre siempre se lo recomiendo enfáticamente a mis amigos: no hay nada mejor para un hombre que una mujer cubana. Tienen un no sé qué que cautiva. Que arrebata. Y aquí estoy: siete años de feliz matrimonio y que sean muchos más y que usted los vea con buena salud. La cuestión que lo ha desplazado a usted hasta aquí es que hace un mes mi señora se presentó al puesto vacante de secretaria y, por casualidades de la vida, se instaló aquí. Los primeros días fueron de completa adaptación y, una vez que se hubo hecho con el lugar, descubrió que durante la mañana existen pequeños espacios de tiempo muerto. Al principio los aprovechábamos para tomarnos un café. Después fue cogiendo confianza y empezó a pasarle el cerrojo a la puerta y a poner música de espera en el teléfono. Y aquí es a donde quería llegar con mi aclaración. Puedo suponer que mi vida personal a usted no le incumbe en absoluto, pero solo quería hacer comprensible lo que le estoy contando. Mi mujer se ha encaprichado con la silla y yo no soy capaz de llevarle la contraria. Más que nada porque gozo enormemente del sexo con ella y de sus excentricidades. Y si ella quiere ese asiento, yo voy a intentar por todos los medios a mi alcance ofrecérselo. Le he propuesto la camilla, el sofá, etc. y no es viable. Le gusta la silla de cuero, su inclinación, el movimiento que le conceden las ruedas, en fin… Un capricho, señor Manuel. Un fetiche. Usted no parece un incauto cualquiera. Señor Manuel, debo insistirle vigorosamente en que mueva los hilos apropiados para que esa silla continúe en mi despacho. Para que, por favor, dedique una parte de su esfuerzo diario a mantenerla en perfectas condiciones. Para que esté aquí antes de las doce del mediodía. No te rías, Nerea. Piensa en lo mal que lo he pasado. Qué cara de tonto se me ha debido de quedar, Nere… No he sabido reaccionar. El hombre aquel contándome esas cosas. Pidiéndome que le guarde el secreto. Que le arregle la silla. Que allí lo tengo cuando quiera y lo necesite para lo que sea yo o mi familia. Nere, fue muy duro. Muy duro, Nere. En quince años de curro nunca me había pasado tal cosa. El doctor casi me suplica que no le diga nada a nadie y que le repare la silla todos los días. ¡Jesús! ¡Qué vida esta! Ver para creer. Por cierto… ¿quién llamaba? ¿No sería del curro?

—No, era del hospital. Tengo que volver el miércoles a las dos y media. Han llegado los resultados de la gammagrafía.

¡Bah! Me lo explicas por la noche con calma que no quiero que te

cabrees conmigo. No quiero que me digas que no te escucho y que siempre voy con prisas. Puede esperar, ¿cierto? Ahora me marcho a toda leche que he quedado con Pedro y con el encargado para tomar un sol y sombra antes de entrar a explicarles lo que ha pasado con el médico. Y no sé muy bien qué voy a decirles, Nere. No sé cómo voy a ser capaz de escabullirme del encargado sin contarle la verdad. Pero si se lo digo luego todo se sabe y el doctor no va a confiar más en mí. Y voy a ser un vendido, Nere. Y no sé cómo voy a enfrentarme a esto, Nere. No sé si cuando vea la silla voy a sentir asco y voy a salir a buscar los guantes de látex o si me voy a poner burro. No sé, Nere. No sé… Me marcho, que llego tarde.

Lunes, 28 de enero. Hospital materno infantil. 08.15 h. Mamografía

—¿Es la primera vez?

—Que yo recuerde, sí.

—Molesta un poco porque se nota una presión en el pecho. Por lo demás, no hay agujas ni nada semejante. Procure coger aire y mantenerlo en los pulmones hasta que yo le diga.

—¿Y los resultados?

—Se los enviamos nosotras por correo interno a su médico correspondiente. Aquí solo se tiene que sacar la foto y ya puede irse a casa.

—¿Y puedo ir a trabajar?

—Claro. Vida normal, que esto no le va a hacer ningún daño.

La espuma del Fairy desagua por la tubería. Los platos. Vasos. Tazas. Tenedores. Cuchillos. Cucharas. Fuentes. Cenicero. La sartén. Abandonan el espacio sucio. Conquistan el escurreplatos. Limpios. Sin jabón pero goteando. Se seca las manos en el paño azul del Ikea. Y continúa. Recoge las migas de la mesa. Frota el mantel de plástico con la esponja. Lo seca. Barre el suelo. Lo friega con lejía ardiente. Abre la ventana para ventilar. Esparce hojas de periódico por el suelo. Recoge la ropa sucia del cesto del baño. La mete en la lavadora. Añade detergente y suavizante. ¿Programa rápido 40º? Siete minutos de reloj. Monta la tabla. Plancha la camisa. La mete en una bolsa del Lidl. Busca debajo del fregadero una de calceta. De las que hace viendo la televisión. Saca la camisa. La guarda dentro de una bolsa lila de lana. Junto con la manzana olorosa. Las de miniatura. De madera. Las que esconde en los cajones de los calcetines. Las que roba la hija de Rosita en la tienda que atiende los sábados. Marquitos duerme. La lavadora centrifuga. El canario pía. El tiempo se anticipa veloz. Cualquier día de estos sabrán que es ella quien se lleva las manzanas. Se va a meter en un lío sin querer. Total por cuatro manzanas de un euro. Y no es lo que valen… Sino saber que no son suyas. Que son del jefe. Ahí está la gracia. ¿O tú no te llevas muchas veces los clips de la oficina, Nere? Pues lo mismo… La chica no tiene ninguna malicia. Debo plegar la tabla antes de salir. A ver si no me olvido. Si no Manuel enseguida pone el grito en el cielo. No vivimos en casa de una costurera, Nere. ¿Y si llego a entrar con algún amigo? Si ve toda la ropa tirada por ahí en medio, ¿qué pensaría? ¿O voy a tener que llamar cada vez que vuelva y avisar para entrar en mi propia casa? Si te parece puedo ponerme un cencerro y así ya me oyes desde el garaje… Pobre. Tiene toda la razón. No cuesta nada devolver los trastos a su sitio. Diez minutos de reloj. Enciende el ordenador. Abrir documento de Openoffice. Calc. Cambiar nombre. Lista telefónica. Los abuelos Pepe y Dosinda. Los abuelos Manuel y Manuela. La tía Lina. La tía Susa. Por si acaso, el tío Paco. De los vecinos, Rosita y el de la señora Lola, porque no lo tengo. Apuntar en el iPad. El número de urgencias. Del pediatra. Del hospital. De la policía. De los bomberos. El del gas. Del fontanero. Del electricista. Del seguro. Apuntar en el iPad. Buscar asistenta de confianza. Buscar canguro de confianza. El del banco. El de la caja. El de las tarjetas. Apuntar en el iPad. Pedir presupuesto entierro. El teléfono de la pizzería. De los chinos. De los *take away*. Del mexicano. Del árabe. Apuntar en el iPad. Hacer historia médica y hábitos de los hijos. Apuntar en el iPad. Buscar notario para testamento. Dirección de la ferretería. De la panadería. Del barbero. Apuntar en el iPad. Darme de baja

en las cuentas bancarias. Cambiar nombre. Lista telefónica y direcciones. Número y situación de la academia de inglés. De la escuela de música. Apuntar en el iPad. Redactar últimas voluntades. Cambiar nombre. Lista telefónica. Direcciones y datos de interés. El tiempo se anticipa alífero, Nere. Tengo sesenta días para poner esto en orden. Contando que los últimos sea capaz de mover un dedo. Ahora no hay posibilidad de error. Dejar todo atado y bien atado. La casa organizada. Apuntar en el iPad. Cocinar lentejas. Sopa de pollo. Crema de espárragos. Croquetas. Albóndigas. Llenar el congelador. Comprar palitos de cangrejo. Preparado de ensaladilla rusa. Treinta minutos de reloj. Tres y veinte. Marquitos duerme. Hay que ir a buscar a la niña al colegio. Número de la maestra. De la directora. De la orientadora. De la piscina. Apuntar en el iPad. Ordenar el trastero. Comprar ropa de verano y para el cole del año próximo. Material escolar. Llenar la despensa. Venga, Nere, que Sofía sale del comedor. Es tarde. Esto lo puedes acabar después. Bocata, zumo y pera en la bolsa de las princesas. Bocata, leche y plátano en la de Winnie the Pooh. Galletas de chocolate y clínex en mi bolso. Arriba, pequeñín. Vamos a buscar a la nena al cole. Desperézate, mi niño, que no llegamos a tiempo. ¿Tienes caca? Pues vamos. Vamos a cambiar ese pañal. Así… Ya está…. ¡Aúpa! Muy bien cariño… Sacamos el *palón* los *catines* y ¡listo! Ahora limpiamos por aquí. Por aquí y un poco de cremita. Hmmm… Qué bien huele este nene… ¿*Pete*? aquí tienes el *pete*… Estaba escondido, bonito, pero ya lo hemos encontrado… Venga, vamos corriendo… uno, dos, uno, dos… Y ahora la cazadora… Hala… Ya estamos preparados. Marquitos se suelta de la mano y apura el paso por el pasillo. Mira para atrás. Venga, solete. Llama al ascensor mientras mamá cierra. Se escucha el chirriar de las viejas correas. La luz ocre en el indicativo de bajada. El niño expectante. Suena el tin en el mismo momento en el que Nerea llega a la puerta. Pulsa, mi cielo. El dos. El que tiene forma de patito. Le damos esta bolsa a Rosita y a por la nena. ¿Qué te parece? *Chi*. ¡Mamá! ¿Qué, muñequito? ¿*Do*? Sí. El dos. El que parece un patito tomando el sol. Los niños de hoy en día parece que nacen sabidos. Yo con año y medio seguro que no sabía ni caminar y mira a Marquitos… Contando ¡*uuu, dooo, teees, sa*! Rosita. Mira a ver si encuentras al del tercero y dile que esta camisa es la que estaba buscando. La que se le cayó en mi tendedero. Y cuenta. Y habla. Y hace pis en la bacinilla. Sí, han llamado del hospital. Que tengo que ir el miércoles por allí. Al mediodía. Cuando hayan terminado las consultas. Que parece que han llegado los resultados de la gammagrafía. Que quieren hablar conmigo. No, no me han dicho que era más serio. No sé si me queda más o menos. Ha debido de llamar una telefonista o una secretaria. Solo me ha dicho que tenía que ir. Que habían llegado los resultados de la gammagrafía. Y dibuja rayas con pintura de dedos. Y se saca los calcetines. Y gracias. Y esconde las cucharas en el cajón de los bodis. Bien, Rosita, vengo después por aquí y ya hablamos. Ahora voy apurada. Y se come el plátano

solito. Y el yogur. Y se lava los dientes. Y grita cucú. Y lanza la pelota. Que sí. Que sí. No te apures. El miércoles te quedas tú con los niños. Todo el día. Como si quieres que te los deje a dormir. No sé qué haría sin ti, Rosita… Y el portalón del colegio está entreabierto y la niña sentada en las escaleras del patio. Nerea no sabe cómo ha llegado allí. Le han escamoteado la despedida con Rosita, el ascensor descendiendo al bajo, la calle llena de gente, los comercios cerrados, los parques sin chiquillos. Ha perdido quince minutos de su vida. Solo ahora lo entiende. ¿Y el niño? ¿Dónde está el niño? ¡Marquitos! ¡Marquitos! *Qui*, mamá, *qui*. Y el pequeño agarrado a sus dedos y la niña sentada en los peldaños de la escuela. Y los quince minutos perdidos en un globo por encima de su cabeza. Mofándose de ella. Huyendo de ella. Haciendo escarnio de ella. Ha extraviado quince minutos que alguien le ha robado. ¿Quién quiere quince minutos del trayecto de Nerea? ¡Yo! ¡Son míos! Y Sofía levanta la vista. Sonríe. ¡Mamá! ¡*Nen-na*! ¡*Nen-na*! Y el avión o una gaviota traspasan los quince minutos. Perforan la esfera. La parten en mil pedazos. Sofía se echa a correr. Marquitos se echa a correr. Direcciones opuestas convergentes. Los pensamientos se caen al suelo goteando segundos. Y el cráneo resuena en el pavimento.

—No se mueva, señora Casteleiro. Deje el hielo ahí. No se preocupe por los niños. Están en la clase de dibujo con una profesora. ¿Se encuentra mejor? ¿Recuerda lo que le ha pasado? ¿Sabe dónde nos encontramos? ¿Le duele?

—Cómo se nota que es usted profesora… Vaya por partes que no soy capaz de responder a tantas preguntas juntas. Me duele la cabeza. Creo que me he desmayado en la entrada del colegio. ¿Cierto?

—Bien. Eso es buena señal. No ha perdido la memoria. ¿Quiere que llame a un médico?

—No es necesario. Es el cansancio. Lo único que tengo que hacer es descansar un poquito.

—Quédese aquí el tiempo que necesite. Voy a buscar más hielo a la cafetería.

Sale casi sin levantar una partícula de polvo. Veloz, con la mesura de quien no ocupa espacio en el universo. Nerea detiene la mirada a su alrededor. Como una bofetada brutal, la realidad revela su ecuación. El asiento diminuto. Las mesas redondas. Los cordeles llenos de dibujos con números y letras. En la pizarra la tiza esbozada. En el suelo restos de plastilina sin moldear. En el centro absoluto Sofía y Marquitos llamándola. Correr. Quiero echarme a correr. Quiero echarme a correr. Quiero echarme a correr. Quiero echarme a correr. Quiero echarme a correr. Correr. Correr lejos. Correr muy lejos. Huir. Correr. Escapar de la muerte. Huir. Quiero echarme a correr. Correr. Huir. Escapar. Vivir. Correr. Lejos. Correr muy lejos. Correr hasta el infinito. Quiero echarme a correr. Correr más allá del infinito. Correr. Huir. Escaparse. Vivir. Correr lejos. Correr muy lejos. Huir.

Escapar de la muerte… Y golpeo la aldaba. Recojo a los niños. Salgo al parque. Aire. Llenar los pulmones y escuchar ¡mamá! *Qui*. *Qui*. Mientras Marquitos salta al tobogán. Mientras Sofía se balancea en los columpios. Ni una lágrima, Nere. Compórtate como una auténtica señora. Los sonidos amplificados dentro del oído. Miles de escolopendras carcomiéndome los tímpanos. La gravilla menuda una contra otra. Scrachtttsss scrachtttsss. Las pisadas scrachtttsss. Los zapatos scrachtttsss. Los pies scrachtttsss. El puentecito scrachtttsss. Los dedos de los pies scrachtttsss. La piedra de paso scrachtttsss. La fuente del parque contra la grava menuda en la piedra scrachtttsss. Los pies dentro de los zapatos en el puentecito scrachtttsss. Las pisadas en la arena aplastando la escolopendra scrachtttsss. Los tímpanos amplificando los sonidos en los oídos scrachtttsss Y después de quince años sin fumar, pido un pitillo. Por favor, ¿me podría dar fuego? Y observo las uñas perfectamente limadas. La manicura francesa. El gordo en la piedra. En la mecha. La cutícula retirada. Atrás. La queratina cuadrada. Scrachtttsss. El gas espolea la llama. El calor en los orificios de la nariz. El rubio en la primera calada. Quince años. Me trago el humo. Saboreándolo. Degustándolo. Deleitándome en el paladar. Relax. Siéntate, Nere. A ver si te va a dar otro parraque. Las piernas en alto. En el banco. Mayo es poco tiempo. No pienses en eso. Tampoco sabes si te vas a morir antes. Puede ser cualquier día. Pero no está bien que te lo hayan marcado. Vivir con un final. Todos tenemos un final. Nacemos muriendo. Y Manuel se va a coger un berrinche. No le va a gustar una pizca el asunto. Pobre. Treinta y cinco años. Viudo. Dos hijos. Tengo que buscarle una buena mujer. Que lo cuide. Que se preocupe por él. Que quiera a los niños. Sofía y Marquitos… ¿cómo se lo explico? Son tan pequeños… Mirad, chiquis… Cuando pase tu cumple, Sofi, mamá ya no volverá. ¿Por qué, mami? Porque tengo una pupa aquí. En el pecho. *Irita*. No, cariño, con una tirita no se cura. Los médicos han dicho que no se puede sacar. ¿Y por qué no se ve? Porque está muy dentro, princesa. Entonces este año no hago cumple, mamá. Y se echan a correr hacia Antía. Acaba de entrar Antía en el parque. Y son felices. Y nada les preocupa. Y nada nubla sus sonrisas. Y maldigo la teta. Y el cuerpo. Y la suerte que me ha caído en desgracia. Y saludo a la mamá de Antía. Deja las mochilas a mi lado. La del colegio y la de la merienda. Y la miro. Y viste un vaquero y una camiseta vieja por debajo del jersey amplio. El papel albal. El bocadillo de pan con mortadela. Sin conservantes ni colorantes artificiales. Zumo de naranja. Pera y yogur de limón. Clínex y cuchara de postre. Madre soltera. Trabaja en la fábrica cosiendo camisas. Voy a necesitar una canguro. Pues no sé de ninguna. Pocas veces salgo y cuando lo hago Antía se queda con mi madre. Y tú, ¿no podrías? Buf… Si es por hacerte un favor… algún día no tengo problema. No, verás… es que como Manuel y tú ya os conocéis, ya te ha llevado al trabajo alguna vez… Ya comprendes a los niños. Antía se lleva bien con los míos, tú no estás nada mal para la edad que tienes… Oye, ¿tú

no pretenderás montar un trío o algo así, no? Era lo que me faltaba por oír… No, tranquila, mujer, que todavía no me ha dado por ahí. ¡Venga! Piénsatelo. Dentro de un mes concretamos algo. Estás como una cabra, Nere. No entiendo palabra de lo que me dices. Parece más una cita que una canguro. Y conversamos de las notas. Del precio de las zanahorias. De las ofertas de pantalones de pana. De vernos este fin de semana. De tomarnos un café. Que parece mentira que vivamos a dos edificios y como si fueran kilómetros. Que siempre con prisas. Que tengo unas zapatillas viejas de Sofía. De las de baile. Que se han quedado nuevecitas. Que te las doy el sábado cuando pases por casa. Que aprovecho para mirar si le puede servir algo de ropa de la niña. Que va siendo hora de marchar. Que con dos no hay quien los bañe sin que parezca una guerra nuclear. Que tampoco es que sea más complicado con uno que con dos. Que no he querido decir eso. Que lo que pasa es que yo ya no soy la jovenzuela que era. Quedamos así. El sábado a las cinco y mientras las niñas saltan tomamos un té o un café. Nunca llovió que no escampase, Nere. Cuando crees que nada puede ir a peor, pues se cae el mundo. Cuando parece que las circunstancias de tan marrones son negras te despiertas con un jarro blanco. La mamá de Antía. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Tenía que haberlo imaginado. Apuntar en el iPad. Café. Sábado. 17 h.

Lunes, 4 de febrero. Complejo hospitalario. 09.35 h. Resonancia magnética.

—Ya la han avisado de que es una prueba larga, ¿verdad?

—No, no me han dicho nada.

—Pues si tenía planes aproveche para llamar por teléfono. Hasta las once y media o doce no la vamos a dejar marchar.

—Voy a avisar en el trabajo y a la vecina entonces.

—Muy bien. Cuando esté lista, métase en esa cabina. Quítese la ropa, las joyas y cualquier cosa metálica. Póngase la bata y entre. ¿Comprendido?

—Sí.

Caminar sosiega la inquietud. La normalidad. Las distancias repetidas. Conocidas. Los espacios de las manecillas definidos. Respira, Nere. Concéntrate en lo que hay. Llegar a casa. Vaciar las mochilas. Meter a los niños en la ducha. Las cenas. Meterlos en la cama. Marcar los pantalones de Manuel. La comida de los mayores y para la cama. Mañana será otro día. Apuntar en el iPad. Sábado. Café. 17 h. Como pajaritos regresamos por las aceras. Estas mamás seguro que también tienen sus problemas. A lo mejor alguna tiene un pecho podrido como el mío. Y no lo sé. No puedo verlo. No siento nada al rozar sus brazos. Cambiar los pijamas. Ya llevan una semana con los mismos. Bañarlos. Comer. Acostarse. Sofía me aprieta la mano con fuerza. No dice nada. Seguro que está asustada. Y se hace la mayor. Y esta mujer lleva cuatro hijos como quien lleva uno. Recuerda. Apuntar en el iPad. Sábado. Café. 17 h. ¿Cómo hará para que no se le escape ninguno? ¿Y si el mayor se coge un berrinche? ¿Cómo los atiende a todos? Concéntrate, Nere. Martes. Diecinueve de marzo. En nada es primavera. Y no veré el verano. Apuntar en el iPad. Baños en la playa. Cosas que hacer antes de morir. Abrir carpeta. Y ninguno de los cuatro grita. Y ella no tiene cara de agobiada. ¿Cómo hará? Y Sofía agarrada a la derecha. Y Marquitos asido al meñique de la izquierda. Y Sofía cuenta que Antía le ha dado un beso a Víctor. Que ya son matrimonio. Las escolopendras se han desvanecido. Las voces todavía se oyen con eco. Alejadas. La letanía de Sofi calma los nervios. Conocida. Tranquilizadora. ¿Y si esta señora que camina delante de nosotros tiene un cáncer de mama? ¿Quién le atiende a los chiquillos? Cuatro son muchos. Cuatro baños. Cuatro camas. Cuatro pijamas. Ocho petisuís. Cuatro vasos de leche. ¿A qué hora se levantará para vestirlos? Y ocho calcetines. Y cuatro pantalones. Y cuatro camisetas. Y cuatro chaquetas. Todos los días. A la lavadora. Y los suyos. Y los de su marido. Un centrifugado diario. Tendrá secadora, porque si no… Apuntar en el iPad. Baño en la playa. Sábado. Café. 17 h. Y el teléfono de la señora Lola. Acordarse de pedírselo. Y cuatro platos. Y cuatro tenedores. Y cuatro vasos. Y los suyos. Y los de su marido. Tendrá lavavajillas, porque si no, pobrecita mía. Comprar milanesas para el martes. Albóndigas para el miércoles. Les hago la salsita por la noche. Unas patatas cocidas. Y luego solo tienen que calentarlas mientras voy al médico. Apuntar en el iPad. Sábado. Café. 17 h. Baño en el mar. Comprar milanesas y albóndigas. Hacer salsa de tomate y cebolla. Patatas cocidas con laurel y comino. Martes, milanesas. Miércoles, albóndigas. Jueves, ya veremos. El niño del medio gira la cabeza hacia atrás y Sofía se ríe. Es mi novio, mamá. ¡Que Dios nos coja confesados! Era lo que me faltaba por oír. ¿Y cómo se

llama, cariño? Nicolás. Las escolopendras zumban en la nuca. Se precipitan por las paredes. Los tonos recuperan su curso natural. La normalidad. Las distancias conocidas. Respira, Nere. Concéntrate. La niña se ha echado novio. Nicolás. Cuatro hermanos. Una madre. Algún padre. Ocho calcetines. Cuatro pantalones. Cuatro camisetas. A la lavadora. Habitual. ¿Ahora habrá que invitarlo? ¿A él solo? ¿O a los cuatro? Cuatro platos. Cuatro tenedores. Cuatro vasos. Y los de Sofía. Y los de Marquitos. Y los míos. Y los de Manuel. Y los de la madre. Y no tengo máquina para lavar todo eso. PVC, Nere. Todo de plástico. A la basura. Contaminación bestial. Excusable en una moribunda. Nere, no pongas el carro antes que los bueyes. Paso a paso. Una cosa de cada vez. Cuatro niños. Seguro que el último está harto de heredar ropa de los mayores. De los tres primeros. Y los zapatos. Los libros. Los juguetes. A Nicolás le falta un diente de arriba. Y la cara de pillo no se la borra ni el estropajo. Ser el del medio no debe de resultarle fácil. Entre cuatro. Dos mayores y uno pequeño. Y Nicolás en la mitad. El tercero. En fila horizontal apoyándose los unos en los otros. Sin algarabía. Giran a la izquierda. Nosotros a la derecha. Sofía dice chao. Nicolás sonríe. Sin salirse de la fila. Concéntrate, Nere. Sé educada. Es un niño. Buenas noches, Nicolás. Que descanses. La madre se da la vuelta. Responde en un lamento. Buenas noches. La pobre. Está sin aliento. Cuatro son una lechigada. Demasiados polluelos para la misma gallina. Manuel quería tres. Se le había perdido algún tornillo. Menos mal que subió el euríbor. Manuel, échale un poco de sentido común. Tres chiquillos es una multitud. Donde comen dos comen tres, Nere. Mi madre tuvo siete y nunca se ha quejado. Pero eso era antes, Manuel… Las mujeres de ahora sí que no sois las de antes. No me digas que las abuelas podían con nueve y diez hijos y ahora solo queréis tener uno… No dan las cuentas. Dos hijos y dos padres son cuatro. Tres niños y dos padres son cinco. Suma básica de dos cifras. Sin llevar. Los números engañan. Y la hipoteca sube y los gastos se disparan y aprovecho para ponerme un DIU y por lo menos me quedan ocho años por delante. Y me muero en mayo. Recordar. Apuntar en el iPad. Sábado. Café. 17 h. Generar nueva carpeta. Cosas que hacer antes de viajar. Si hubiera tenido tres hijos me habría pasado diez años comprando pañales. El tiempo perfecto para hacer un estudio de mercado. Habría visto la evolución de la técnica. De los tejidos a las bolitas absorbentes. La de los precios. La del márquetin. No. Hablar bien es gratis. Mercadotecnia, Nere. Colocar en el lugar apropiado las subvenciones para las artes escénicas, Nere. Redactarlas sin falta a ver si me van a despedir. Se te va la pinza. Nere, eres funcionaria. No te pueden poner de patitas en la calle. Y menos con un cáncer. Improcedente lo mires como lo mires. Pero sí trasladarte a archivos, por ejemplo. Tonterías. De mañana no pasa. Las escribo y punto en boca. Ctrl + c. Ctrl + v. Enter. Concéntrate. Busca las llaves en el bolso. En el fondo. Como siempre. Abrir el portal. El ascensor en el sexto. Subir andando. El niño en

brazos. La niña sujetándose al pasamanos. Los peldaños húmedos. Tufo a amoníaco. La señora de la limpieza hace poco que se ha ido. Tres cerraduras. Antirrobo. El ojo de buey blindado. Una millonada encima de las bisagras. En las jambas. Bisagras doradas de ocho clavos amarillos. Corcho ignífugo. Caoba roja. Eucalipto falso de las Filipinas. Barniz. Ignominia maderera. Las distancias repetidas. Conocidas. La letanía de Sofi calma los nervios. Tranquilizadora. El olor a vainilla de casa. Familiar. La bombilla de bajo consumo del recibidor. El llavero. Los abrigos en las perchas. En el perchero. Los tenis en el zapatero. Las pantuflas custodiando los sabañones. Y vislumbro la rutina. Los movimientos mecánicos. Y veo a los niños en la habitación quitándose la ropa aunque esté vaciando los papeles y las ceras en la basura. Incluso con el cuerpo en la cocina los murmullos monótonos de costumbre me describen otras estancias. Y los piececitos descalzos en el parqué engendran el grito. No quiero veros sin zapatillas. Que os ponéis enfermos. Y abren la puerta del mueble. Y se caen las chinelas al suelo. Y les hace gracia. Marquitos intenta calzarse las de papá. Sofía se parte de risa. Todas las tardes el mismo juego. Todas las tardes distintas carcajadas. ¡Vamos! Que el agua no es gratis. Y abro el grifo. Y lleno la bañera. Y pongo periódicos en la baldosa. Sofi: no salpiquéis. Marcos: no tiréis los juguetes para fuera. Mamá: ¿nos das los cubos? Y aprovecho para hacer la tortilla francesa y los cereales con leche. Las muñecas y la retina en la sartén. Las palabras en el eco del azulejo. Le doy la vuelta a los huevos. Retengo en la cabeza el murmullo del baño. En el exterior de las pestañas la cocina de gas. La sartén negra. La espátula de madera. En el interior de las neuronas Sofía sentada jugando con el delfín de cuerda. Marquitos de pie haciendo pompas con el gel. Dos imágenes. Un físico. Desdoblarse. Multiplicarse por tres. El timbre. La puerta. El recibidor. La bombilla de bajo consumo. El olor a vainilla de casa. Agradable. El ojo de buey blindado. En la otra orilla, Rosita. La bolsa lila de lana. Guapa, he subido un par de veces pero no he encontrado al del tercero. Te la traigo de vuelta por si se pasa por aquí. Si te parece, me la das mañana e intento localizarlo. Oye, me ha llamado la madre de Antía para que te echase un ojo. Parece que te has llevado un golpe en la cabeza y te has quedado algo tocada del ala. Que estabas en el parque soltando cosas sin sentido. Cuídate, cuídate tú. Si es que no descansas. Es solo un coscorrón. Me he desmayado y me he pegado con la cabeza en el suelo. Nada más. Nada más y nada menos, guapa. Que no es cualquier cosa. ¿Por qué no vas al médico? Total, porque te lo miren no se acaba el mundo. Venga, Rosita. Deja de agobiarte por fruslerías. Pareces mi madre. Pasado mañana voy al médico y ya si eso le digo que me eche un vistazo y vea si me han nacido gnomos en la mollera. Tonta. Eres tonta y tonta y media. A cabezota no hay quien te gane, Nere. Te tomas todo a broma y así no puede ser, Nere. ¿No has visto las noticias hoy? A un hombre le ha bajado el azúcar y se le ha puesto la cabeza como una espuerta de gatos. Le ha dado un no sé

qué alucinógeno y ha matado a la mujer y a los hijos. Y el tipo sin darse cuenta de nada. Un arquitecto. Contaban que nunca se le había conocido maldad alguna. Un buen hombre. Y sin quererlo mira cómo ha acabado la broma. Ay, Rosita, apaga la televisión. Te vas a volver loca con esas cosas. Hay suficiente gente diabética en el planeta a la que le baja el azúcar, la tensión y el ánimo y no mata a la familia. La gente no se vuelve mala porque sí de la noche a la mañana. Sin más. Le habría estado dando vueltas al veo con algo y habrá salido a la superficie. Las personas nunca se sabe lo que llevan por dentro, Rosita. Tú ves a uno que te parece una maravilla y después resulta que despellejaba gatos a medianoche. Nere, dices cada cosa que me pones los pelos de punta. Hoy en día no te puedes fiar de nadie, Rosita… Ni de tu sombra… Mira, me voy porque voy a acabar cogiendo miedo y si no vas a tener que venirme a acompañar hasta casa. Rosita es una miedica. Y a ti te gusta picar, Nere. Pobre Rosita. No deberías gastarle esas bromas con lo sensible que es. Ya me la imagino escudriñando las huellas. Los caminos hasta la alfombra del segundo. Acechando a las sombras de los techos. Haciendo cábalas sobre los focos. Atizando asesinatos. Violaciones. Raptos. Robos. Apura la marcha. Deprisa. Al trote. Alcanza la puerta. La de ella no es blindada. Su marido dice que prefiere meter el dinero en un hotel. Que le traigan el desayuno a la cama. Sin fregar ni una taza. Como cuando fuimos al Algarve. ¡Chiquilla! Qué muerta del miedo estabas, ¿verdad? Me acababa de casar. Manuel. Manuel. Luna de miel. Manuel. Luna. Manuel. Mi casa. Mi tiempo. Mi baño. Vente a vivir conmigo, Nere. Tu apartamento es diminuto para los dos. Las cajas. La basura. Lo que sobra. La ropa. La música. Los libros. Escudriñando. Reflexionando. Acechando. Haciendo cábalas. Atizando. Apurando. Al trote. Los miedos. Casada. Vente a vivir conmigo. Mi casa. Mi tiempo. Por favor. Quince años. Dos hijos. Dos empleos. Dos préstamos. Dos manos. El tiempo. La casa. Concéntrate, Nere. Los niños en la bañera. El agua en los periódicos. Los juguetes en la plaqueta. La espuma en la esponja. Las gotas en la espalda. El olor a avellanas del jabón. El agua templada. El cáncer en el pecho. Las caras húmedas. La toalla calentita. El radiador. Y mamá. El vapor en el espejo. La podredumbre. Los brazos tibios bajo el agua. Acariciando a mis pequeños. A dormir y al colegio como todos los días. Aceite hidratante. Los pijamas. El secador. Las zapatillas. El pañal. Sofía se sienta en su trona a comerse la tortilla francesa. Cuchillo y tenedor. Servilleta. Un vaso de leche. Marquitos se sienta en su trona a comerse los cereales con leche. Babero. Cuchara. Servilleta. Los espacios de los minutos ya definidos. La letanía acompasada. El olor a vainilla. Familiar. Los movimientos mecánicos. Me he desmayado y me he pegado con la cabeza en el suelo. Concéntrate, Nere. Mastica, Sofi. Que se te va a hacer bola. Marcos, no ensucies el pijama, que está limpio. La espuma del Fairy desagua por los platos. Vasos. Tenedores. Cuchillos. Cucharas. La sartén. Abandonan el espacio sucio. Alcanzan el escurreplatos.

Limpios. Sin jabón. Se seca las manos en el trapo azul. Y continúa. Continúa colgando el trapo en el gancho. Continúa. Continúa lavándole los dientes a Marquitos. Peinando el pelo de Sofi. Los movimientos mecánicos. Todas las noches. Lunes. Martes. Miércoles. Jueves. Viernes. Sábado. Domingo. Fiestas. Festivos. Puentes. Hasta mayo y luego Dios dirá. Veintiuna horas en punto. Movimiento acompasado. Todos los días. Letanía mecánica. Familiar. ¿Qué os parece si hoy acabamos de leer el Tragasueños? ¡Muy bien! Pues todos a mi cama. Quitaos las zapatillas. Meteos debajo de las mantas. Y voy a por el libro. Dos préstamos. Dos hijos. Dos empleos. Las tapas azules. Cartón. Duras. El olor a páginas sobadas. El marcador casi al final. Todas las noches. Quince minutos. Los dedos gordos en la boca. Los índices acariciando las pestañas. Los aromas del champú. Del gel. De la pasta de dientes. El calor de los pijamas. A media luz. El traqueteo de las frases. La melodía de los fonemas. Los párpados que bajan la persiana. Un cuarto de hora. Las palabras que empastan una con la otra. Las fragancias a caballo de la bombilla de ahorro. Desprendiendo calorías. Cálidas. Los ojos cada vez más pequeñitos. Poco a poco. Rutina. Melodía. Traqueteo. Calor. Aromas. Fragancia. Armonía combinada. Media luz en las mantas. El libro cerrado. El aliento tranquilo. El marcador al final. 21.15. Y continúa. Movimiento. Mecánico. Acompasado. Familiar. Me vas a tener que coser los pantalones. Debe de haber tres o cuatro. Los dos negros, el marrón y el azul. Te los marco esta noche y te los coso mañana. Los negros mejor porque se manchan menos. Y no se notan tanto los michelines. Y se manchan menos. Parezco menos puerco cuando vuelvo a casa. ¿Dónde habré metido el marrón…? A Manuel no le va a hacer ninguna gracia. Pespunto los dos negros y el azul. Mañana miro en el trastero a ver si ha ido a parar a la caja de verano. Apuntar en el iPad. Buscar marrón. Pantalón nuevo marrón. Urgente. Y la camisa por el medio. Nere, guárdala. En el armario de los niños. Allí seguro que no tropieza con ella. Seguro que piensa que no está bien que la ponga en una bolsa tan bonita. Que es mucho dinero para nada. Que qué pretendo. Que si no valía perfectamente una de plástico. De las del súper. De toda la vida. Con sus asitas de PVC. Que soy una adolescente. Siempre preocupada por el gallito del corral. Debajo de los jerséis de Marquitos. Respira, Nere. Tranquila. Respira. Respira. Concéntrate. Siéntate en el sofá. Y me siento. Y cojo el costurero. Y me pongo el dedal. Y enhebro la aguja. Y alineo las perneras como me ha enseñado la señora Lola. Movimiento acompasado. Dentro. Fuera. Y no pienso en nada. La mente en blanco. La mirada en el dedal. En el metal. En la ropa. Y no escucho el estruendo del portalón del garaje. Coso en el sosiego absoluto. Y no escucho la bisagra que cruje. Sin niños revoloteando alrededor. Sin pincharme. Sin espantarme. Sin sangre en las yemas. Y no oigo el motor del coche que ruge. Aguja, tela e hilo. Y no noto el ascensor que llega. No atiendo al tin de llegada. Mil imágenes en la memoria. El relax de los bajos. De las costuras. Y no considero el ascensor

que sube. No atiendo al tin de llegada. El scrachtttsss suave de la aguja que penetra en la tela y que desliza el hilo a través de ella. Sin violencia. Y no percibo los instantes previos a la llave en la cerradura. Ni escondo el pecho canceroso en el jersey de lana. Ni me atuso el pelo con los dedos. Ni ensayo una sonrisa dulce cuando el llavero tintinea por encima de los pasos. Y me desasosiega el clac de la cerradura. Muy lejos. Como en una pesadilla. Adormilado. Y me amedrenta la bisagra que gira. Más cerca. En las riberas de los oídos. Sobresalto. La puerta abierta. El corazón me late expeditivo. Se desboca. Y mi marido siempre tan descuidado. Mira cómo trae las uñas. Negras como el betún. El pelo brillante. Seguro que se ha pasado los dedos llenos de grasa por el pelo para peinarse. Anda, Manolo, vete a la ducha mientras caliento la cena. Tráeme la toalla grande, Nere. ¿La sábana de baño? ¡No, mujer! La grande azul. La sábana, entonces… Vale, Nere, vale, tráeme el como le llames azul… Y lo observo. Un instante. Los hombros caídos al terminar el día. Los pies a rastras. Silenciosos. El agua que cae del grifo. El vaho que engulle la silueta. Concentración Nerea. Que te pierdes. La sábana de baño. La cena. Los pantalones. El sofá. Termino de marcar el negro. Mañana los coso. ¡Nere! ¿Me pasas el pijama? Veo las zapatillas caminar por el pasillo y no siento los pies. Entro en el baño y me parece ajeno. El cuerpo desnudo. Tras la cortina. El pelo mojado. Las arrugas ahuyentando las gotas. Mucho mejor, Manuel, ya tienes otra cara. Extraña. Familiar. Y el sofá recoge la profunda rareza. Y todo regresa a la rutina. La tela, la aguja y el hilo. El dedal. Y la realidad de todos los días. La costumbre de lunesmartesmiércolesjuevesviernessábadodomingo transporta a mi marido a la butaca donde le espera la cena y el mando de la televisión. El pijama limpio. El pelo húmedo. La mirada cansada. La aguja. El hilo. La tela. El dedal. Los pies en el taburete.

Lunes, 11 de febrero. Planta -1 Hospital Oncológico. 12.45 h.

TAC.

—¿A qué hora tenía cita usted?

—A las diez.

—Bien, vamos con un poco de retraso. De todas formas, empiece a tomarse este líquido.

—¿Todo?

—Sí. Se tiene que tomar un litro en media hora. Esperamos cuarenta minutos hasta que el contraste haga efecto y luego la pasaremos lo antes posible.

—Entonces tengo para un rato.

—Pues sí. No puede ir al baño e intente no vomitar porque si no no le podremos hacer la prueba.

—¿Qué ha pasado con la silla?

Si tú supieras… Nerea… Me he vendido por cuatro duros, Nere. No he sido capaz de decirle nada al bizco, no he sido capaz de lanzarle una maldición a Pedro. Nada, Nere. Soy un gallina, Nere. Y es muy jodido. Si no estuviera casado, si no tuviera dos hijos, si no hubiera firmado la hipoteca… Entonces iban a saber quién soy yo, pero así no se puede, Nere. Así no puedo abrir la boca, soltar lo que me venga en gana y quedarme sin curro. Era lo que me faltaba. Además de burro, apaleado. ¿Qué iba a hacer, Nere? Les conté que el médico solo quería que la silla pasara por una revisión diaria. Que tenía una manía. Y que había pedido que fuera yo quien se la arreglara porque estaba contento con mi trabajo. Lo único que exigía era que estuviera lista para las doce. Y el encargado que eso era una sinrazón. Que ni hablar de tal cosa. Y arrancó como un cohete para arriba. Ni tiempo me dio de agarrarlo del brazo. ¡Zoooom! Salió como alma que lleva el diablo. Nerea… Me faltó un pelo para arrancar. Coger el coche y dejarlo todo allí. Vuelve el bizco con una sonrisa de oreja a oreja. Me llama a su despacho y me dice que está orgulloso de mí. Que se alegra de contar con alguien como yo en su equipo y mil paridas más. Y que como muestra de lo que me aprecia que a partir del próximo mes tengo un aumento de quince euros.

—¡Qué buena noticia, Manuel!

¡Pero mujer! ¿A ti se te va o qué? Por quince míseros euros me he convertido en su puta. En la del encargado y en la del médico. Ahora cada mañana de mi vida voy a entrar por esa puerta. Voy a ver la cara de alegría del trasojado. Me chocaré con la silla llena de soldaditos. El recelo de Pedro. La firma del doctorcillo en los albaranes. Ahora no soy más que el juguete de los de arriba. La pepona de mantenimiento. ¡Joder, Nere…!

—Lo siento, Manuel. Pues… Yo también quería… contarte una mala noticia… La doctora me ha dicho que tengo cáncer en un pecho.

Mira, Nere… No está el horno para payasadas… ¿No habrás pensado en ponerte enferma ahora? Era lo que me faltaba. ¿Cómo que cáncer? ¿He aguantado el día de hoy para que me digas que tienes cáncer? ¿Pero de dónde te sacas esas historias? Y ahora seguro que vas a empezar otra vez con el coñazo de que no hablamos nunca de nada, que el tiempo pasa, que cualquier día nos habremos muerto, que nunca hacemos nada juntos, que la vida es muy corta que nos puede atropellar un coche y no lo contamos… ¿Es por eso? ¿Es el día de la neura? ¿De la regla? ¿De la visita de tus amiguitas? La del segundo… Seguro que ha sido ella quien te ha llenado de humo la sesera. Como no da palo al agua tiene que entretenerse con cualquier cosa.

Con tu vida, por ejemplo. Y la culpa es tuya por hacerle caso. Manuel… Rosita nos tiene mucho cariño… Manuel… Mira cómo cuida de Marquitos… Manuel… Manuel… Ya me olía a chamusquina, Nere… Tú no te das cuenta de que se coge antes a un mentiroso que a un cojo. ¿A ti te parece que tienes cáncer? Por lo menos si me vas a decir algo así, píntate. Finge estar enferma. Dibújate unas ojeras o yo qué sé… ¿Te acuerdas de Eliana de Covadonga? ¿Te acuerdas de cómo estaba la pobre mujer? Parecía una estaca, Nerea. Ella sí que tenía cáncer y no se andaba con gilipolleces. Y aguantó dos años de médicos para aquí y médicos para allá. Hasta le quemaron la boca, Nerea. Que le daban de comer por un tubo en la barriga. Y aun estando con un pie en el otro barrio, escabuchó las patatas sin rechistar. Se murió con los zuecos puestos. ¿Tú te crees que me puedes venir a mí con inventos? ¿Que he nacido tonto y me he graduado de gilipollas? Pero, Nerea… Mujer… Que no vivimos en una película… Hazme el favor de comportarte y no seas paleta…

—Voy a poner a cocer las patatas y los guisantes para las milanesas, Manuel…

Sí. Mejor. Vete a hacer algo que tenga sentido. Yo acabo de ver la serie y ya te friego los cacharros, que si no al final se quedan ahí hasta la semana que viene. Y vámonos a dormir, que como mañana sea igual que hoy estamos aviados. Y deja de sorberte los mocos, que pareces boba. Ni que fuera el fin del mundo, la madre que la parió… Manuel se preocupa por ti. Más de lo que parece. Manuel no puede soportar la idea de imaginarte muerta. Con cáncer. Enferma. Pobre Manuel… Es normal que no haya aceptado la cosa así como así. Pude haber esperado. A otro momento en el que hubiera estado de mejor humor. No te resistes. Siempre tienes que contarlo todo al momento. Impaciente. Respira. Tranquilízate, Nere. Tiene razón Manuel. Esto no es el fin del mundo. También puede ser que la doctora se haya equivocado. Es humana. No me duele. No tengo cara de enferma. Solo me he desmayado de los nervios. Concéntrate Nere. Las pruebas. Las analíticas. La radiografía en el atril. Las costillas. Tú lo has visto. Pero no lo entiendes, Nere. Lo mío son las letras. Las artes escénicas. La música. Lo que sé de los goteros son las ruedas que repara Manuel. Nere. Nere. Ponle cabeza a esta situación. Cáncer. Mayo. Pecho. Podredumbre. De ahí no pasas. La segunda y la cuarta afectadas. ¡Mi Manuel! Pobre… Infeliz… Se preocupa demasiado. Pobre. Una noticia de este calibre hay que darla con más cuidado. Tengo menos tacto que una lija. ¿Cómo querías que se lo hubiera tomado? ¿A broma? Pobre Manuel. No puede soportar la idea de imaginarte enferma. Muerta de cáncer. Apaga la televisión. La pantufla scrachtttsss en el suelo. Una. Dos. El marco de la cocina. El tenedor tropieza con el vaso. Tin. Manuel habla en un suspiro. Lo siento, Nere. Perdóname, por favor. Me has pillado a contrapié. No esperaba que me fueras a decir algo semejante. ¿Quieres que hablemos? ¿Solucionaría algo que nos sentáramos a tomar un café los dos juntos? En la cocina. Sin tele. Solos tú y

yo. Ven aquí. Mi reina del cortijo. No llores. Lo siento. De verdad, Nere. Te lo pido por favor. Perdóname. Nere. No llores más. A ver. Siéntate. Cuéntame lo que ha ocurrido. No te cortes, mi reina. Prometo no desesperarme otra vez. Deja de llorar, Nerea. No somos niños. Mírame y dime qué ocurre. Para, Nere… Por Dios… Que me atormentas. ¿Quieres que llame a tu hermana? ¿A la cantamañanas del segundo? ¿Qué hago, Nere? ¿Qué quieres que haga? ¡Nere! Manuel habla sin palabras. Mudo. Sin sonido. Mueve los labios. El brillo en sus ojos. El silencio. Parece un arlequín pálido. Imagino el rombo en el párpado. La cara espantada. Las lágrimas negras. Las comisuras de la boca curvadas hacia el suelo. La voz sorda. No resuena en el martillo. La cara pálida. El brillo en mis ojos deja resbalar lágrimas negras. Manuel me llama. ¿Qué hago, Nere? ¿Qué quieres que haga? ¡Nerea! El arlequín huye. Siempre he odiado a los arlequines. Me dan asco con esos rasgos molestos. Muñecos rotos. El aire de las cuerdas vocales suena a máquina de coser. Manuel habla sin sentido. Con palabras. Palabras sonoras. Scrachtttsss. El dorso de la mano sierra el oxígeno. Hoja de afeitar oxidada. La sangre invade la mejilla. Ardiente. Dolor. Y asesino al arlequín con la rabia de la perra herida. Y ahogo las lágrimas negras en el fondo de los alveolos. Y comprimo los labios el uno contra el otro. Hasta que duelen. Entre los dientes. ¡Concéntrate, Nere! Levanta la vista. La mirada. Los ojos color de miel. Tigresa. Sin más. Desgraciada. Nerea. Casada. Atizando. Quince años. Haciendo cábalas. Dos préstamos. Reflexionando. Dos hijos. Escudriñando. Dos empleos. Piensa. Respira. Inspira. Respira. Piensa. Expira. Inspira. Piensa. Piensa.

—Disculpa, Manuel. Siento habértelo dicho así. Sin más.

Yo también lo siento. No quería pegarte. Me entró miedo y no sabía qué hacer para que volvieras en ti. Toma hielo. Si no seguro que van y dicen en el trabajo que te he hecho algo. Y yo te quiero, Nere. Sabes que te quiero. Que puedo ser un gruñón pero eres todo lo que tengo. Tú y los niños. No sé cómo se hace. Juntos vamos a salir de esta y de las que nos quedan por delante. ¿A que sí, mi Nereita? Deja que te limpie el ojo. Tienes una gotita de sangre. Así. Ya está, mi princesa. Así de hermosa como siempre. A veces soy tan bruto, Nere… No me controlo. Perdóname. Y no me gusta, Nere. No quiero ser un animal. Perdóname, Nere. Me entró miedo y no sabía qué hacer para que volvieras en ti. Estaba asustado, Nere. Sabes que te quiero, Nere. Te quiero.

—Y yo también a ti, Manuel. Vámonos a la cama. Mañana será otro día.

Los brazos se balancean a lo largo del cuerpo. Se acompasan al caminar. El pasillo semioscuro. Irrealidad. El cuerpo frío. La cara alumbra. Concéntrate. Me hiere el pundonor. Manuel. No se da cuenta de que el puño no topa. Mañana será otro día, Nere. Las yemas colocan la colcha. Siento el pijama sobre la piel. Los dedos palpan las cicatrices. Siento la cerveza en el cogote. Por detrás de las orejas. El calzoncillo en el suelo. A mis pies. Siento

los escalofríos tartajeando en la boca del estómago. Los muslos de Manuel contra mis nalgas. Siento las manos toscas por debajo de la camiseta. El cuerpo desvanecido trepa por el colchón. Siento el cuerpo frío. Hipotermia. Siento la cara arder. Fuego. Mañana es otro día. Suma y sigue, Nere. Y observo la película. Insensible. Manuel reptando por las piernas. El pubis. La barriga. El resuello de Manuel. El ducados. La cebada. En un pecho. En el otro pecho. Una. Dos. Tres. Veces. Imperceptible, Nere. Escondo la cabeza en el hombro de Manuel. Inclínate, Nere. Mañana ya es el día siguiente. Y escucho el hálito entrecortado en los oídos. Y tengo que apuntar en el iPad el teléfono de la señora Lola. Comprar las milanesas y las albóndigas. Café. El sábado. Con la mamá de Antía. 17 h. La camisa en el armario. Subir al tercero. Apuntar en el iPad. Ordenar el trastero. Comprar ropa de verano y para el cole del año próximo. Material escolar. Llenar la despensa. Apuntar en el iPad. Buscar asistenta de confianza. Buscar canguro de confianza. El del banco. El de la caja. Apuntar en el iPad. Pedir presupuesto entierro. Apuntar. Preguntar por la excedencia. La reunión con la profesora el miércoles. La camisa de lino de la tintorería. La cita de la biopsia. Redactar las bases de la subvención para las artes escénicas. El laurel. iPad. Baño en la playa. Cosas que hacer antes de morir. Apuntar en el iPad. El teléfono de la pizzería. De los chinos. De los *take away*. Del mexicano. Del árabe. Del pollo frito. Apuntar en el iPad. Hacer historia médica y hábitos de los hijos. La de Manuel. Apuntar en el iPad. Buscar notario para testamento. Testamentaría. Dirección de la ferretería. Del barbero. Apuntar en el iPad. Darme de baja en las cuentas bancarias. En los préstamos. En la hipoteca. Apuntar en el iPad. Cambiar nombre. Lista telefónica y direcciones. Número y situación de la academia de inglés. De la escuela de música. Apuntar en el iPad. Redactar últimas voluntades. Cocinar lentejas. Sopa de pollo. Caldo. Crema de espárragos. Croquetas. Albóndigas. Llenar el congelador. Comprar palitos de cangrejo. Preparado de ensaladilla rusa. Pizza congelada. Apuntar. Lista telefónica. Los abuelos Pepe y Dosinda. Los abuelos Manuel y Manuela. La tía Lina. La tía Susa. Por si acaso, el tío Paco y la prima Maricarmen. De los vecinos, Rosita y el de la señora Lola, en rojo, porque no lo tengo. Apuntar en el iPad. El número de urgencias. Del pediatra. Del hospital. De la policía. De los bomberos. El del gas. Del fontanero. Del electricista. Del seguro. Del cerrajero. Apuntar en el iPad. Café. Sábado. 17 h. Mamá de Antía. Nicolás y los hermanos. Lista la salsa de tomate y cebolla. Preparadas las patatas cocidas con laurel y comino. Martes, milanesas. Miércoles, albóndigas. Comprar carne. Limpiar el techo. Manuel me mordisquea la yugular. Pausadamente. Como hace quince años. Ducados. Levadura. La lámpara parece amarilla del tabaco. Manuel. Imperceptible. Insensible. Concéntrate, Nere. El gemido cada vez más intenso. Sofi habla en sueños. Marquitos da vueltas. Rechinar de dientes. La mejilla hierve. El pundonor herido duele más que una quemadura. A veces. Casi siempre. El camión de la basura entra

en la calle. Rosita ha apagado la radio. La vena de la garganta se envanece. Manuel. El tronco blando cede a la presión. Manuel. Oculta el rostro en mi garganta. El pundonor. El camión. La radio. La mejilla. Insensible. Imperceptible. Siento el esperma escurrirse por las piernas. El baño. La ducha. Oigo roncar. El pijama limpio. La piel húmeda. Y enciendo un pitillo y salgo a la ventana. Aire helado de madrugada. En los pulmones. En la cara. En la mejilla. Hoy es mañana. Cae el rocío. De aquí a mayo y luego Dios dirá.

Martes

Lunes, 18 de febrero. Octavo piso. Complejo hospitalario.

13.38 h. Ecocardiograma.

—¿Tendré que beber algo para esta prueba?

—No. No. No se preocupe. Esta prueba es muy facilita. Usted desvístase. Tómese el tiempo que necesite. Después vendrá a esta sala, donde la echaremos en una camilla y le haremos una ecografía del corazón. ¿Tiene usted hijos?

—Sí. Dos.

—Entonces es usted la paciente perfecta. Es lo mismo que le hicieron en su día con sus chiquillos para verlos en la barriguita… Aquí hacemos lo mismo pero con el corazón. ¡Ya verá qué emocionante cuando lo escuche latir!

—Seguro que sí.

Las seis y media. Hoy es el día siguiente. Martes. Milanesas. Me visto casi a oscuras para que no se despierte Manuel. Los calcetines desemparejados. Otra vez. Uno negro con flores rosas. Uno negro con hojas verdes. Pongo el café en el micro. Negro. Puro. Virgen. Sin azúcar. Un minuto veinte segundos. Me lavo la cara. Me aliso el pelo. Dos pinzas rosas con mariposas fucsias. Me lavo los dientes antes de desayunar. Pasta fresca de menta. A este paso te quedas sin dientes, Nere. Eso no puede ser bueno. Ninguna persona normal se cepilla la boca antes de comer. Tienes razón, Manuel. Es que me gusta degustar el café sin restos de la noche. Seis y treinta y cinco. Enciendo el iPad. Arriba, Rosita enciende la radio. Fuera, el quiosquero levanta la reja. El aroma a tostada vuela por toda la cocina. Un día menos. Mayo. Tengo que aprovechar el tiempo. Abrir nuevo documento. Martes. Diecinueve de marzo. Por orden de llegada.

- •levantar a los niños. √
- •ir a la plaza. √
- •llevar a Sofi al colegio. √
- •zumo de Manuel. √
- •recoger a Marquitos. √
- •niño a la guardería. √
- •trabajo. √
- •subvención artes escénicas. √
- •preguntar por la excedencia. √
- •por las vacaciones. √
- •telefonear al notario. √
- •avisar de que busquen a alguien para mi puesto. √
- •recoger camisa y chaqueta en la lavandería. √
- •Marquitos. √
- •milanesas. √
- •comer. √
- •Sofi. √
- •parque. √
- •merienda. √
- •deberes. √
- •cena hijos. √
- •baño. √
- •cuento. √
- •cama. √
- •coser los pantalones. Los negros primero. √

•cena Manuel. √

Guardar y cerrar. Seis cuarenta y cinco. Taza al fregadero. Mochilas. Se me ha olvidado apuntar en el iPad. Manzana para Marquitos. Mandarina para Sofi. Sándwich de pavo para los dos. Al lado de la puerta para no olvidarme. El pasillo semioscuro. La habitación de Sofi. Arriba, peque. Ya es hora de levantarse. Se da la vuelta. Se enrolla en el nórdico. Mientras, busco la ropa. Los tenis. Hoy toca gimnasia. En el pabellón. Y ahí hace un frío de mil demonios. ¡Arriba, dormilona! Que tenemos que tomarnos la leche antes de salir. La visto como una autómata. ¡Venga, nena! Que vamos a llegar tarde. Ayúdame con las zapatillas. Entreabre los ojos. La calzo. Hacemos las coletitas. Gomas de colores. Se sienta en la cocina a comer. El kiwi. Los cereales de estrellitas. La leche templada. El pasillo semioscuro. La habitación de Marquitos. Lo desvisto todavía dormido. Le pongo otra ropa sin que se despierte. Lo tapo con el cobertor. Seis cincuenta y cinco. Oigo roncar. Dentro de una hora se encienden las noticias para Manuel. Y se despierta entre bombas. Niños mutilados. Mujeres muertas. Goles imposibles. ¡Mamá! ¡He acabado! ¡Muy bien, princesa! Coge la cazadora. Voy a por tu hermano y salimos. Marquitos mitiga los últimos instantes de sueño en mis brazos. Y salimos y se duerme entre los sonidos de lo cotidiano. Oigo roncar. Y cierro detrás de nosotros. Y subimos al ascensor. Tin tin. Segundo. Rosita, el niño está dormido. En la bolsa te traigo el desayuno y la cartera del cole. Quédate tranquila. Lo acuesto una hora y luego le doy los cereales antes de que hayas regresado. Vete, vete que vas a llegar tarde. Y salimos. Y bajamos. Y salimos a la calle. Fría. Desierta. Silabeamos las sombras en las irregularidades de las paredes. En el paso de cada farola. Encendida. Nos adaptamos al mundo irreal. Fantasmagórico. Helada. Desierta. Húmeda. El barullo de la plaza a lo lejos. Carne para las milanesas. Para las albóndigas. Como todos los días, la señora Lola sonríe. Sienta a la niña en su taburete. Le coloca el pañuelo de papel en el regazo con sus dedos finos poblados de arrugas. Como todos los días. Anda, Nerea, vete a comprar la carne. La niña se queda aquí haciéndome compañía. Pórtate bien, ¿vale, cariño? No marees a la señora Lola, que tiene mucha faena. Venga, vete. Deja a la niña tranquila que es más buena que el pan. Deja de enredar. Al paso que vas va a llegar Manuel y tú todavía dando vueltas. La señora Lola sonríe cuando habla. Y dile que te arregle esa puerta. ¿Qué puerta, señora Lola? La señora Lola sonríe. Sabe más de la vida de lo que cuenta. De lo que calla. La de la nevera. La que te arreó en la cara con tanta saña, Nerea. No vaya a ser que algún día les arree a los chiquillos. La señora Lola le guiña un ojo a Sofía. La niña se ríe escondida por detrás de la tela de cuadros. Se lo comentaré, señora Lola. No se preocupe. Y compro cuatro pechugas de pollo. Docena y media de albóndigas con perejil. Sin ajo. Ocho menos cuarto. Quince

minutos para que suene el despertador. La predicción del tiempo. La música de cabecera. Las señales horarias. Cinco haraganeando. La voz de ultratumba del locutor. Diez en la ducha. Cinco para afeitarse. Y me paro en el medio del pescado. Sé que tengo cáncer. La vida continúa. La gente revolotea de un lado para otro. Ignorándome. Estática. En el medio del pescado. La vida sigue. Si me muero será igual. Al día siguiente en la plaza el mismo movimiento. Recojo a Sofi y salimos antes de pedirle el número a la señora Lola. Mañana sin falta. Suena la sirena. Desayuna el pan también, bonita. Sí, mami. Venga, dame un beso que ya te echo de menos. Y me lo manda con la mano. Y salgo. Apurada. A casa. Sé que tengo cáncer. Solo me importan los próximos veinte minutos. Abre los ojos, Nere. No quieres pensar. No, no quiero, te has agarrado un berrinche, Nere. Pues sí. ¿Y qué? Solo me apetece subir a buscar al niño. Hacer el zumo de naranja de Manuel. Llevar a Marquitos a la guardería. E irme a trabajar. Sin pensar. Fingir que soy invisible. No lo eres, Nere. Hoy sí. No, Nere. Eres visible y tienes cáncer terminal. Sin esperanzas. Bajo el jersey de lana. Un pecho podrido. Apuro el paso. Si me estuviera muriendo no podría andar tan ligera. Nere, es cáncer de mama, no de pulmón. ¡Qué más da! Así también llego antes. Y subo los peldaños de dos en dos. Me despatarro y de tres en tres. Eres más bruta, chica. Y lo soy. Y estoy viva. Por lo menos hoy. Mañana ya Dios dirá. Y si no es él que sea san Antonio para un roto. Y si no el demonio para un descosido. ¡Nerea! ¿Estás hablando sola?

—Perdona, Manuel. Es que estas naranjas del hiper no son como las de la señora Lola.

Entonces mejor no me hagas el zumo. Además, hoy voy con el tiempo justo. Debe de ser que como tú vas a pie no tienes prisa pero yo todavía tengo que atravesar toda la avenida. Deja el café también. Ya me lo tomo en la oficina… Y después voy a ver si le doy a la sin hueso… Nere, a ver si estamos a lo que estamos. Trabajo todo el día como una mula y lo mínimo que podías hacer era tenerme el desayuno caliente, no es mucho pedir, ¿no, Nereita?

—Lo siento, Manuel. Mañana ya no tengo que ir a la plaza y vuelvo antes.

Y Manuel sale. No cierra. Sabe que salgo detrás de él. A buscar a Marquitos. No lo dice. Y Rosita sabe que sale antes que yo. Y espera en el segundo con el niño preparado. Con la mochila en la mano. Adormilado en sus brazos. ¿Te duele mucho? No, Rosita. Me duele más la furia. Vas a tener que hacer algo, guapa. ¿Por qué no le pones bromuro en el café? Ni se da cuenta y se queda más tranquilo que agua de pozo. Y si no te pasas no tiene efectos secundarios. Me lo pensaré. No puedes seguir así, y menos estando enferma. Voy tirando, Rosita. Y me marcho. Me marcho porque hoy no quiero estar enferma. Me he levantado. Como todos los días. He preparado a los niños. Como todos los días. He ido a la plaza. Como todos los días. He

dejado a Sofía en el colegio. Como todos los días. He vuelto a hacerle el desayuno a Manuel. Como todos y cada uno de los días desde hace quince años. Llevo a Marquitos a la guardería como todos los días. Como todos los días. Como todos los días. No hay nada diferente. No hay nada. Diferente. No hay. No hay diferencia. Nada. No hay nada diferente. Las cosas siguen en el lugar exacto. Como todos los días. Donde estaban ayer. Donde estarán mañana. Como todos los días no hay nada diferente. ¿Por qué me iba a estar muriendo? ¿Por qué tendría que padecer cáncer? ¿Yo? No fumo. No bebo. No tengo familia cancerosa. Trabajo. Camino. Bebo agua. Nadie así se pone enfermo de la noche a la mañana. Y me marcho. Huyo de la gran mentira. Mami. ¿Qué, mi niño? *Cores* mucho. Perdóname, bolita. Y reduzco el paso. Calmo los nervios. Los andares. Los ajusto a las pisadas de Marquitos. Pausadamente. En los ventanales las caras de los pequeños. Marquitos se suelta de la mano. Espera a que la cuidadora abra. Y entra.

—Dile adiós a mamá, Marcos.

Se gira. Mamá. Cole. *Chau*. Chao, mi vida. Y veo cómo cuelga el abrigo en el perchero. Hace gestos con los deditos. Desaparece en la clase. Solo queda mi reflejo en el cristal. Treinta y siete años embutidos en una cuarentena. Ni una cana. Dos estrías del último embarazo. Tres caries. Ochenta y cinco en un pecho. Noventa en el otro. Sin apéndice. Con DIU. Óptima. Impresionante. Hermosa. Mermada. Falso. Consumida. Falso. Menguada. Falso. Enflaquecida. Falso. Mentira. Embuste. Rabiosa. Enferma. La figura se desvanece. Me doy la vuelta. Sé que tengo cáncer. Hoy no. Hoy es mi día libre. Sin médicos. Sin análisis. Sin ecocardiogramas. Sin placas. Sin mamografías. Sin biopsias. Lleno el pecho de aire. Me duele un poquito. No importa. Hoy es una travesura del destino. Elevo el rictus. Hoy no estoy en la antesala del hades. Cierro la cremallera del plumífero hasta la garganta. Me pongo la capucha. Y bajo la cuesta hacia la oficina por todo el medio de la acera.

Lunes, 25 de febrero. Hospital Materno-Infantil. 10.27 h. Rayos X.

—Quítese la ropa de cintura para arriba y cualquier objeto metálico.

—¿Los pendientes también?

—¿Acaso son de plástico?

—Vale. Ya me los quito.

—Cuando salga, se puede marchar. Los resultados se le envían a su médico por correo interno.

El guardia de seguridad en la entrada. Soy la primera en llegar. Enciendo el ordenador. Introduzco mis claves. Voy a buscarme un café. No sabe como el de casa. Está más caliente. Veintidós grados. 09.30 h. Las sillas solitarias. El edulcorante en el fondo. Vaso de plástico. Cuchara blanca de agujeros. Polímero. Con forma de palo. 09.40 h. Los posos.

—Hola, Nere. ¿Qué te ha pasado? ¡Vaya moratón!

—Buenos días, María. No es nada. Se ha caído encima la puerta del combi.

—¡Ay, Dios! A mí me pasó lo mismito una vez pero con la puerta del furgón de Dani, salí escopetada a abrir y resulta que debía de estar estropeada pero yo no lo sabía y cuando tiro de ella para entrar va y se me cae encima con tal fuerza que me parte la nariz por dos sitios y no te creas que fue de esos golpes limpios, ¡para nada! Empecé a sangrar por la nariz como un gorrino en la matanza y ya sabes que la sangre la llevo muy mal y yo venga a mirar para la sangre y que si el dolor y que si Dani no reaccionaba a veces me pregunto para qué sirve un novio si cuando lo necesitas no reacciona… En fin, Nere… Que estuve casi un mes con la cara mucho peor que la tuya, hinchadísima con unos tapones de algodón que te meten hasta el cerebelo, ¡qué barbaridad! Son tan largos que es imposible imaginar que te vayan a caber por la napia, ¡recorcho! Tampoco es que veas cuando te los ponen porque yo estaba en otro planeta me había llevado semejante topetazo que creo que si me hubieran metido una nave espacial por la nariz ni me habría enterado pero al quitártelo estás consciente y no solo eso… sino que estás deseando poder respirar otra vez y te entra una impaciencia por ver qué es lo que tienes ahí dentro que ni cuando estás durmiendo te puedes olvidar porque tienes que respirar por la boca pero si respiras por la boca se te termina resecando la boca y que si crema para los labios que si beber agua que si atender a que no te entre un mosquito y las vendas que te tiran de los mofletes que si la prótesis que te ponen para más inri apesta a esa mezcla de cloroformo de hospital y no te puedes lavar la nariz durante días y ¿tú sabes por qué es eso? Claro que tú no tienes esos problemas pero yo todavía me preocupo por los excesos de grasa que luego te salen un montón de puntos negros y Dani dice que parece que llevo en la cara una duna con alquitrán. Lo que pasa es que cuando los médicos te dan a escoger que qué prefieres si llevar vendas un tiempo o vivir para siempre como si acabaras de salir de un cuadro de Picasso creo que nadie en su sano juicio optaría por aguantar y luego cuando todo hubiera pasado una buena exfoliación y a otra cosa mariposa eso sí… Con la nariz recta como una vela

y una cucada o por lo menos no peor de lo que la tenías antes porque estos de la seguridad social son unos remilgados porque… A ver, Nere… Sé sincera…Tú tienes delante a una chica que se acaba de romper la nariz por dos sitios que tiene un puente un poquito arqueado ¿y qué haces? ¡Pues aprovechar la anestesia! ¡Como todo hijo de vecino! Pues no. Que la cirugía estética solo se hace en casos de secuelas mentales graves para los pacientes que la medicina no está para atender los caprichos de todo el mundo porque si no sería un caos que debería reconsiderar si la visión deformada de mi nariz no era una cuestión de estética en la que no estoy valorando la salud así que me quedé como estaba y el día que quiera cambiar las cosas tendré que ir a una clínica y privada y desembolsarme una millonada por una operación de quince minutos de verdad que no entiendo para qué pagamos tantos impuestos y retenciones con estos servicios te dan ganas de verdad a veces de echarte al monte como antes como en tiempos de nuestros abuelos… Lo que pasa es que a la buena vida nos acostumbramos más rápido que los perros de Pávlov y a ver quién es el listo que nos saca ahora de esta mesa con su silla y su ordenador con horario continuado de mañana los descuentos en el parquin de la cafetería e incluso si mañana tengo un hijo puedo conseguir descuentos y vaya lujo Nere porque el que trabaja en el súper de ahí enfrente no tiene tantos privilegios como nosotras o ¿tú te crees que a él le regalan bonos para el parquin? No señor no… Ese es de los que vienen en bus o se mata para conseguir sitio o le ponen la multa de la ORA pero nosotras… Nosotras con nuestro parquin abonando dos duros de mantenimiento y el café de máquina más barato y todo más barato y para más inri nos pagan por ello ¿qué te parece, Nere?

—Que como no cojas aire para respirar te vas a ahogar.

María se sienta a mi lado. Escribo los correos. A/at. de la señora Castro: Le comunico mi indisposición para seguir en el puesto asignado a partir del mes de mayo ya que, según mi oncóloga, habré pasado a mejor vida. Le pediría que se agilizara el proceso de selección de mi substituto/a lo antes posible para poder efectuar correctamente el traspaso de tareas y responsabilidades asumidas. Saludos cordiales. Nerea Casteleiro. Ctrl + c. Nuevo documento. Ctrl + v. Rediseño de las bases. Actualizo fechas. Modifico seis estructuras lingüísticas. Introduzco un nuevo requerimiento. Diferente de la convocatoria anterior. Enviar. A/at. de la señora Castro. Notificación de envío recibido. Lurdes. Herminia. Buenos días. María continúa con su agradable cantilena. Todas las mañanas a lo lejos. 10.00 h. Santiago y Carme. Buenos días. Mail a personal preguntando por la excedencia y las vacaciones. Sin razones. Después ya se verá.

—Hola. No sabía que trabajabas aquí.

—Yo tampoco.

—¿No sabes si trabajas aquí?

Y levantas la vista, Nerea. Y sientes el rubor que te trepa por la barbilla.

Las mejillas. La raíz del pelo. Y clavas la mirada. La bolsa en el armario. De las bonitas. Las que tejes con agujas del ocho. Los hombros anchos. La piel morena. Piernas de deportista. Pectorales definidos. Metro noventa por lo menos. Aproximado. María con las comisuras entreabiertas. A un instante de caerle la baba. Los zapatos lustrados. Concéntrate, Nere. Respira. Los cordones atados en ocho. Inspira. Inspira fuerte. Expira. Pareces pánfila. ¿Qué rayos te pasa, Nere? Es el vecino del tercero. ¡Como si nunca hubieras visto un hombre! Inspira. Recupera el pulso. Tranquila. Levantas la vista, Nerea. Y sientes el rubor desvanecerse. Y sonríes, Nere. Inspira. Espira.

—Trabajo aquí desde hace trece años. Lo que no sabía es que tú vinieras por la oficina.

—¡Ya ves! El destino, que cruza nuestros caminos.

—Hablando de lo cual. Ayer te llevé la camisa pero no estabas.

—Pues tráemela esta tarde y te la pruebas, a ver qué tal te queda.

—¿Y para qué me la iba a querer poner? Si me hubiera apetecido ya lo habría hecho en mi casa.

—Sí, pero yo no te habría visto. Piénsatelo. Ya sabes dónde vivo.

Se da la vuelta. No puedes apartar la mirada de los glúteos. Sabes que él lo sabe. Que sabe que tú sabes que él lo sabe. Sale. Y entra un correo. Al buzón. A/at. de la señora Casteleiro: Le agradecemos su previsión y a la recepción de este aviso iniciamos la búsqueda de un/a substituto/a para sus tareas. Incluimos nuestras condolencias al tiempo que le rogamos que nos envíe el certificado de defunción y gastos de sepultura para poder asumirlos en el próximo presupuesto. Sin más, le pediríamos que el resto del día se concentrase en el ejercicio de sus ocupaciones y que se reservara la ironía para situaciones de más provecho. Saludos cordiales, A. Castro. Contratiempo. María sigue en shock. Aprovecho el minuto y medio antes de que empiece a bombardearme con preguntas. Intento poner orden en la mesa. En el correo. En la cabeza. Nere. A. Castro. Trece años de jefa. Debería ir a su oficina. No me cree. Manuel no me cree. Yo no me creo. La oncóloga. Mayo. La segunda y la cuarta. Sofía y Marquitos. Nicolás y Antía. Rosita y la señora Lola. Manuel y la mamá de Antía. Y entra un correo. Personal. Excedencia. Quince días de preaviso. Treinta laborables para la resolución. Mayo. No llego. Artículo cuarenta y seis del estatuto de los trabajadores. Excedencia forzosa. Sin remuneración. No contempla el caso de fallecimiento. Alternativas. Pide la baja médica, Nerea. Ni hablar. Es la única opción. O eso o vienes a trabajar o pierdes las vacaciones. Ni hablar. Única opción. Fallecimiento. No se contempla. Alternativas.

—¿Estás loca o qué? Habrase visto… Estoy alucinando… De verdad Nerea que eres una caja de sorpresas… ¡Una galaxia de sorpresas! Y qué guardadito te lo tenías, pillina, no me extraña porque con material así mejor tenerlo en un búnker pero ¿qué ha pasado con Manuel? ¿Ya no estás con él? ¿O estás con los dos? ¿Y se conocen? ¿O ninguno de los dos? No será un trío,

¿no? ¿O sí? Hoy en día ya no hay que escandalizarse con nada… Una verdad como un templo, Nere, porque antes mira tu madre o la mía apechugando siempre con el mismo y salían de casa de sus padres para meterse en casa del marido sin ver más mundo ni probar más carne que la manteca de la alacena y claro les iba bien o por lo menos se plantaban y a peor sí que no y tiraban para adelante aunque si yo le hago una así a Dani seguro que me mata ¡con lo posesivo que es! Te aseguro que no viene conmigo al trabajo porque no ha descubierto cómo transformarse en braga que si no… Lo iba a tener pegadito a mí el día entero y no es que me fuera a importar porque quiero creer que de esta forma solo se quiere una vez en la vida o eso dicen aunque una nunca está segura de nada porque piensas que todo es eterno y luego te pasa como a Engracia, ¿sabes? La de los archivos, mujer… La de las gafas de pelo muy blanco… La que parece la gata sobre el tejado de cinc que tiene unos ojos enormes que ven en la oscuridad… Pues a esa hace años que se le murieron los dos hijos y el marido y la suegra en un accidente de tráfico y di tú que lo de la suegra sería una pérdida pero menos que la de los hijos porque la del marido sí duele pero más tarde o más temprano siempre hay más peces en el mar que a lo mejor tampoco lo quieres tanto. Pues sí pero una vez que te has quedado sin suegra y sin hijos, ¿qué más te da, no? Ahora comentan que está con un semental que parece que le mete cada meneo… Yo no digo nada porque nunca lo he visto… Pero seguro que se abre de piernas que da gusto… Yo solo digo lo que veo y el resto son habladurías y ya sabes que si hay algo que odie son los cotilleos porque eso de hablar de las personas cuando no están delante es muy feo, Nere… ¡Ay! Si perdiera a Dani no sé si sería capaz… Hombre que el tiempo todo lo cura y que sarna con gusto no pica… Pero no sé Nere…

—Tú todavía estás empezando. Espera a que lleves quince años casada y luego hablamos.

—¡Ay! Ahora que sale el tema… Ya hemos reservado iglesia para el cuatro de septiembre porque queríamos en agosto para que coincidieran las vacaciones y luego el permiso pero al cura se le metió entre cuernos que no tenía ni un día aunque fuera viernes porque como no hemos hecho el curso prematrimonial y no ha habido forma humana, Nere… Hasta que terminemos el curso no nos casa porque si estamos seguros de lo que hacemos vamos a seguir estando un par de semanas más… Y tú no hagas planes para el cuatro de septiembre que te quiero ver allí en primera fila… No te puedes negar que te aviso con tiempo suficiente…

Cuatro de septiembre. El futuro. Inexistente. Apuntar en el iPad. Dar adelanto a la costurera. Hacer trajes para los niños. Zurcir las presillas de Manuel. La boda. Los hijos. De María. De Sofía. De Marquitos. Y la de Manuel. Invisible para mí. Mayo. Después, la nada. La humedad en las pestañas. Hoy no. Día libre. Sin hospitales. Sin agujas. Sin máquinas. Lleno el pecho de aire. Me duele un poquito. No importa. Hoy es una travesura del

destino. Elevo el rictus. Hoy no. El cáncer es mentira. Un embuste. La segunda y la cuarta, podridas. Falso. Excavo una sonrisa en las profundidades. Si no lo llamo por su nombre no existe. Sin cara de enferma. Sin daño. Sin herida. Sin costra. Lo que no tiene nombre es nada. La lágrima traicionera que salta hasta el suelo.

—¡Nere! ¡Mujer! No te pongas sentimental que ya sabías desde hace meses que me lo había pedido y que le había respondido que sí, solo era cuestión de semanas marcar la fecha peor sería no hacerlo dejar pasar el tiempo como quien no quiere la cosa que luego tuviéramos hijos y que no encontráramos el tiempo para organizar todo el papeleo que te piden para estas historias que mis padres los pobres ya están mayores imagina que se me mueren y que no están en la fiesta que te coincide con las vacaciones que cae un rayo y derrumba la iglesia… Que… Nere… Estos serían problemas pero casarse porque quieres es una alegría, ¡mujer! Toma un pañuelo y suénate esos mocos que pareces una chiquilla…

—María. No lo cuentes por ahí. Por favor. No puedo ir a tu boda. Lo siento. Tengo cáncer. En mayo vas a ir tú a mi velatorio.

—Mira, Nerea… Si no quieres ir… Rompes la invitación y listo. Voy a bajar la documentación al archivo antes de que te estampe el café en los morros. ¡Y tú haz lo que te salga del chirri con tu vida!

María desaparece como un rayo. Su estela rompe los veintidós grados con violencia. Deja un regusto metálico en el paladar. Vete al baño, Nere. Y me levanto de la silla. Percibo las miradas. Los interrogantes. El murmullo por detrás de los impresos. Santiago. Carme. Lurdes. Herminia. Camina erguida, Nere. Siempre adelante. Sin llorar, Nere. Ya has llegado. Siéntate, Nere. Siéntate en el váter. Los codos en las rodillas. La cara en las palmas. Ahora. Llora, bonita. No. Echa fuera lo que te reconcome por dentro. No. Desahógate. No. Alivia tus penas. No. Llora el miedo que te atenaza. No y no. ¿Por qué tengo que ser la racional? La que se va a morir. A la que todos niegan. Negación. Absoluta. Para mí primero. Tengo el *copyright*. Soy yo la que se está muriendo. No quiero llorar. No le voy a dar ese gusto a nadie. Como todos los días. ¡Que no! ¡Coño! No quiero. Negación absoluta. Los derechos son míos. Y no lloro. No me relajo. No respiro. No me concentro. No hago correr el rímel. No dejo que se me hinchen los ojos rojos. Porque no soy una llorica. Porque solo está enfermo quien se lo cree. Absoluta. Negación. Es mi derecho. Mi *copyright*. La segunda y la cuarta. Mayo. Cáncer de mama. Tipo IV. Manuel, enfadado. La jefa, mosqueada. María, hecha un basilisco. Sofía, desconcertada. Rosita, afligida. Nere… Quiero soltar las lágrimas. No salen. No estoy triste. Ni contenta. No importa. Soy más fuerte que todo esto. La piedad es mentira. Falso embuste imaginario de la nada. Y abro la puerta con la fuerza de los vivos. Rebota en mis costillas. No duele. Me miro en el espejo. No me reconozco. Me concentro. Respiro hondo. Aguanto el aire en el estómago. Inspira. Espira. El moratón ya adquiere

tonos violáceos. Son los más difíciles de disimular en el invierno. Y saco del bolso los polvos. Me repinto. Consejo Cosmopolitan. Disimular un punto centrándote en otro. Los labios. Rojo brillo gloss. Óptima. Impresionante. Y enciendo un cigarrillo prohibido. Ley dos mil siete. No se podrá fumar en los lugares de trabajo. Excusable en una moribunda. La ceniza se esparce por el suelo. El círculo colorado en el filtro. Tiro la colilla dentro del cesto. Y me doy cuenta de que estoy viva. Hoy ya es mañana. Y no me he muerto. Como todos. Pero hoy todavía no. Salgo del baño. Y relleno los papeles de la baja médica.

—Necesitará un escrito que le ofrecerán en su centro de salud especificando su caso. Cuando complete la documentación entréguela aquí.

Y me mira como quien hubiera visto un fantasma. Compadeciendo una amargura que nadie le ha pedido. Recojo el papel. Lo dejo aquí con el chisme del mes. Y subo en el ascensor hasta mi mesa.

—Lurdes. ¿Ha vuelto María?

—No. Has debido de cabrearla bien cabreada.

—Puede ser. Cuando llegue dile que he tenido que salir y que mañana no vengo. Tengo cita en el médico.

—Sí. Claro. Seguro que es eso… Si mi médico fuera como el tuyo yo también lo dejaba todo. Hasta pedía la baja médica, Nerea.

—Pues eso que no sabes lo que lo excita tu mesa…

Cierro el bolso. Me pongo la cazadora. Recojo el post-it que se ha caído al suelo. Bajo al gabinete de A. Castro. Hora del café. Esbozo unas líneas. Me cojo una baja. Llámame para tomar una cerveza. Nere. Y me cojo una baja y me largo a la hora del café. Sin destino. Los pies andan solos. Me estoy muriendo contenta. ¿A dónde vas a estas horas, guapa? Y me siento hermosa. Y me siento bien. Y me siento fuerte. A casa. Un día es un día. Hoy salgo antes y mañana no vengo. A la calle. Lleno los pulmones de aire. Fresco. Frío. Me duele un poquito. No importa.

Lunes, 4 de marzo. Planta baja. Centro de salud. 08.00 h. Análisis de sangre.

—¿Nerea Casteleiro?

—Sí.

—Acabamos rapidito. Solo será un pinchacito de nada.

—Muy bien.

—¿Se marea?

—Que yo sepa, no.

—Mejor. Así es más rápido. Siéntese en la banqueta. Remánguese. Pinchamos. Sacamos. Presione. Ponemos un esparadrapo y… ya se puede marchar.

Subo la cuesta. Recojo la camisa y la chaqueta en la lavandería. El correo. Las escaleras. La blindada con ojo de buey. La vainilla. Familiar. Rutina a deshora. Intempestiva. Oportuna. iPad en el cargador. Enciendo el fuego. Paso la carne por el huevo. Por el pan rallado. Freír. Dorar. Fuera. A la salsa. Albóndigas miércoles casi listas. Veinte minutos a fuego mínimo. Temporizador. Abro las pechugas. Relleno de tomate y queso. Paso las milanesas por huevo. Por el pan rallado. Otra vez. Siempre dos. Como me enseñaron los italianos. Pírex. En el fondo salsa de tomate triturado. Milanesas. Lonchas de queso. Del de fundir. Más tomate. Cubrir. Horno veinte minutos. Milanesas martes listas. Enciendo el iPad. Excluir.

- •levantar a los niños. √
- •ir a la plaza. √
- •llevar a Sofi al colegio. √
- •zumo de Manuel. √
- •recoger a Marquitos. √
- •niño a la guardería. √
- •trabajo. √
- •subvención artes escénicas. √
- •preguntar por la excedencia. √
- •por las vacaciones. √
- •avisar de que busquen a alguien para mi puesto. √
- •recoger camisa y chaqueta en la lavandería. √

Llamar al notario. Buscar número. Cita miércoles. 18.00 h. Reunir toda la documentación posible. iPad en el cargador. ¿Y ahora, Nere? La casa silenciosa. Yerma. ¿Y ahora? Sofá. Necesito solo un momento para pensar. ¿Ahora? Y miro en derredor y todo está limpio y en su sitio. Sobro yo aquí. Palpo la segunda y la cuarta. Podridas pero donde tienen que estar. Donde siempre han estado. E imagino mayo. Mil cosas sin hacer. Y acaricio el pecho intrépido. ¿Y ahora, Nere? El aire se me atasca en la faringe. Las lágrimas caen a borbotones rugiendo como cataratas desaforadas. Y el ansia libera el aire entre sollozos. Respirar despacito. Para no ahogarse. Las lágrimas recorren las ojeras. Los límites de las orejas. Se precipitan en el jersey. Ensucian de maquillaje la lana. Agujetas en la pleura. Respirar despacito. Entre los sollozos. Libera el aire. ¿Y si me ahorcase? Los niños no me verían chamuscada por el cianuro. Cuando pensaran en mí sería siempre la madre del parque. La que los va a recoger al colegio. La que prepara las bolsas de las meriendas. La que les echa agua calentita por encima en el medio de pompas de jabón. La que les viste la ropa de colores. La que les pone una

cucharada de azúcar en la salsa de las albóndigas. ¿Ahora, Nere? Sí. Momento perfecto. Sola. Manuel sería el único que me bajaría de la cuerda. Sin riesgo de que los chiquillos estén enredando. Sin dramas. Manuel llama al trabajo. Pide la tarde. Por lo menos un día para descansar. No tendría que volver por la oficina. Sin compasión. Sin morfina. Sin dolor. ¿Pero ahora, Nere? Si ni siquiera tienes un miserable cordel… Y bajar a la ferretería levantaría sospechas. Está visto que no puede una ni suicidarse a gusto. El ferretero seguro que me pregunta para qué quiero la cuerda. Para matarme. Y me llevan presa. ¿Y ahora, Nere? Hoy no es el día. Mañana ya Dios dirá. ¿Y ahora? Una ducha caliente. ¿Con tostadora? ¡No! Eso debe de doler horrores. El hedor tardaría en irse. Y los niños no podrían dormir. Y tendrían que cambiar de casa. Me dejo llevar por el desnivel del agua en mi cuerpo. La bañera calentita. Los músculos sosegados. El tiempo detenido.

—Me cago en la…

Este maldito timbre. Cada día está más ronco. Secarme los pies. Lo que me hacía falta era morirme electrocutada. Como si hubiera sido un accidente. Si me viera Manuel formando charquitos en el parqué… Seguro que me recordaría el trabajo que pasó para engarzar las machos con las hembras. Que si para hacer las cosas mal no las hacemos. Hola, Nere. ¿Te encuentras bien? Entra, Rosita. Que me va a coger el frío. Me estaba dando una ducha. Te quería pedir que te quedaras con los niños. Así me tomo el día libre para pensar en lo que voy a hacer. Me tomo un par de lexatines. Me voy al gimnasio a cansarme un poco. Nado un par de largos en la piscina. Me largo un trankimazín y una valeriana. Duermo toda la noche del tirón. Y mañana estoy nueva. ¡Venga, dale! Dame la ropa de los niños… Me detengo en el espejo. Crema antiarrugas. Hidratante. Sérum. Avena para las manos. Hidratación. Para los codos. Tratamiento noruego. Los que más saben de escamas. Siento el estruendo del garaje. La mesa sin poner. Dos platos. Dos vasos. Dos tenedores. Dos cuchillos. Dos servilletas. Vino para Manuel y agua para mí. El pan. La bisagra que cruje. El ascensor que sube. Tin tin. El clac de la bisagra. La cerradura que gira.

—Nere. Te he traído unas rosas. ¿Me perdonas?

—Qué bonitas. Las voy a poner en un vaso.

¿Sabes lo que me ha pasado? Cuando llegué por la mañana tuve que parar en la cafetería porque como no me habías hecho el desayuno… Le pido un café, un dónut y unas gotas a Manolo. Me siento ya en la barra para no liarme. Cojo el periódico para leer mientras baja el café y ¡pam! Allí. En primera página. ¡Sale la foto de la cristalera del hospital! ¡Justo la ventana del doctorcillo! Hecha añicos. Como si la hubiera atravesado un avión de juguete. O una piedra lanzada desde fuera.

—¿La han roto?

No, mujer. Es una nueva obra de los arquitectos que no tienen nada más que hacer e inventan lo que no hay. ¡Pues claro que la han roto, mujer! Si te

digo que tenía un agujero es que tenía un agujero y si además sale en la prensa es porque tiene un agujero. Seguro que ha salido en las noticias pero como aquí somos pobres y no podemos poner una televisión en la cocina pues no vas a ver si la han roto o no. Deshecha en mil pedazos. Ni aire acondicionado hacía falta. Se me pusieron los ojos como platos de Córdoba, Nerea. No daba crédito a lo que veía. Por cierto… Estas milanesas me encantan. Ya las podías hacer más veces, ¿no?

—Sí.

Y le muestro el periódico a Manolo. Y le pregunto que qué es aquello. ¿Y a que no te imaginas lo que me ha contado? Que parece que ayer por la noche un médico de esos de fama, en vez de irse para su casa se quedó en el despacho hasta tarde. Hasta bien entrada la madrugada. Y en esas está cuando entra el doctor Rivas. ¿Te acuerdas de lo de la silla? Pues se sienta a mi lado. Todo tranquilo el fulano. Y Manolo dando la serenata. Parece ser que el doctor se había encerrado con una mulata. Y el médico venga a mirar para mí como si la cosa no fuera con él. Parece ser que habían discutido y que la mujer había intentado estrangularlo. Me subía la sangre a la cabeza a una velocidad, Nerea… ¡Ni te lo imaginas! Manolo que no se callaba ni debajo del agua. El doctorcillo venga a sonreír. Y Manolo venga a rajar. Que si tenías que haber visto a la mulata. Que si estaba aquí con la fregona y la había visto pasar. ¡Qué mujer! ¡Vaya jamelga para tan poco burro! Para llevar arnés hay que ser de raza, amigo. Y Manolo que ni debajo del agua. Y yo que no sabía cómo salir del atolladero. Y el médico venga a sonreír y a darme golpecitos con la mano en la rodilla. Que ni mi madre me toca así, ¡carajo! Que tanta confianza ni qué niño muerto. Y Manolo erre que erre. Parece ser que habían discutido cuando estaban dándole al mete-saca y ella con la mala uva que se había agarrado ni se había vestido siquiera. Que lo vi yo, Manuel. Se estaba paseando en sujetador por el hospital cuando se la llevó presa la policía. Con esposas y todo. Que la vi yo con estos ojitos. La raza que los dio. ¡Ay, Nerea! ¿Por qué me pasan a mí estas cosas? Si nunca voy a desayunar a la cafetería… ¿Por qué se me habrá ocurrido ir hoy? ¿Por qué? A ver… Dime…, ¿por qué? Porque está comprobado que este hombre va a ser mi pesadilla. Cuando me muera seguro que es él quien está en urgencias o de guardia o si me muero en Cancún seguro que le coincide estar de vacaciones allí mismo. En el momento en que exhale el último aliento. Me han echado un maleficio, Nerea. Vamos a tener que ir a una curandera. No soy capaz de vivir con esta angustia. Y Manolo raja que raja. Y el doctor como si se le fuera la vida en escucharlo. Y yo negro, Nere. Como el carbón. Negro, Nere. Negro. Y el médico. El de fama. Con la camisa por fuera de los pantalones y la bragueta abierta. ¡Ni los perros, Manuel! El celo es duro de pelar y no hay mejor cosa que desfogar con la mujer en casa, Manuel. Y Rivas venga a asentir. ¡La madre que lo parió qué descansadita se quedó! Y el dónut que se me hacía bola en las cuerdas. Y no era capaz de hablar. Y no

tragaba. Se me acumulaba la saliva. El dónut. El café. Las gotas. Todo. Creí morir allí mismo sin que nadie me pudiera socorrer. ¡Tenías que haberla visto y revisto, Manuel! Qué ubres, Virgen de la Caridad. Ni nuestra frisona del pueblo. Manuel, ¿tú sabes lo que te digo? ¡Ni te lo imaginas! La moza era un bombón, bombón. Seguro que sí, Manolo. Y el médico se revuelve en la banqueta. Se acerca todavía más a la barra. Como si no escuchara todos los detalles. Como si no los supiera, Nere. Callado como una tumba. Morenita, morenita. Pero sin ser oscura del todo. Que ya sabes que yo no soy racista. ¿Cierto, Manuel? Doy fe, Manolo. Pero a las negras negras no les acabo de coger el tranquillo. No me ponen, Manuel. Y atiéndeme ahí… No hace ni una semana que intenté ver la peli en la que la alemana conocía a un tipo senegalés y a los cinco minutos ya estaban chingando por toda la ciudad. ¡Y no fui capaz, Manuel! Así como te lo cuento. ¡No fui capaz, Manuel! ¡Es que era la hostia, amigo! ¡Y sabes que no soy racista, Manuel! Doy fe, Manolo. Que si el mayor me viene con una morena para casa no los voy a poner de patitas en la calle. La chica ya es harina de otro costal. Porque los hijos son hijos. Y el chaval puede ser el padre o no, pero ¡¡¡si me deja la chica preñada un negro!!! ¿Tú qué pensarías si te dijeran que tus nietos iban a salir tostados? El susto por lo menos te lo has llevado. Que digo yo que si a ella le gusta que tendrás que apechugar y no queda otra… Pero así porque sí no, amigo. Que donde digo digo digo Diego pero no voy a ser yo quien les dé dinero para irse a ver mundo. ¡Era lo que me faltaba! No, hombre… De aquí a Murcia hay un montón de campo a donde ir a recoger la mies. Nerea, yo no te niego que Manolo se enrolle más que las persianas. Que no. Que no es eso. Es el momento, Nere. ¿Cómo puedes contar delante del doctor Rivas que has visto una peli porno? Nere. Tenía la cabeza como un bombo. Y me ardía el pecho como si me hubiera quemado. Y ni debajo del agua. Con la alemana y el senegalés. Carbón, Manuel. La mujer debía de estar horrorizada. O eso o le hacía mucha falta el dinero, Manuel. Y el matasanos sin decir ni pío. Y yo allí ya todo palote con la alemana y ¡zas!, aparece el de color y me corta el rollo. Y apagué la tele, Manuel. Así como te lo cuento. La apagué cabreado porque no entiendo a quién le pueden gustar estas cosas. Pero… ¡Cuidado! La de ayer es otra cosa. Estaba muy buena, buena de mojar pan, con churros. Qué genio debe de tener, Manuel. Porque parece ser que esas ventanas de ahí arriba están hechas para soportar temporales. Y ella la rompió con una silla. Una de esas de cuero. Con ruedas. ¡A mí! Nerea… ¡A mí! Me contaba a mí cómo era la silla. ¿Qué te parece? La silla. Sí, sí. La silla. Y el hijo de su madre mirando para Manolo como un encantador de serpientes. Y el dónut que no bajaba. Y el café que estaba hirviendo. Y el pecho que me reventaba. Y no me socorría nadie. Nerea… Nere. Me han echado un maleficio. Un mal de ojo. Por cierto, ¿a dónde vas tan acicalada a estas horas?

—Solo me he duchado, Manuel. Voy a ir al gimnasio por la tarde y a la piscina. Los niños se quedan con Rosita. Necesito cambiar de aires. ¿Quieres

café?

Sí. Sin azúcar, a ver si resisto la tarde. Vives como quieres, Nere. La llorona te cuida los niños. Te vas a mover un poco el cucu delante de todos esos pintamonas que se la rascan. Y yo me deslomo como una mula. He debido de hacer algo terrible en otra vida para que el mundo esté tan mal repartido. El doctor Rivas con una mulata que quita el hipo y yo con una mosquita muerta. ¡Es lo que hay! ¡Y si no te gusta le echas azúcar! Porque tú pasas de los que tenemos que trabajar para que tú puedas hacer el saltimbanqui en pantalones cortos. Y mientras yo estaré en el curro con los tornillos y los rodamientos. Y la silla no porque no hay. Si hubieras visto el viaje que le metieron a la pobre. Seis, Nere. ¡Seis pisos! Se cayó del sexto y aun así tuvo fuerzas para rodar por la calle. ¡Madre de Dios! Esa mujer tiene pinta de ser puro fuego. Porque mira que hay que ser animal para romper aquel tremendo cristal. Y la silla pesa bastante, ¿eh? No es moco de pavo. Ya decía Manolo que menos mal que no lo pilló en el medio porque lo abre en canal. ¿Si le llega a zumbar con la silla al doctor Rivas? Es que no lo cuenta. Sale derechito como una vela y con los pies por delante en el cajón. Eso ya sería otra historia. Yo me habría ido a desayunar. Me habría tomado el café. El dónut. Las gotas. Habría visto la foto en el periódico. Manolo me habría dicho en voz baja que vaya desgracia. Y el doctor no se habría sentado a mi lado. Es que tenías que haberlo visto, Nere. Su cara era un poema. Se lo estaba pasando en grande. Allí escuchando cómo Manolo me ponía al corriente. Que parece que el doctor no era la primera vez que se encontraba en tales lides. Que parece que una enfermera de Cardio una vez que entró en el baño ya lo había cazado con los calzoncillos bajados. Y digo a él, Manuel, porque Teresa no me supo decir si las piernas que se veían por detrás de la puerta eran morenas o no. Se ve que ella las tenía levantadas y lo que se distinguían eran los calzones del médico. La enfermera salió sin contarle nada a nadie. Solo a mí. Y mira tú… Porque aquí el único que ha salido perdiendo ha sido el asiento. Pudo haber sido una tragedia… Es que uno se queda dándole vueltas… Porque, Manuel, ¿y si termina en el otro barrio? Pues si le toca, por mí vale, pero es que si hubieras podido hacer alguna cosa y no la hubieras hecho te habrías quedado un poco escacharrado, ¿no? Porque digo yo que si tú sabes que el médico está metiendo horas extras y se lo comentas a algún encargado, al jefe o al director… ¡Joder! Yo qué sé quién es responsable de estas chorradas. Pero a quien lo lleve le vas con el cuento y alguna solución buscarán, ¿no? Pero si no dices nada y el fulano aparece deshecho, ¿qué? ¿Qué? ¿Cómo se te queda el cuerpo? Empiezas a pensar que lo podrías haber evitado. Que le habrían echado una buena bronca y él habría dejado de quedarse en la consulta hasta esas horas. Que se habría ido con las mujeres a otro lado más seguro o si no más seguro por lo menos donde tu conciencia no te fuera a decir nada. Pero así… así… Manuel… Así no porque si lo mata pues le ha tocado y yo ya me iré al otro

barrio cuando me toque. Pero la cuestión es que si yo hubiera sabido algo y si lo hubiera contado el hombre no se habría muerto… Y el doctor venga a observar cómo Manolo se rompía los cuernos y ¿crees que dijo ni mu? Nada, Nere. Nada. Seguía allí. Sentado. Callado. Una momia. Y a mí me hervía la sangre, Nere. Me hervía la sangre. Quería que Manolo se callara. Que el matasanos le soltara que ese del que cotilleaba era él. Quería gritarles a los dos que se dieran la mano y que se fueran a tomar viento al Cabo de Gata y que no volvieran. Y parecía que estaba pegado a aquella silla. Sin poder tomarme el café. Sin poder comerme el dónut. Igual que una serpiente encantada. Igualito. Oyendo a Manolo. Mirando para Rivas. Mirando para Rivas. Oyendo a Manolo. Parece que ha habido suerte y la cosa ha pasado por la noche. Si llega a ser de día y le cae la silla a alguien encima lo mata seguro. Parece ser que la morena estaba algo quemada porque dicen que el doctor había estado de reuniones por aquí y reuniones por allá por no sé qué historias con tu jefe, Manuel. Cualquier trasto que no le funcionaba. Que había que arreglar. Parece ser que no le rodaban las ruedas a la silla. Que no giraba. Y no es por darle a la lengua… Ya sabes que te tengo aprecio… Es lo que dice la gente y yo te lo cuento porque hay confianza, porque si no también podía callarme y tan amigos. Parece que no fuisteis capaces de terminar de repararla y el doctor le echó un sermón a uno de mantenimiento y después todavía tuvo que subir el bizco a hacer las paces. No fue así del todo, Manolo… Y Rivas se desata a reír. Y yo quemadísimo, Nere. Que-ma-dí-si-mo, Nere. Parece ser que la mujer se tomó a pecho lo del sube y baja de los vuestros. Que a ver si en este país había que contratar a seis personas para reparar unas ruedas. Y que estaba allí desde las siete de la mañana. Y parece que le cogió tirria al bizco. Parece ser que dijo que se marchaba. Y se marchó. Y volvió. Y que ya venía caliente de casa. Y pasó lo que pasó y no pasó más porque Dios no lo quiso. Que si llega a pasar todavía os iba a tocar parte a los de mantenimiento, Manuel. Que no fue así el responso, Manolo. Yo no sé cómo fue, Manuel. Yo no estaba allí. Ni tú tampoco. Pero lo que fue, fue. Si eras tú quien le reparabas el asiento o no, yo ahí no me meto. Eso se queda entre vosotros. Solo te cuento lo que he oído y lo que me han chismorreado los clientes. Te digo que he visto a la morena en sujetador porque estaba allí al lado de la entrada acabando de fregar. El resto que lo cuente quien lo haya visto. Y el encargado pide que venga Manolo. Para que ordene las cajas de refrescos que trae el repartidor. Y me quedo a solas con el doctor Rivas. ¿Te lo imaginas, Nere? ¡Qué situación más incómoda! Y el muy zorrito cuando se marcha Manolo se pone a hablar. Y me cuenta que le divierte todo esto. Que la gente se muere de envidia. Es que, señor Manuel, sus vidas están vacías. Completamente huecas. Y despliegan el periódico y son inmensamente felices. Les he concedido la ocupación del siglo. Se acercan a sus compañeros y necesitan imperiosamente comunicarse con el de al lado, con ese con el que se cruzan todas las mañanas y ni siquiera saludan.

¿Ve usted por qué es tan sencillamente genial poner una cubana en su matrimonio? Porque usted ya está casado, que si no seguro que lo invitaba a conocer a una sobrina de mi mujer. ¡La pobre! ¡Vaya enfado se agarró ayer! ¡Mi caramelito de chocolate! Todo porque la silla llevaba allí desde las cuatro y yo no había tenido ni un minuto para hacerle casito. A las mujeres no se las pueden descuidar, Manuel. Hay que regarlas poco a poco para que no se sequen. Con razón me arreó con el bolso pero, como no me había hecho daño, decidió que sería prudente intentar acertarme con un objeto más contundente. ¿Y qué mejor que la sillita? Inequívocamente la decisión resultó ser correcta, pero no se puede tener todo, ¿no? Es suficiente con que sea hermosa, lista, inteligente, escultural, divertida y, además, mi mujer como para exigirle que tenga una puntería excelsa, ¿no? ¿No está de acuerdo, señor Manuel? Evidentemente los gastos de los daños correrán todos de mi cuenta. También le digo que si hubiera que hacerlo todos los días yo no tendría el menor reparo. Y no se me vaya a escandalizar usted. Noooo. Verá… Los elementos materiales son fácilmente sustituibles pero el cariño, el amor y el sexo no se compran, señor Manuel. Indudablemente existen personas que lo compran e, inclusive, a precios escandalosamente reducidos. En mi caso, señor Manuel, no hubiera tenido ese coraje. Y, como no poseo esa habilidad social de alquilar servicios, prefiero correr con los correspondientes riesgos de compartir mi existencia con la fogosidad transformada en esposa. Obviamente es esta mi determinación individual y soy plenamente consecuente con ella. Lógicamente no le voy a solicitar a los demás que la compartan. Tampoco le comento estos detalles a cualquier individuo, señor Manuel. Usted y yo no es la primera vez que mantenemos una conversación sobre este aspecto de mi situación personal y comprende perfectamente los subterfugios necesarios para conservar el prestigio labrado durante mi carrera profesional. ¿Que lo siento profundamente? Sin ninguna duda. Realmente, me incomoda el hecho de observar su labor, señor Manuel, hecho añicos. Me siento contrariado e increíblemente dolido por este acontecimiento, y le presento mis disculpas. Valoro su integridad y el esfuerzo que ha supuesto para usted cumplir mi petición. Sepa que me tiene a su disposición para cualquier contratiempo o necesidad que se le presente. Intentaré llevarla a cabo con la misma diligencia y discreción que usted. Bien, ahora tengo que irme a la consulta y mendigarles a los de mantenimiento un par de ventanas nuevas y una silla. Permítame que lo invite al desayuno. ¿Habrase visto, Nerea? ¡Rompe la silla y lo único que se le ocurre es pagarme un café! Nere. Que-ma-dí-si-mo, Nere. Esto no se le hace ni a una garrapata. ¿Te lo puedes creer? Y a todo esto yo sin haber visto la silla todavía. Y me digo a mí mismo. Para adelante, Manuel. Siempre para adelante, Manuel. Los nervios bien templados. Paso por las contras de plástico. Ficho. Me pongo el mono todo sudado de ayer. Cojo las herramientas. Y es ponerme las botas de seguridad y ¡zas! Allí está un ojo

mirando para Cuenca y otro para Calatayud. Derecha, izquierda. Izquierda, derecha. Y yo en el medio, Nere. La mitad de las veces ya le miro para la nariz. Y camina todo almidonado hacia mí. ¿Y a que no te imaginas lo que me suelta así sin más? Que del aumento nada de nada. Que como ahora no hay silla que reparar tampoco hay encargo que cumplir y entonces no tengo tarea extra. Que le da mucha tristeza pero que él no paga por encargos que no se hacen y las condiciones varían de un momento para otro y que lo siente mucho. ¡Tan tranquilo, Nere! Ni se le inmutó la cuenca de vidrio. Y ancha es Castilla, Nere. Ni aumento. Ni silla. Ni nada. De un día para otro. Sin previo aviso. Estos se piensan que las personas somos caballitos de su tiovivo. Y hacen y deshacen a su antojo. ¡Total! Tú no puedes ni mover un dedo del pie sin que te fiscalicen.

—¿Y la silla, Manuel?

¡La pobre! Tendrías que haberla visto, Nerea. Dejé al atontado con sus quince euros cutres y su filosofía barata allí mismo. Sin contestarle. Le di la espalda. A ver si era capaz de gritarle a mi culo. Me partió el alma. Las ruedecitas. El eje. El asiento. El respaldo. La palanca. Todo ciscado sin sentido en la mesa. Roto. Mojado. Sucio. No me eché a llorar porque soy un hombre, Nere. Si no… Daba pena verla… Metí los restos en una caja de plástico y en esas estaba cuando el trasojado me habla por encima del hombro. ¡Me metió un susto, Nere…! ¡Me cago en la tos ferina! Y que a dónde voy con las piezas… Y reventé, Nere. Los humanos tenemos límites. No soportamos todo lo que nos echen. Hay que ser civilizados, Nere. No se puede jugar así con las personas. Que una silla es una silla pero es que esta… Hasta le había cogido cariño… Allí destrozada… ¿Que a dónde voy con las piezas…? ¿Y a él quién le ha dado vela en este entierro? ¿Me oyes, Nere? Que a dónde voy con las piezas… A reventarle los cojones al Nazareno, Nere. Y me marché. Cabreado, Nere. Quemadísimo. Colérico. En aquel momento no me importaba nada. Ni la hipoteca. Ni los hijos. Ni siquiera tú. No veía más allá del ojo de cristal. Solo la cajita de plástico con el cadáver del asiento. ¿Llegué al contendor de escombro y hete aquí que no me veo capaz de abandonarlo en medio de aquellos deshechos? ¡Pues no, Nere! No fui capaz… Lo llevé hasta el coche y lo deposité en el maletero. Volví a trabajar. No hablé con nadie. No me preguntaron qué había sido de la silla. Yo no respondí. Y santas pascuas.

—¿Y la tienes en el coche?

Sí. Voy a salir ahora para guardarla en el trastero. Después veré qué hago con ella. Además, quiero ir un poco antes porque deben de estar a punto de llegar las ventanas del matasanos y eso es curro suficiente para una tarde. Cuanto antes entre, antes salgo. Y tú ándate con cuidado. No dejes que cualquier musculitos te pellizque las cachas.

—Así lo haré, Manuel. Nos vemos por la noche.

Y cierra la puerta tras de sí. Recojo la bolsa del gimnasio. La de la

camisa. Me pongo la cazadora. Los tenis. Escucho a Marquitos en el piso de arriba. Tengo la tentación de ir a buscarlo. No, Nere. Necesitas tiempo para ti. Si te lo traes contigo será peor. Acabarás llorando a moco tendido. Y me tomo dos lexatines. Un vaso de agua. Tendrá que acostumbrarse, mi niño. Sesenta días. Poco más. Y se quedará solo. Y el ansiolítico empieza a aniquilar la ansiedad. Y subo en el ascensor. Tin tin. Tercero. Dejo la bolsa de lana. La camisa. En la alfombra. *Welcome*. La ranura de la puerta licúa la luz del interior. Yo no te habría visto. Pruébate la camisa. Sabes dónde vivo. No debería. La alfombra. La luz. La puerta. No debería. El timbre. El din don harmónico. No debería. Los pasos en el pasillo. No debería. El clac del cierre. No debería. La bisagra que gira.

Lunes, 11 de marzo. Hospital Clínico. 11.45 h. Gammagrafía.

—Tiene que firmar este impreso.

—¿Por qué?

—Para asegurarnos de que está informada y de que sabe en qué consiste el procedimiento.

—Pero no lo sé. Nadie me ha dicho nada.

—A ver, señora. Esto es así de sencillo. Se quitará todas las joyas que lleve, le cogeremos una vía, la acostaremos boca abajo en una mesa que tiene unos agujeros para meter las mamas, le inyectaremos radionúclido que le dejará un sabor metálico en la boca, después le pediremos que se ponga boca arriba, estirando los brazos y alguna postura más. Tomaremos imágenes y cuando se levante tendrá que beber agua durante veinticuatro horas.

—¿Y eso que me van a meter en vena es peligroso?

—¡Qué gana de incordiar! ¡Por Dios! Es un radionúclido artificial que solo tiene una vida aproximada de seis horas. Emite fotón gamma que cuando se acumula en el área que queremos ver produce unos rayos gamma que son recogidos por una gammacámara y midiendo las radiosondas emitidas por el cuerpo genera unas imágenes detalladas de los órganos analizados. ¿Ya está más tranquila?

—Sí. Gracias.

—Pues si es tan amable haga el favor de irse quitando la ropa y las joyas, que quiero llegar a casa a la hora de comer.

Quince años casada. Dos préstamos. Haciendo cábalas. Una hipoteca. Reflexionando. Un coche. Cavilando. Dos hijos. Escrutando. Un marido. Quince años haciendo cábalas reflexionando cavilando escrutando a Manuel. Tu casa. La mía. No debería. La curiosidad mató al gato, Nere. Mayo. Dos meses. A lo mejor tres. Treinta y siete años. Media vida. Entera. No debería. Manuel. Sofía. Marquitos. Sin tiempo. Sesenta días. Hoy es mi día libre.

—Hola.

—Te he traído la camisa.

—Pasa. Pasa. Estoy preparando una infusión de amapola.

La misma entrada. El mismo piso. Todo diferente. Tercer piso. La pared naranja huele a manzana y lanolina. La cocina verde, a flores. El salón blanco, a óleo y aguarrás. Él, a champú y suavizante. Camina delante de mí. Sabe que le estoy mirando el trasero. La espalda por debajo de la camisa. No debería. Y hay un imán que me atrae. Detrás de sus pasos. Los míos. Las zapatillas no hacen scrachtttsss. Levita. Sin rozar el suelo. O yo no lo veo. No lo escucho. El barullo de su andar. Silencio. Sin palabras forzadas. Sin tiempos inventados. Los tenis rechinan en la goma. Quiebran el mutismo. Contra la madera. Scrachtttsss. Los miro. Recojo en el reflejo la brasa de mi iris. No debería. Quince años. Un imán. Atraer. Lanolina. Flores. Champú. Chispeando. El trasero debajo de la espalda de la camisa. Suavizante. Sus pasos en la cocina. Cerca del fuego. Del agua roja que hierve. Del cazo plateado. Desorden buscado. Descuido ficticio. Sin polvo. Aséptico. Hechizada. Atracción irresistible. Lo desconocido. No debería. Quince años. En la pobreza y en la riqueza. En la salud y en la enfermedad. Creída. Cualquier musculitos que te pellizque las cachas. Los pintamonas que se la rascan. ¡Qué contra! Ni que no pudiera tomarse un té con el vecino. Ni que estuviéramos en el siglo pasado. ¡Coñe! Ya soy mayor para tener que rendir cuentas de con quién estoy o con quién dejo de estar. ¡Nere, mira para él! Está intentando seducirte. ¡Pues que lo haga! Ya soy mayor para pararle los pies. No soy una adolescente. Sé lo que me hago. ¿Seguro? Sí. Ni que fuera una mosquita muerta. Ni que fuera la primera vez que tengo un hombre delante. Quince años. Ni que no llevara quince años casada con Manuel. ¡Que se dice pronto! Quince años con sus noches. No le temo al bicho. A la oscuridad. ¿Y si es un psicópata, Nere? ¿Te importaría mucho? Sesenta días arriba o abajo no marcan la diferencia. Un árbol no hace bosque. ¿Y si te envenena y te corta en pedacitos? ¿Con la amapola? ¡Absurdo! Deja de pensar sandeces, Nerea. Traes la camisa. En la bolsa de lana. Las que tejes con las agujas del ocho. Viendo la tele. Las bonitas. Que es mucho dinero

para nada. Que qué estás buscando, Nerea. Que si no valía una de las del súper. De las de toda la vida. De PVC. Con sus asitas de plástico. Que eres igual que una adolescente. Siempre preocupada por el gallito del corral.

—Aquí tienes. Cuidado, que está caliente. Me encantaría pintarte.

—¿Disculpa?

—Que me gustaría pintarte. Hacer un boceto.

Así que era eso. Qué vergüenza. Es que eres tonta, Nere. ¿A quién le ibas a interesar? Casada desde hace quince años. Dos hijos. Dos préstamos. Mayo y luego Dios dirá. Adolescente. ¿Crees que alguien que te ha visto dos veces se iba a volver loquito por ti? ¿Iba a venir en un caballo blanco a pedirte que le tires la trenza por la ventana? ¿Y luego qué? ¿Te iba a poner un zapato de cristal y llevarte volando en una alfombra mágica al castillo de diamantes donde comeríais perdices? Boba. Más que boba. Cuánto ha debido de disfrutar con tu actitud infantil. Respira, Nere. Concéntrate. Olvida la furia. Todavía puedes salir de esta con dignidad.

—¿Por qué yo?

—Porque la muerte te acompaña. Quiero pintar la muerte.

Sin bolsa ni gilipolleces. Tendría que haber traído la camisa arrugada. Sucia. Sin planchar. Como me la encontré en el tendedero. Ni plástico siquiera. Solo quiere dibujar tu sentencia, Nere. No tienes valor, Nere. Casada. Quince años. Dos préstamos. Dos hijos. Y quiere pintar la muerte. Irrisorio. Ridículo. Boba. Mema. Idiota. Retrasada. ¿A quién le ibas a interesar? ¿Al príncipe azul de los glúteos perfectos? ¿Al vecino de la alfombra *welcome*? ¿Al del tercero con paredes naranjas y verdes? ¿Al de los pectorales definidos que te invita a una infusión de amapola? Boba. Ridícula. Infantil. Indigna. Solo quiere pintar tu fin. Tu sentencia de muerte. Estúpida. Palurda. Majadera.

—¿Cómo lo sabes?

—Se te ve en la mirada.

Perfecto. ¿Quieres ver la muerte en primera persona? ¿Pintarla? ¿Tocarla? ¿Olerla? ¿Morderla? ¿Pellizcarla? ¿Saborearla? Pues por mí no hay problema. Ningún problema. Ni el más mínimo. ¿La chaqueta? Fuera. ¿La camiseta? Fuera. Y no desvía la mirada. Fija. Expectante. Marrones. Pestañas largas. Recorriendo la piel. Evita los escalofríos, Nere. No puedo. Su rostro asombrado estimula los poros. Boba. Indigna. No puedo. No debería. Salir corriendo. No puedo. Hechizada. Encantada. No debería.

—¿Y el resto?

—¿El resto de la ropa? ¿Para qué?

—Porque quiero pintarte.

—¿A mí?

—Sí.

Y me desnudo sin razón. Reflexión. Concéntrate, Nere. Respiro hondo. Inspira. Espira. Pausadamente. Y las manos retiran el pantalón. La braga. El

sujetador. Y la cabeza me viste. Y el juicio se escandaliza. No me toca. No se mueve. No debería. Solo me mira. Movimiento suave. Silencio. No dice nada. Ni una palabra. Ni un gesto. Observación. No debería. Reflexión. Respira, Nere. Me duele un poquito. No importa. Treinta y siete años custodiados en una cuarentena. Ni una cana. Sin depilar. Dos estrías del último embarazo. Tres caries. Ochenta y cinco en un pecho. Noventa en el otro. Sin apéndice. Óptima. Impresionante. Hermosa. Bella. Y acojo su mano. Fuerte. Cariñosa. Recházala, Nere. No puedo. No debería. Embrujada por el canto de las sirenas. Me echa en un sofá de piel. Blanco. En la sala. Blanca. Desaparece un instante. ¡Huye, Nere! Tápate y tira para casa. ¡Escápate, Nere! No deberías. Casada. Manuel. Dos hijos. Quince años en la pobreza. Quince años en la salud. Quince años hasta que la muerte nos separe. ¡Aléjate, Nere! No puedo. No soy capaz. Deseo irme. Anhelo quedarme. No sé por qué. O sí. O quizás. ¿Y si te envenena y te corta en pedacitos? ¿Con la amapola? ¡Absurdo! Déjate de pensar absurdos, Nerea. Concéntrate, Nere. No debería. Respiro hondo. No debería. Inspira. No debería. Espira. No debería. Pausadamente. No debería. Y regresa. Un cesto en el brazo. Coloca los pinceles. Los botes. Las servilletas. La paleta. En fila. En el suelo.

—Date la vuelta. Empezaré por detrás. Te voy a poner crema hidratante para que no se te estropee la piel.

Relájate. Tranquilízate. Inspira hondo, Nere. Te masajea los dedos de los pies. Delicadeza. El talón. Pausadamente. Provocador. La pantorrilla. Las uñas estimulando el gemelo. Exquisitez. Los muslos. Internos. Sensibilidad. Las nalgas. Debilidad. El lateral derecho. El izquierdo. Sensual. La espalda. Voluptuoso. Los hombros. Delicia. El cuello. Adormilarse en las calmas. La raíz del pelo. Lexatín. Amapola. Hidratante. Relax. Placer. Entrar en el sueño.

—Creo que me he quedado dormida.

—Debías de estar cansada. Dos horas. Son las cinco. ¿Podemos seguir o tienes algo que hacer?

—Continúa…

El pincel transporta el marrón desde el bote. Hasta el flanco. Hasta las costillas. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce. Trece veces. La seda delinea contornos. Los perímetros. La silueta. ¿La tuya o la de la muerte, Nere? La de las dos. Y no me escapo. No huyo. No debería. No me tapo. Desnuda. En el sofá. Blanco. Si te hubiera querido triturar, ya lo habría hecho, Nerea. No me marcho. Quiero ver mi muerte. Pintada. En el reflejo del espejo. Ansío conocerla. Presentarnos. Verle la cara. El trapo borra un trazo negro. Erróneo. Lejos del perfil. La curiosidad mató al gato, Nere. ¡Qué más da! No tengo mucho que perder y todo que ganar. Dobles seis. Las cerdas estimulan las grietas de la espalda. Los poros. Los orificios. Estremece los sentidos. La dermis. Desnuda. Sin frío. Decorada. Mimo. El placer en las fibras. En cada rasgo. Pequeño. Menudo. Voluptuoso.

Los hombros. Sensual. El cuello. La nuca. La raíz del pelo. El marrón moviendo el pincel. Flanco. Costillas. Cuello. Los rasgos de las fibras. Estremecen los poros. Eterno. Sesenta minutos. Pintar la muerte. Tres mil seiscientos segundos. Decorar el cuerpo. Excitar los sentidos. Desnuda. Sin frío. Sin depilar. Sofá. Blanco. Bote. Castaño. Relax. Sensibilidad. Pausadamente. Embrujada por el canto del tritón. Provocador. No me toca. No se mueve. Solo mira el cuadro. Movimiento suave del lienzo. Silencio. No dice ni una palabra. Ni un gesto. Concentración. La respiración harmónica. Sensualista. Delicada. Complejo.

—Te voy a poner un secante y dentro de nada te puedes girar. Debes de estar cansada de estar en esa postura.

El misterio sirénido se resquebraja con la risa de Sofía. En el pasillo. En el segundo. Saliendo del ascensor. ¡*Ofi*! ¡*Ofi*! Los pasitos diminutos hacia la puerta. Persiguen la sombra de la hermana. Rotan las bisagras. Clac. Desaparecen las voces.

—Tienen buenos pulmones tus chiquillos.

—Es que cuando están con Rosita se desmadran. Les consiente todo.

No debería. La llorona te cuida los niños. Vives como quieres, Nere. No debería. Echada en el sofá. Pintada. Decorada. Desnuda. Sin depilar. No debería. Encalada. Coloreada. Masaje en los dedos de los pies. Exquisitez. En los gemelos. Finura. Recebada. Delineada. No debería. Santiago. Carme. Lurdes. Herminia. María. Los abuelos Pepe y Dosinda. Los abuelos Manuel y Manuela. La tía Lina. La tía Susa. La tía Marta. El tío Paco. La oncóloga. Sofía y Marquitos. Nicolás y Antía. La señora Lola. Manuel y la mamá de Antía. A. Castro. Pedro. El bizco. Manolo. Rivas. La secretaria. Los abuelos Pepe y Dosinda. La prima Maricarmen. La sobrina Aldara. Apuntar en el iPad. Rosita. Todos menos yo. En el velatorio. Mirando mi caja. La muerte. El cuerpo inerte. El vecino del tercero. Tañendo la sentencia. Vives como quieres. Todos menos yo. Las milanesas. Las albóndigas. Las patatas. La salsa. La plaza. El zumo. El trabajo. Todos menos yo. Oncología. Cáncer. Mayo. Los demás tenemos que trabajar para que tú puedas hacer el saltimbanqui en pantalones cortos. Vives como quieres. Los niños con Rosita. Manuel en el hospital. ¿Y tú, Nere? Tú aquí. Papando moscas. Siempre todo. Menos yo. Dibujada. Tatuada. Por encima de todo. Todos. Después. Yo. ¿Tú, Nere? Desnuda bajo las manos del vecino. Desvestida en sus ojos. No debería. No. No deberías. Casada hace quince años. En la pobreza y en la riqueza. En la salud y en la enfermedad. En lo bueno y en lo malo. Hasta que la muerte nos separe. Mayo. No deberías, Nere. No deberías. Claro que no deberías, Nere. Sesenta días. Y les robas uno a tus hijos. Cincuenta y nueve. Egoísta. Huérfanos. Egocéntrica. Carcomiendo tu placer. Disfrutando. Los niños con Rosita. En el segundo piso. Tú en el de arriba. Desnuda. En el tacto de otro hombre. No deberías. Claro que no deberías, Nere. Una vez en quince años. Solo una vez. Hoy es mi día libre. Sin remordimientos. Una vez

en quince años. Antes de Manuel. Ahora los niños y Manuel. ¿Y yo? ¿Y tú? ¿Y tú? Y tú dentro de tu ombligo. En tu bienestar. Sin importarte nada más. Quince años casada. Dos préstamos. Siempre los demás. Una hipoteca. Todo antes que yo. Un coche. Todos antes que yo. Dos hijos. Todo. Todos. Un marido. Quince años haciendo cábalas reflexionando cavilando escrutando a Manuel. Tu casa. La mía. No debería. No deberías. Claro que no deberías, Nere. La curiosidad mató al gato, Nere. Hoy es mi día libre. Sin remordimientos. Sin médicos. Con la muerte en los talones. Bocetada. Mayo. Dos meses. Sesenta días. Cincuenta y nueve para los niños. Manuel. Sofía. Marquitos. Sin tiempo. Un día en quince años. Solo un día para mí. Para lo que quiero. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Suponiendo que existo. Sin pensar. Sin pensar. No debería. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Remordimientos. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sofía. Sin pensar. Sin pensar. Marquitos. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Sin pensar. Manuel. Sin pensar. Quiero verle la cara a mi muerte. Saber cómo es. Preguntarle por qué.

—¿Giramos a estribor?

Y me sobresaltan sus uñas en mi cadera. Y me excitan sus gemas. Y me incita el tacto al tocarme. Revolotea el clítoris. Suben las pulsaciones. Se electrifica el perineo. Aumenta el deseo. La lujuria en la espera. El estómago relampaguea. El aire quema en la garganta. Las nalgas se contraen.

—Vamos a hacer como antes. Crema y te pinto.

Presión en los dedos de los pies. Sin depilar. Tranquilízate. Inspira hondo, Nere. Te masajea el pie. Pausadamente. La pierna. Delicadeza. Las uñas estimulando el gemelo. Las rodillas. Exquisitez. Los muslos. Externos. Provocador. Internos. Ternura. Las ingles. Los dedos rozando los labios. Debilidad. El ombligo. Sensual. Las costillas. Voluptuoso.

—¿El derecho?

—Sí.

Se abstrae en un mundo que no veo. Me acaricia los senos. Con precisión suiza. Reconociendo los fragmentos de podredumbre. Escudriñando los nervios ocultos. Las cuencas de las manos asientan las ondulaciones. El recorrido de sus dedos señala puntos de encuentro. Solo conocidos por él. Las aureolas se retraen. Se erigen los pezones. Escalofríos. Los pechos erectos. Estremecimientos. Alterando la carne. Veloces. El útero. De la cabeza a los pies. Las mamas. Fugaces. ¿La derecha? Sí. Me duele un poquito. No importa. Lujuria. Ganas. Lascivia. Pecado capital. Quince años. La espalda se arquea. Gato panza arriba. Señales inequívocas. Agradable. Manuel. Olvídate, Nere. Sí. Olvidar. Dejarme ir. Una vez en quince años. Pecado capital. Arder en deseo. Quemarse y revivirse. Resucitar la excitación extraviada. ¿Dónde? En algún lugar de la rutina, Nere. Quince años. Olvidar. Caer en el desenfreno. Una vez en quince años. Voluptuosidad. Intensa.

Olvidar. Dejar. Acariciar. Olvidar. Erigir. Señalar. Reconocer. Asentar. Escudriñar. Conocer. Retraer. Alterar. Caer. Importar. Arquear. Arder. Quemar. Revivir. Resucitar. Renacer en el placer de los impulsos. Intensos. Intenso. No rumies, Nere. Coloca el índice entre los labios. En la vulva. Envuelve la vagina, Nere. Sin prisa. Sin demora. Así. Prohibido pensar, Nere. Concéntrate. Respira. Las cerdas perfilando los poros de los senos. Los pezones rígidos. Él, absorto. Absorbido en otro mundo que no comprendes. Agostado en el calor corporal. Ignóralo. El vecino *welcome* de los glúteos perfectos. No te mira. Solo ve la muerte. Muerte. Orgasmo. Muerte. Orgasmo. Muerte. Orgasmo. Morir. Orgástica. Muerte orgástica. Morir en el orgasmo. El vecino de las paredes naranjas de manzana. Culminación erógena. Clímax. El pincel escurriendo entre los pechos. Espasmo. Temblor. Escalofrío. Los dedos fricando los genitales. Gräfenberg inundado por Skene. Él, abstraído. Dentro de las periferias de la agonía. Desentiéndete, Nere. No te preocupes por el del tercero. Ignóralo. No prestes atención al hombre de la amapola, Nere. No puedo. No debería. Me excita su alejamiento. Su mirada. Perdida. Lejos. Entre la curva del seno y la metástasis. Observando el dentellar de las células. Por dentro. Desde el interior. Sintiendo los escalofríos. Los temblores. Los estremecimientos cabalgando la nuca. La columna. El vientre. Corrige con la yema una línea esquiva. En el escote. En el canal entre los senos. Y recomienza su pintura. A millones de años luz de mí. ¿Y qué más te da, Nere? Tú a lo tuyo. Olvídate. Concéntrate. Respira. Tócate. Déjate ir. No debería. No puedo. La barba de dos días. El perfil. La oreja. El lóbulo carnoso. El labio húmedo. El cuello semioculto en el de la camisa. Los brazos de músculos pronunciados. Sin exceso. El codo terso. Elegante. El silencio. Las manos suaves. Grandes. En el pincel. Los dedos largos. Las uñas limpias. Cortas. Pasadas por la lima. La cintura carnal. Insinuante. Las marcas del pantalón en la ingle.

—¿Quieres ayuda?

La esponja mojada empapa las comisuras. La lengua seca. Caen alrededor de la garganta. Salpican los brazos. Las aureolas. Confluyen en el ombligo. Hacen añicos el cuadro. Una. Pausadamente. Dos. Despacio. Tres. Poco a poco. La tensión estalla en el clímax. Los pechos rabiosos. Inflexibles. Rígidos. El útero se contrae veloz. El clítoris convulsiona. Gato panza arriba. Placer. Una vez en quince años. Orgástico. Lujuria. Ganas. Masturbación compartida. No pienses. Olvídate, Nere. El anular en la vagina. El índice en la vulva. Los ojos cerrados. La mano en los labios. Externo. Interno. Placer. Panza arriba. Arqueando el lomo. Estallar los sentidos. El agua que confluye en el pubis. Él, absorto. El vecino del tercero. Sin tocarme. Sensualidad. Placer. Lujuria. Ganas. Pecado capital. Una vez en quince años. Una. Lentamente. Dos. Lenta. Tres. Quema. Arde. Revivir. Renacer. El placer poseído por el clímax. Instante final. Lujuria. El orgasmo relaja los tendones. Ganas. Los dígitos aflojan el abrazo. Placer. Orgasmo. Clímax. Sensualidad.

Orgásmica.

—¿Un cigarrillo?

Scrachtttsss. El mechero rompe el silencio del piso. La primera calada sabe a placer. Pecado capital. La saliva exótica. El humo se pega en el pulmón. Suspiro. Relax. Espirar. Tranquilidad. Inspirar. No debería disfrutar de la muerte. No debería. Mira Eliana de Covadonga. Y aun estando con un pie en el otro barrio, escabuchó las patatas sin rechistar. Y se murió con los zuecos puestos. Sosiego. Pecado. Mortal. Una vez en quince años. Manuel. Orgasmo. El cigarrillo encendido. Orgásmico. Humeando. El cuerpo desvanecido en el sofá. Blanco. Placidez. No pensar. Dejarse ir. Pecado. Capital. Tres padrenuestros. Una novena. Seis avemarías. *Ego te absolvo*, Nere. Placer. Lujuria. Ganas. Apetito. Orgasmo. Masturbación. Ante un extraño. El vecino del tercero. De la alfombra perfecta. De los glúteos *welcome*. Amapolas. Naranjas. Manzanas. Pintar la muerte. Escrita en la cara. Pincel. Línea. Curva. Recta. Pies. Rodillas. Nalgas. Espalda. Tobillos. Muslos. Barriga. Pechos. Cuello. Serenidad. La nicotina entrando en la sangre. El papel absorbente aniquilando los restos del naufragio. Gota a gota. El dibujo atemperado. Placer. Desvestida. Sofá. Placidez. Calma. Desnuda. Serenidad. Destapada. Reposo. Sin bragas. Quietud. Desnuda. Paz. Sin sujetador. Una vez en quince años. Sin ropa. En el tercero. Delante de un desconocido. Pecado capital. Mortal de necesidad. Manuel. Los niños. Cincuenta y nueve días. Conocer la muerte. Mirar su sonrisa. Hablarle de tú a tú. Preguntarle por qué. Por qué tú y no el tritón. O María. O la madre de Nicolás. Cuatro son muchos. Demasiado cardumen para la misma red. Una lechigada. Pobre. Una madre. Algún padre. Cuatro hijos. Y Nicolás en la mitad. Un DIU a tiempo. Sube el euríbor. Una vasectomía. No tientes al demonio, Nere. El hombre de pelo en pecho…

—Mañana te dibujo el rocío en la mejilla. Cuando el moratón esté más oscuro.

Bebe a sorbos el zumo. Azanahoriado. Ridículo. Atractivo. Ridículo. Tahúr. Irrisorio. Cautivador. Grotesco. Seductor. Arrebatador. ¿Él o tú, Nere? Masturbándote en su casa. Desvestida. ¿Tú o él, Nere? Casada. Una niña. Un niño. Dos préstamos. Soñando despierta. Un hombre que no se te acerca. Desnuda. Vergüenza. Sin bragas. Sin sujetador. Un hombre que no te toca. Sin ropa. Solo un cuerpo desnudo. En un sofá blanco. Un desconocido. Un extraño. Una camisa exótica. Un hombre que no te roza. Un olor penetrante. Perspicaz de hormonas. Podridas. Alteradas. Cancerosas. Formol. Un hombre que solo mira. Muerte orgásmica. ¿Para él, Nere? ¿O solo para ti? Vergüenza. Infamia. Escándalo. Quince años. Placer dentro del pecado. Mortal de necesidad. Capital. El cuerpo extendido en los cojines. La entrepierna chorreante. Manchas en el tapizado. Círculos. Semicírculos. Óvalos. Blanco sobre blanco. ¿Excusable en una moribunda? No, Nere. Una mujer hecha y derecha no se quita los trapos delante de cualquier forastero.

No, Nere, no. No se mete los dedos en los genitales y gime como una gata en celo. No, Nere. No permite que una persona desconocida le eche crema en las cachas. Vergüenza. Infamia. Tendría que haber traído la camisa en una bolsa de plástico. De las del súper de toda la vida. Dejarla encima del *welcome* y marcharme. Ni llamar al timbre siquiera. Humillación. Obscenidad. Abominación. Mira que eres inocente, Nerea. Tonta de remate. Si existiera algún premio a la más torpe sería para ti. Sin dudar. ¿No ves que siente asco, Nerea? ¿Qué hombre de este planeta tiene delante a una mujer y no se le abalanza? Ni siquiera te palpa con el aliento. Desprecio. Mírate, Nerea. Mírate bien mirada. Putrefacta. Descompuesta. Pútrida. Cincuenta y nueve días y estás triturada. En vez de cuidar de los tuyos, ¿qué haces? Locuras. Sinsentidos. Meterte en casa del del tercero. Sacarte las bragas y correrte. Inconsciente.

—Deberíamos de parar por aquí hoy. Casi es hora de que regrese tu marido.

Furia. Odio. El cáncer todavía no se ve. No se nota. Solo un poquitito. No importa. Tampoco estoy tan mal. ¿Qué ve de erróneo este bobo melindroso? Treinta y siete años. Una cuarentena. Cero canas. Dos estrías. Tres caries. Ochenta y cinco en un pecho. Noventa en el otro. Sin apéndice. Hermosa. Impresionante. ¿Qué más quiere? Desnuda en su salón. Decorada con sus pinturas. Excitada. Ni bolsa siquiera. Sucia. Arrugada como estaba cuando la encontré. Debería arrojársela en la alfombra. O colgársela en la barandilla del pasillo. O encasquetársela en el buzón. O quemarla. O destrozarla. ¡Nerea! ¿Tú te estás escuchando? ¡Para! Respira. Tranquilízate. Inspira. Espira. Concéntrate. Olvida la ofensa. Libérate de una vez del hechizo. Huye del encantamiento. Apuntar en el iPad. Llenar de mierda la alfombrilla del tercero. Tápate los oídos. Silencia el cantar embriagador. Vístete. Vete. No vuelvas. A tomar viento a la farola de Málaga. No mires atrás. No lo escuches. Niega esa voz envolvente. El encanto *je ne sais quoi*. Intranscendente en el tiempo. Sin gestos estudiados. Naturales. Atrayentes. Seductor. La melaza de los ojos bajo las pestañas sugerentes. La barba descuidada al dos. Recortada. Los labios carnosos. Estimulante. La mandíbula tentadora. El cabello despeinado sobre las sienes. Fascinación irresistible. ¡Escúchate, Nere! Estás cayendo en las redes. Mordiendo el cebo. ¿Y qué? ¡Quiero caer y morder el cebo! ¡Hasta la campanilla! ¡Quedar cautiva! Pero él no. Ni tan siquiera te mira, Nere. Stop. Basta. Hasta aquí hemos llegado. Recoge la ropa. Cálzate. Despídete. Nos vemos en el velatorio. Se acabó la historia. Simple. Y ese culito coqueto. Escultural. Neeereeee… Sí. Sí. Sí. Ni siquiera me mira. Solo yo a él. Ni siquiera me toca. Ni yo a él. Apuntar en el iPad. Llenar de mierda la alfombrilla del tercero. Gasearle la puerta con spray. Rojo. Rojo. Escarlata. Moribunda. Encarcelada. Espectáculo. Dos hijos, Nere. Cincuenta y nueve días. Rabieta juvenil. Despecho. Juvenil. Rencor. Juvenil. Desquite. Adolescente. Treinta y siete

años, Nere. Respira. Tranquilízate. Inspira. Concéntrate. Espira. Olvídate del pintor. La camisa. El vecino. El tercero. Céntrate. Piensa en los tuyos. Los hijos huérfanos. Manuel viudo. La cena sin hacer.

—Voy yendo.

—Te espero mañana.

—No creo que venga.

—Vendrás.

Y cierra la puerta. Detrás de mí. Sin pasar la llave. Los tenis encima del *welcome*. El sonido de los pasos subiendo las escaleras. Familiares. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Arrastrando los pies. La pernera izquierda rozando con la derecha. Scrachtttsss. Scrachtttsss. La respiración entrecortada. Los kilos ahogando la laringe. Descanso a unos metros. Dos. Tres. Cuatro. Cinco quizás. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Un escalón. Dos escalones. Otro escalón. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Los zapatos rascando la baldosa. Acabada de fregar. Olor a lejía. La adrenalina oprimiendo los tímpanos. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. La colonia de la maja bajo la barandilla. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Las huellas de la fregona trazando sendas diminutas. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. El pelo con restos de grasa que surge por el pasillo. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Un segundo en el tiempo. Detenido. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Scrachtttsss. El final de las escaleras. *Welcome*.

—¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a traerle una camisa que se le cayó en el tendedero al del tercero.

—¿A estas horas? ¿No estabas en el gimnasio?

—Ya he ido y ya he vuelto.

—¿Sin bolsa? Porque te la has dejado en casa.

—Se me olvidó. No pasa nada. Me ducho ahora al llegar.

—Pues mientras tanto voy al trastero a ver si consigo reparar la silla.

Scrachtttsss. Scrachtttsss. Se aleja. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Sube. Scrachtttsss. Scrachtttsss. Se marcha. Scrachtttsss. Al trastero. Scrachts. Arriba. Botón. Ascensor. Tin tin. Abajo. Primero. Ojo de buey. Seguridad. Puerta blindada. Vainilla. Natural. Hábito. Respira. Los nervios aguijoneados. Abrir el agua de la bañera. Aspersor. Muy caliente. Vapor. El espejo empañado. Los cristales que paren goteras. Buscar el pijama. El pasillo semioscuro. Los niños saltando en la cama de Rosita. Los muelles crujen. Regresar al cuarto de baño. La toalla en los hombros. Inclinar la cabeza. Lavar desde fuera la bañera. Con cuidado de no mojar el dibujo. Vístete, Nere. No vaya a ser que llegue Manuel. Que te va a ver todas esas rayas en la espalda. Que no le va a gustar una pizca. Intuyo entre el vaho los marrones. Los lilas. Los ocres. Los amarillos. Los rojizos. Los cubro. Los escondo. Me calzo las chinelas. Me olvido un calcetín en el bidé. Disimulando. Casual. Enciendo el horno. Caliento unas pizzas. Con jamón.

Queso de tetilla. Espárragos. Maiz. Piña. Espero. Gomosas. Espero. Marmolean. Aceitunas. Orégano. Busco el teléfono en el bolso. Nada. No hay cobertura. Incomestibles. Déjalas en la mesa, Nere. Por lo menos que vea que lo has esperado. Lavarse los dientes. Un cigarrillo en la ventana. El aire helado. Las calles desiertas. Manuel en el trastero. La casa solitaria. El pasillo semioscuro. Media noche. Hoy es mañana y Dios dirá.

Miércoles

Lunes, 18 de marzo. Planta baja. Oncología de Día. 10.13 h. Consulta.

—¿Ha venido usted acompañada de algún familiar?

—No.

—Mire, le voy a ser sincera. El dolor que tiene usted en el pecho es debido a un cáncer de mama bastante serio. Es un tipo IV que le ha afectado los ganglios de la axila y las primeras pruebas indican que se ha extendido a los huesos. Estos días concretaremos más los resultados de las analíticas y de la gammagrafía. Por ahora, ¿ve estas manchas en la costilla?

La radiografía extendida en el atril luminoso muestra un arcoíris hermoso de negros, grises y blancos. La doctora intenta señalarme las partes duras en la fotografía de mi teta, pero no consigo ver nada más allá de la palabra cáncer.

—Sí.

—Pues eso quiere decir que tiene la segunda y la cuarta afectadas, por lo que, sin duda, también encontraremos lesiones en el hígado y en los pulmones. No quiero ser alarmista, pero tampoco le puedo mentir. Intentaremos aplicar el tratamiento que su cuerpo nos permita.

—¿Cuánto tiempo?

—Su esperanza de vida no supera los dos meses, abril y mayo como mucho. Como es usted una persona joven, puede que incluso junio.

—¿Me dolerá?

—Hoy en día existen grandes avances en los tratamientos paliativos que le permitirán afrontar esto sin sufrir.

Las seis y media. Hoy es el día. Miércoles. El diagnóstico me da vueltas en la cabeza. El lunes dieciocho de marzo. Y hoy es miércoles. Hoy es el día. Confirmación. Albóndigas. Me visto casi a oscuras para que no despertar a Manuel. Calcetines. Rojos. Con mariquitas negras. Pongo el café en el micro. Negro. Puro. Virgen. Sin azúcar. Un minuto veinte segundos. Me lavo la cara. Me aliso el pelo. Una diadema roja. Flores. Hojas. Mariquitas. Me lavo los dientes antes de desayunar. Pasta fresca de menta. Con burbujas explosivas de sabor. A este paso te quedas sin dientes, Nere. Eso no puede ser bueno. Ninguna persona en su sano juicio se cepilla la boca antes de comer. Tienes razón, Manuel. Es que me gusta el aliento fresco. Degustar el café sin restos de la noche. Tin tin. Tin. Seis y treinta y cinco y veinte. Enciendo el iPad. Arriba, Rosita enciende la radio. Fuera, el quiosquero recoge el montón de periódicos. El aroma tostado vuela por toda la cocina. Un día menos. Mayo. Tengo que aprovechar el tiempo. Todo por hacer. Nada hecho. La salsa de tomate lista. Abrir nuevo documento. Miércoles. Veinte de marzo. Poner el arroz. Ir al médico. Recoger a Marquitos. Comer. Buscar a Sofi. Llevar a los niños al parque. Notario. Meriendas. Baños. Cenas. Terminar de coser los pantalones. Guardar. Cerrar. Apagar el iPad. Cambiar las sábanas de las camas de los niños. Poner una lavadora. Programa corto. Cuarenta grados. Centrifugado mil seiscientas revoluciones. Arriba, Rosita cambia a los dibujos animados. Las risas de Sofía y Marquitos. El tintinear de las cucharas en las tazas de los cereales. Pico el ajo finito. Lo echo en la cazuela. Un hilo de aceite. Dorar. Retirar el ajo. Marquitos pide más leche. Lo ha debido de oír todo el edificio. Dos vasos de arroz. Crepitan los granos del fondo. Revolver con la espátula de palo. Estallan los de arriba. Cuatro vasos de agua. Sal. Comino. Nébeda.

—Ni que se hubieran criado con lobos estos chiquillos. No hay quien duerma con estos gritos. Me voy a la ducha.

—¿Te hago el desayuno?

—No. El zumo si no se hace al momento no sirve para nada. Pierde todas las vitaminas.

Scrachtttsss. Arrastra las pantuflas. Contra el suelo. Scrachtttsss. Hasta el baño. La lavadora termina sus vueltas. Cuelgo la ropa. Los calcetines con una pinza cada uno. Para que se sequen mejor. Los pantalones, con dos. Por las perneras. La cintura hacia el suelo. Meto la ropa de cama en el tambor. Añado detergente. Suavizante. Programo el lavado largo. Sesenta grados. Pulso *start*. Busco un cigarrillo en el bolso. Me siento en la cocina. ¿Y ahora qué, Nere? Cincuenta y ocho días por delante. Las tareas hechas. Sin niños.

Sin trabajo. Manuel no lo sabe. ¿No se lo piensas decir? No. Todavía no. Mañana es otro día. Ya Dios dirá. Siete cuarenta y cinco. Dentro de diez minutos hablan las noticias del despertador. El agua de la ducha. El aroma del café. Sofía y Marquitos jugando al escondite con Rosa. El arroz en la cazuela. Las albóndigas bajo la salsa de tomate. La lavadora dando vueltas. ¿Por qué no me toca? Olvídalo, Nere. No puedo. La nicotina en las venas. El olor a vainilla revolcándose por encima de los muebles. Treinta y siete años. Una cuarentena. Ni una cana. Dos estrías. Tres caries. Dos empastes. Ochenta y cinco en un pecho. Noventa en el otro. Sin barriga. Uno setenta y cinco. Cinturita de avispa. Óptima. Impresionante. Hermosa. Sin arrugas. Natural. Lejos de los quirófanos. Olvídalo, Nere. No des más vueltas al veo. Seguro que es gay. No te rompas más la cabeza. No debería, ¿cierto? Pero es que no puedo. No lo pienses. Hazle el zumo a Manuel. Reúne los papeles del médico. Baja a la plaza a comprar el pescado para mañana. Organiza tu vida, Nere. ¿Por qué no me tocará? Que lo olvides, Nere. No hay más vueltas que darle. Se atascó. No le interesas y punto.

—¿Ya estás en Babia otra vez? Podrías haber desconectado el despertador, ¿no?

—Perdona. Lo apago y ya te pongo el desayuno.

El pasillo semioscuro. La voz del locutor salida de ultratumba. Noventa y dos mujeres muertas. Violencia de género. Muertas. Atentado terrorista en Siria. Tres muertos. Volcán en Chile. Setenta muertos. Un motorista contra el quitamiedos. Muerto. Infarto en el campo de fútbol. Muerto. Incendio en la capital. Un bebé. Muerto. Se ha callado. Sin enchufe. Sin electricidad. Muerto. Todos muertos. Mayo y luego Dios dirá. Cincuenta y ocho días. Con suerte. Paliativo. No duele. Marzo. Abril. Mayo.

—Aquí tienes. Ayer llegaste tarde.

—Ni que tuviera obligación de fichar en casa también… Estuve reparando la silla. La pobre… Me ha llevado su tiempo pero creo que puede volver a funcionar. Me queda estabilizarle la palanca y luego ya la traigo para la sala, que no quiero que se quede allí tirada en el trastero como si fuera chatarra. La pobre… Vaya costalada se llevó… Estaba descogorciada del todo… Tuve que ponerle dos ruedas nuevas y tapizarla otra vez. Menos mal que todavía me quedaba algo de cuero de cuando hice el puf… Voy a aprovechar que me he levantado temprano para pasar por los repuestos y comprar un par de resortes. ¿Tú no vas a llevar a los niños al colegio?

—No. Ya están con Rosita.

—Vives como Dios. Sin hacer nada todo el día y mirando para las musarañas. No hay nada como ser mujer hoy en día.

—Tengo médico después.

—¿Y llegas para hacer de comer o me quedo en la cafetería?

—Sí llego. Llego. No te preocupes. Ya está casi todo listo.

Y sale. Sin un beso. Sin adiós. Sin cerrar la puerta. Concentrado en la

silla. En los resortes. En las palancas. En las ruedas. Abstraído en un mundo que no veo. Que no comprendo. Operando cables. Alambre. Cuerdas. Husos. Carretes. Bobinas. Taladros. Hierros. Aceros. Aluminios. Barnices. Resinas. Apariencias. Superficiales. Internas. Puzles. Juntando las piezas. Reconstruir. Un roto. Un descosido. Lo nuevo de lo viejo. Volver a funcionar. Menos tú, Nere. Quince años. Quemarse y revivirse. Resucitar el flujo extraviado. ¿Dónde? En algún lugar de la rutina, Nere. Quince años. Son muchos días. Demasiados meses. Suficientes años. Quemarse. Siempre la misma espiral. Revivirse. Juntar las piezas. Empezar a funcionar. Los labios de Manuel. Habituales. La piel de Manuel. Familiar. El sexo de Manuel. Casero. Y las manos de Manuel no despiertan los sentidos. Y las del vecino tampoco, Nere. No te toca. Sí, cuando me pone la crema. Como a cualquier otra persona, Nere. Y el pincel. Sensual. Estimulante. No, Nere, no. Solo te estaba pintando. Y el agua se escurría por mi cuerpo. No, Nere, no. Solo para que dejaras de moverte. Y el pitillo con su saliva tibia. ¡Nere! Solo te encendió un cigarrillo. ¿O crees que se iba a volver loquito por ti? ¿Pedirte que le tires la trenza por la ventana? ¿Y luego qué? ¿Te iba a poner el zapato de cristal y te iba a llevar al castillo del rey donde seríais felices para toda la eternidad? ¡Espabila, Nere! Solo ha querido dibujar la muerte. Te puso crema para no estropearte la piel. Encendió unas hojas de tabaco. Dejó caer cuatro gotitas con la esponja. Y punto en boca. No hay más. Sí. Sí. Sí. Sí que hay. Cojo el bolso. Tiene que haber algo más. Las llaves. Sí. Sí. Sí. Sin duda. Los papeles del médico. Sí. Sí. Sí. Sí. Es necesario que exista una razón. Sí. Sí. Sí. Sí. No puede acabar aquí la historia. Así no. Sin duda hay una razón en algún lugar que no me cuenta. Abro la puerta. Subo las escaleras. Hasta el tercero. *Welcome*. Pulso el timbre. Harmónico. Es necesario que no acabe aquí la historia. Sin trenzas. Sin castillo. Sin zapatos. Sin alfombras mágicas. Sin perdices. Pero tengo treinta y siete años. Una cuarentena. Ni una cana. Ochenta y cinco en un pecho. Noventa en el otro. Sin barriga. Uno setenta y cinco. Cinturita de avispa. Sin arrugas. Murmullos en el trastero. Aparece en pijama. Con el pelo revuelto. Atractivo. Sexy. Sugiriendo un cuerpo afrodisíaco bajo la tela. La finura del tejido. Sugiriendo el pubis. Entro excitada. Impregnadas las bragas de deseo. Sin una palabra. Nada. Detrás de los glúteos. De las piernas sugerentes. Me quito la ropa. Me echo en el sofá. Blanco. Los botes. Los pinceles. La esponja. Los trapos. El cesto. El cenicero. La colilla. Todo sigue en el mismo lugar. Exacto. Sin una palabra. El pincel alinea los pliegues de las costillas. Matiza la mezcla de colores. Extiende los círculos. Óvalos. Curvas. Vectores. Magnitudes. Coordenadas. Hacia el interior. Sin una palabra. Convexo. Alcanzando el pecho noventa. Ciñendo el ochenta y cinco. Los pezones duros como piedras. Circundando la podredumbre. Recogido en pensamientos propios. Sin una palabra. Absorto en una realidad paralela. Que no comprendo. Que no descifro. Me vuelve loca su distancia. El pijama sobre el cuerpo desnudo. El pecho entrevisto. El

reloj de pulsera señalizando el tiempo. El final en el almanaque. Sin una palabra. Los pies descalzos. Los ojos perdidos en las mamas. Subiendo a la laringe. Las cerdas abatiendo los calambres de la apetencia. El anhelo oculto en la axila. Sin una palabra. Silencio. La respiración ansiosa.

—¿Qué te molesta de mí?

—Nada.

—¿Por qué no me acaricias?

—Me matarías.

—El cáncer no se contagia.

—El querer sí.

Sin una palabra. El trapo remojado laca los senos. El molledo. La aureola. La barriga. El ombligo. Placer. Éxtasis. Sin una palabra. Deseo. Instinto. Libido. Espasmo. Sin una palabra. Gozo. Deleite. La vagina. Los muslos. Las piernas. Los pies. Las uñas. Sin una palabra. Distancia. Sexual. Placer. Instinto. Sin una palabra. Éxtasis. El pubis bajo el pijama. Erecto. Presintiendo el orgasmo. Distancia. Erótica. Sin una palabra. Escisión. Carnal. Sin una palabra. Placer. Libido. Sin una palabra. Lascivia. Placer. Lujurioso. Sin una palabra. Lúbrico. Placer. Placer. Placer. Orgasmo. Sin una palabra. El gemido ahogado en la tráquea. Orgasmo. Placer. Placer. Placer. Sensual. Placer. Placer. Placer. Placer. Placer. Placer. Placer. Orgasmo. Placer. Placer. Placer. Lúbrico. Placer. Placer. Orgasmo. Placer. Placer. Lujurioso. Placer. Placer. Placer. Orgasmo. Placer. Placer. Placer. Placer. Carnal. Placer. Placer. Erótico. Placer. Placer. Placer. Orgasmo. Placer. Placer. Sexual. Placer. Placer. Orgasmo. Placer. Placer. Placer. Placer. Placer. Éxtasis. Placer. Placer. Placer. Placer. Placer. Orgásmico. La entrepierna chorreante. El pañuelo olvidado en las rodillas.

—Me voy a cambiar el pantalón. Vengo ahora.

Y salgo. Sin un beso. Sin adiós. Sin una palabra. Sin cerrar la puerta. Concentrada. Saciada. Óptima. Hermosa. Bella. Gozosa. Satisfecha. Provocación. Todavía soy capaz de excitarme. Arrancar orgasmos matutinos. Placer. Imposible contenerse en el desafío. Erótico. Rumores en las escaleras del trastero. Me ato los cordones en la alfombra *welcome*. Encasqueto los hombros dentro de la chaqueta. Me abrocho los pasadores. Me recojo el pelo en una coleta. Fantástica. Impresionante. Contenta. Bajo las escaleras. La puerta de Rosita. Tan simple. El olor a guiso de rape. Quita el cerrojo a la puerta con la parsimonia de los jubilados. De las abuelas que nunca han sido madres. Rosita, me voy al hospital. Hoy tengo consulta con la oncóloga. En principio llego para buscar a Marquitos a las cuatro a la guardería. Si me lío ya te llamo. ¿Y qué le vas a decir de lo de la cara? La verdad, Rosita, que me he dado con la puerta del combi. Cualquier cosa me avisas, Nere. Ya sabes que a los niños les gusta venirse para aquí. Lo sé, Rosita. ¿Qué haría yo sin ti? Y salgo. De los escalones. Del ascensor. Del portal. De la calle. Concentrada. Movimiento rítmico. Armonioso. De los pasos. De los dedos de

los pies. En los talones. La muerte. Atenazada en las curvas del tatuaje. Al compás. Presa. Entre la dermis fagocitada. Sin pisar las rayas. Los zapatos dentro de los recuadros del pavimento. Uno. Dos. Tres. Salto. Paso de cebra. Marquesina. Sentarse. Esperar. El tiempo. La vida. La muerte. El autobús. Hermosa. Satisfecha. Gozosa. Las manecillas en el reloj. Segundos. Peter Pan. Minutos. El cocodrilo. Minutos. El querer. Contenta. El papel del chupachup bajo las ruedas de los coches. Scrachtttsss. El camino al lado del mar. Cincuenta y ocho días. Mayo. Luego Dios dirá. La nostalgia del formol. Las mujeres sin cejas. Los hombres de ganchete. Revistas atrasadas. La luz de las ventanas. De las lámparas. Luminoso. Aséptico. Conversaciones con sonrisas. La aguja detenida en las horas. Risas insonoras. Y entro. En el gabinete. En búsqueda de la sentencia dibujada con pinceles de colores.

Miércoles. Veinte de marzo. Oncología de Día. Dos y cuarto. Cincuenta y ocho días. Las radiografías matizan los grises. Los blancos. Los negros. Las sillas separadas por la mesa. Revuelta. Papeles. Volantes. Teléfono. Ordenador. Bolígrafos. Clips. Hojas subrayadas. La muerte agazapada en los números. En las letras indescifrables.

—Nos han llegado los resultados de la gammagrafía. Por eso la hemos llamado con tanta urgencia. Se ve que las cicatrices que tiene en las costillas no son de una metástasis. Probablemente sean marcas de un golpe antiguo. De una caída por las escaleras, por ejemplo. Y que no hayan cicatrizado bien del todo. Con todos los datos en la mano podemos intentar aplicar un tratamiento bastante agresivo y ver cómo evoluciona. Si sus órganos resisten podríamos estar hablando de una esperanza de vida bastante mayor de lo previsto.

—¿Cómo de mayor?

—Pues si conseguimos controlar la metástasis con la quimioterapia probaríamos a hacer una mastectomía radical. Luego irradiaríamos la zona afectada y casi con seguridad conseguiríamos extirpar el cáncer, si no en su totalidad… sí en alguna medida.

—Entonces… Me quitan el pecho. Voy a quimio. A radio. ¿Y sigo viva?

—Esa es nuestra esperanza.

—¿Pero no me estaba muriendo?

—Las primeras pruebas indicaban que sí. Parecía que el cáncer ya había desarrollado una metástasis en los huesos. De ahí el diagnóstico inicial. Comprenda usted que no le iba a mentir. Preferimos preparar a los pacientes para lo peor y si después, como ha sido su caso, hay buenas noticias… Pues… ¡Bienvenidas!

—¿O sea que voy a vivir? Sin un pecho, pero voy a vivir…

—Es pronto para hacer esas afirmaciones. Veremos cómo responde el cuerpo al tratamiento. Tiene que ser consciente de que su cáncer es de tipo cuatro. Es un estado avanzado y muy peligroso, pero las estadísticas de supervivencia para las personas de su edad son muy altas.

—Voy a vivir…

—Lo intentaremos. De todos modos… es un proceso complicado. Debe cuidarse mucho y evitar seguirse cayendo por las escaleras. Si ve que no es capaz de hacerlo sola puede contar con su médico de cabecera, con los grupos de apoyo o con nosotros mismos.

—No me muero en mayo.

—Esperemos que no. Hoy voy a pautar su tratamiento y a enviarlo a la

farmacia. Usted irá a la sala de quimioterapia. Allí le explicarán en qué consiste el procedimiento y a qué hora se tiene que presentar mañana. La próxima consulta es la semana que viene y tendrá que hacerse una analítica antes de la consulta para que pueda evaluar cómo resulta la medicación. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

El cumpleaños de Sofía. De Marquitos. La boda de María. Cuatro de septiembre. El futuro. Olvidar el velatorio. Borrar del iPad. La tía Marta. El tío Paco. Los abuelos Pepe y Dosinda. Manuel y Manuela. La tía Lina. La prima Maricarmen. Rosita. La señora Lola. El número de urgencias. Hospital. Pediatra. Hacer historia médica. Del banco. De la caja. De las tarjetas. Policía. Bomberos. Del gas. Fontanero. Electricista. Seguro. Buscar asistenta de confianza. Canguro. Pizzería. Chinos. *Take away*. Mexicano. Árabe. Pollo frito. Vegetariano. Panadería. Ferretería. Barbero. Cerrajero. Borrar. Inglés. Escuela de música. AMPA. Gimnasio. Redactar últimas voluntades. Ordenar el trastero. Comprar ropa de verano. Material escolar llenar la despensa. Testamentaría. Hipoteca. Préstamos. Quince años. Otros tantos. Puede ser. Quizás. Borrar. Borrar. Borrar. Todo. Borrar. Abrir nuevo documento. Día a día. Hoy. Mañana. Pasado. Cocinar. Cuando coincida. Sopa de pollo. Crema de espárragos. Lentejas. Caldo. Croquetas. Albóndigas. Todo. Todos los días. Para, Nere. Tranquilízate. Respira. Inspira. Concéntrate. Estás viva como siempre. La rutina. El hábito. Lo mismo. La casa. Los niños. Manuel. El trabajo. Familiar. Agradable. Rosita. María. Herminia. La jefa. La reunión con la profesora. La vida. El tiempo. La mamá de Antía. La de Nicolás. Los días de parsimonia. Sin fin. Sin sentencia. Las albóndigas. Pasadas por huevo. Por pan rallado. Fritas. Doradas. Fuera. En la salsa. Arroz. Miércoles. Veinte de marzo. Casi listas. La orilla del mar. La marquesina. El papel del chicle polizón de la ambulancia. Cuesta arriba. Los zapatos dentro de los recuadros. Uno. Dos. Tres. Salto. Paso de cebra. El olor de la maja bajo la barandilla. La puerta blindada. Vainilla. Marquitos jugando con Rosita en el segundo. Carcajadas en la tubería del calentador. La casa yerma. Desierta. Manuel debe de estar en un atasco. Poner la cazuela al fuego. Mínimo. Solo para dar calor. Arroz. Albóndigas. Dos platos. Dos tenedores. Dos vasos. Dos servilletas. El pan crujiente. El vino. Hoy del bueno. Del de siete euros. Hoy es mañana. Hoy son todos los días de después. Sin sentencia. La perspectiva equivocada. El dibujo inválido. Avisar al vecino. No puedes pintar la muerte. No se contagia. Todavía no. Has perdido el tiempo. Déjalo así, Nere. No subas. Olvídate de él. Ya se dará cuenta de que no te has muerto. Va a ser obvio. ¡Bah! Total es un segundo. Mientras se calientan las albóndigas. Mientras llega Manuel. *Welcome. Arrivederci, il mio caro*. Ya no tengo nada escrito en la cara. Vas a rendirte a sus encantos. Otra vez, Nere. Me taparé las orejas. No resistirás el hechizo, Nere. Cerraré los ojos. No subas. Olvídate de él. Y subo los escalones. Silencio absoluto. Los glúteos irresistibles. Las

piernas cautivadoras. La espalda tentadora. ¡Nere! Sí, sí… sí, sí…. sí… ¡Que sí! ¡Que ya está bien! Taparse los oídos. Ignorar el canto del tritón. La alfombra torcida. Fuera de sitio. La puerta entreabierta. ¡No entres, Nere! Se lo cuentas mañana. ¿Qué prisa hay? Scrachtttsss. Arrastrando los zapatos. Murmullo familiar. Scrachtttsss. Habitual. Dejas que cualquier musculitos te pellizque las cachas. Siempre preocupada por el gallito del corral. Rumor en el trastero. Conocido. Scrachtttsss. ¿Qué haces aquí? He venido a traerle una camisa que se le cayó en el tendedero al del tercero. ¿A estas horas? ¿No estabas en el gimnasio? Ya he ido y ya he vuelto. ¿Sin bolsa? Porque te la has dejado en casa. Vives como Dios. Sin hacer nada todo el día y mirando para las musarañas. La cena se enfría en la mesa. Marmolea. La casa vacía. La bolsa con las agujas del ocho. De las buenas. La camisa. El vecino. Scrachtttsss. Quince años casada. Dos préstamos. Haciendo cábalas. Una hipoteca. Reflexionando. Un coche. Cavilando. Dos hijos. Escrutando. Un marido. Haciendo cábalas reflexionando cavilando escrutando. Infamia. No debería. La curiosidad mató al gato, Nere. Baja a casa y déjalo estar. Olvídate. La puerta entreabierta. Gotas de sangre en el pasillo. Scrachtttsss. Familiar. Scrachtttsss. Habitual. ¡No importa, Nere! ¡Déjalo estar! En serio. ¡Cierra la puerta y vete! Quemadísimo. Colérico. En este momento no me importa nada. Ni la hipoteca. Ni los hijos. Ni siquiera tú. No veo más allá de la cajita de plástico con el cadáver. La alfombra torcida. Sangre en las paredes. En el suelo. Mover un poco el cucu delante de todos esos pintamonas. Creída. Retozando en pantalones cortos. Si te llega a ver tu madre te lava la boca con jabón lagarto, Nere. ¿A ti se te va o qué? ¿ Para qué te sirve la testuz? Scrachtttsss. El espanto. Scrachtttsss. El miedo. Scrachtttsss. El sofá blanco tiznado de escarlata. Los abdominales del vecino engullidos por la tapicería. El pánico curtiendo su mirada. El terror. La de Nerea. Los intestinos goteando metros en los botes de pintura. En la esponja. En el trapo. En los pinceles. Y le veo el rostro. La conozco sin dudar. Es ella. Ya ni siquiera quiero saber por qué. Me quito la ropa. Cojo el espejo del bolso. Intenta sonreír. La muerte poseyendo sus ojos. El lienzo perfecto. En el reflejo del espejo. En las líneas de la pintura. Rematado. La obra final. La reconoce. La muerte. La siente. La muerte. Saltando del seno noventa a su vientre. La muerte. Reflejada. La muerte. En el espejo. La muerte. Las tripas. La muerte. En el espejo. Le hace daño. Scrachtttsss. Pierde el horror. Oculto tras la anestesia en el duelo. El cuadro terminado. Pintar la muerte. Lo sabía. Lo intuía. Los pinceles. La muerte en mi piel. En su vientre. Scrachtttsss. Cincuenta y ocho días. Huérfanos. Sofía. Marquitos. Mañana es jueves. Veintiuno de marzo. El pasillo semioscuro. La voz del locutor salida de ultratumba. Noventa y tres mujeres muertas. Violencia. Género. Muerta. La última en nuestra ciudad. Acuchillada con saña. Scrachtttsss. Tres minutos en las noticias del amanecer. Su cuerpo ha aparecido junto al cadáver de un hombre todavía por identificar. Scrachtttsss. Los pies contra el suelo. La

sangre en las paredes. Deja dos hijos pequeños. Scrachtttsss. El brillo del filo en el reflejo. Scrachtttsss. El metal que dilacera el esternón. Scrachtttsss. El frío que desmiembra el hígado. Scrachtttsss. La muerte. Solo espero que Rosita se acuerde de apagar las albóndigas antes de que arda la cas…

21 de marzo. Jueves. «Mujer de treinta y siete años aparece muerta junto a su amante en la calle…» Rosita acalla la radio. No soporta oír el nombre de Nerea en las noticias. Sería todo demasiado real. Mantener el silencio. La presunción de no inocencia. La cólera que golpea los pulmones. Ahoga las lágrimas en la garganta. Comienza a preparar, sin prisa, la mochila de Marquitos. La de Nerea. Mientras, apura el punto de sal de las albóndigas que comerán cuando regresen del colegio. La salsa deja un regusto metálico entre los dientes. La conciencia pesa por todos los minutos que hubiera podido salvar. Antes de despertar a Marquitos. Antes de levantar a Nerea. Debe hacerlo. Rosita coge la vieja polaroid de la alacena. Las herramientas de debajo del lavadero. Deja la sierra sobre el cojín. Entre los brazos de la silla. Amenazante. A buen entendedor pocas palabras… ¡Clic! La imagen prende en el papel. El cuero negro habita la fotografía. El brillo plateado acuchilla los reflejos. En el envés escribe con bolígrafo rojo: «Poco a poco». Cierra la fotografía dentro del sobre. Por fuera, solo la dirección de la prisión.

Traducción

María Reimóndez es doctora en Traducción e Interpretación, traductora e intérprete *freelance*, activista feminista y escritora en lengua gallega con una larga trayectoria en estos tres campos.

Imagen de cubierta

Susana Talayero (Bilbao, 1961) es artista. En su práctica interviene en la relación entre pintura y espacio mediante montajes acumulativos que explotan en grandes formatos indisciplinados, indómitos. Usa medios para crear fugas múltiples por imaginarios del subsuelo, túneles y madrigueras habitados por figuras híbridas y residuos de materiales aleatorios.

Imagen de cubierta: detalle del dibujo *Senza titolo* (2010) de 110 x 180 cm. Entre 2008 y 2010 realiza series de dibujos en tinta negra sobre papel poliéster y fotográfico, imágenes de trazo directo y austero que representan cuerpos ambiguos e inesperados. El dibujo *Senza titolo* está reproducido en la publicación *Resilire* (2010) editada por la autora.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando.

Entre otras inspiraciones, en 2022 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por: Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López…

Este título ha sido sugerido por la librería Lila de Lilith, de Santiago de Compostela.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

La primera edición en español de *Lunes* se terminó de imprimir el 11 de octubre de 2022, en el aniversario de la escritora, editora, crítica y sufragista inglesa Alice Meynell (1847); de Emily Davison (1872), la activista británica y militante del sufragio, cuya sonada muerte se produjo al ser arrollada por un caballo del rey Jorge V en el Derby de Epson, precisamente en una acción sufragista; de Fermina Oliva y Ocaña (1872), modista y dama de compañía, así como una de las diez personas españolas que sobrevivieron al hundimiento del Titanic; del ciclista profesional francés Paul Masson (1876); de Alicia Moreau (1885), médica y política argentina, figura destacada del feminismo y del socialismo; de Jakov Gotovac (1895), compositor y director de orquesta croata, autor de la ópera más famosa escrita en su lengua, *Ero s onoga svijeta* («Ero el bromista»); de Changampuzha Krishna Pillai (1911) poeta indio que escribía en lengua malayalam, y de Maria Bueno (1939), tenista brasileña que, por los torneos conquistados a lo largo de su carrera, es reconocida como la «mejor tenista latinoamericana de la historia»; por mencionar tan solo algunas activadoras de comienzos.